

**RELATOS DE
NOSOTROS
LOS CORDOBESES**



VÍCTOR NEGRETE BARRERA



UNIVERSIDAD DEL SINÚ
Elías Boquera Zalán
Centro de Estudios Sociales y Políticos



Fundación del Sinú

VÍCTOR NEGRETE BARRERA

**RELATOS DE NOSOTROS
LOS CORDOBESES**



Relatos de nosotros los cordobeses

© Víctor Negrete Barrera

Ediciones Universidad del Sinú - Elías Bechara Zainum

Centro de Estudios Sociales y Políticos - Universidad del Sinú E.B.Z.
Fundación del Sinú

UNIVERSIDAD DEL SINÚ - ELÍAS BECHARA ZAINUM

Cra. 1W Calle 38 Barrio Juan XXIII
P.B.X. (4) 7840340 Montería - Colombia
vicnegreteba43@gmail.com - Tel: 300 809 7402
www.unisinu.edu.co

Diseño, diagramación y fotografías:

Analuz Navarro Gardeazábal - 311 411 5151

Diseño de ediciones - lanitanavarro@gmail.com

Armada electrónica, impresión y encuadernación:

Gráficas del Caribe S.A.S.

diseno@graficaribe.co/ 320 542 5668

PUBLICACIONES UNISINÚ

publicaciones@unisinu.edu.co

Ramiro A. Navarro Pérez

ISBN:

© Agosto de 2016

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, 6

CAPÍTULO 1 - 1979-1982, 8

Don Diego, 10

El Meso, 12

Arturito, 15

El último caraqueño, 17

El duro Arturo, 19

Lo dementizaron y le quitaron la tierra, 22

El Caimán del Sinú, 25

Los rebuscadores, 29

Los paisas pobres, 31

Flota Tornillo S.A, 33

Los areneros del Sinú, 36

Las madres solteras, 38

Las golondrinas, 40

Las inundaciones de siempre, 42

Las malas lenguas, 44

Y los viejitos ¿qué pitos tocan?, 46

Las marimachos, 48

Radio Bemba, 51

Cuando mueren los niños, 54

María Lucrecia, 56

La primera, 58

Esas locuras que a veces cometemos, 60

Dichosos los ojos que te ven, 62

CAPÍTULO 2 - 1983-1993, 64

- Viejo Negrete, 66
- Recomendaciones para evitar los suestes, 68
- La Virgen del Pocillo, 71
- La bandida del pueblo, 73
- Esta tristeza tan mía, 75
- La aguja del muerto, 77
- El pájaro Macuá, 79
- ¿Alguna vez fuimos galantes?, 81
- El jabón de monte, 83
- El setentano, 85
- Lo religioso, 88
- El Corpus Christi de Buenavista - El Retiro, 94
- Los animes, 97
- Los niños en cruz, 100
- Juan Lara, 103
- La caza del puerco manao, 106
- El arriero de ganado, 109
- Algunas maneras de invocar al diablo, 111
- El raicillero, 113
- La laguna del macuá, 116
- El guaquero, 117
- La caza de caimán, 121
- Serpientes, venenos y contras, 123
- Las brujas de El Cerrito, 127
- Las tierreras y las volantonas, 129
- Vivo por ti, paloma mía, 131
- Anamú, 133
- Santo Domingo Vidal, 135
- La Virgen Blanca, 141

El flechador de pescados, 143
El Manatí desapareció del todo, 145
El arponeador de sábalos, 147
Elida, 149
El curandero de mordeduras de culebras, 152

CAPÍTULO 3 - 1994-1999, 154

Tu deseo está cumplido, 156
Pisa la raya, 158
El agua de coco, 160
El ojo de pescado, 162
El secreto de los dientes de leche, 164
Voy desenterrar mi ombligo, 166
El desconcierto de los peces, 168
La celebración del matrimonio, 170
Los pálpitos del corazón, 172

Capítulo 4 - 2000-2015, 174

Ever Cordero, 176
Las madres y abuelas de la restitución de tierras, 181
Los niños de las galletas, 184
¿Qué quiero cuando muera?, 187
El rezandero, 189
La comadrona, 196
El sobandero, 201
El gallero, 205
El pescador, 210
Carta a un cordobés ausente, 218
El silencio de la violencia, 227

PRESENTACIÓN

Cuando empecé a escribir estos relatos en el semanario *Poder Costeño* de Montería lo hice con base en dos convicciones profundamente arraigadas en mí y en el grupo del Centro de Investigación Fundación del Sinú. Una, dar a conocer cómo vivimos, pensamos y sentimos los hombres y mujeres de nuestros pueblos y dos, buscar una manera de comunicarme eficazmente con los distintos sectores del campo y la ciudad.

Del primer propósito es mejor no hablar, pues ustedes tendrán la oportunidad de apreciarlo mejor con la lectura de los presentes relatos o testimonios propios y ajenos. Del otro, sí conviene decirles que sigo buscando y perfeccionando distintas maneras de comunicación con personas y grupos de distintos lugares, procedencias, concepciones y experiencias.

A partir de recuerdos, vivencias, observaciones, entrevistas e investigaciones logré construir este conjunto de testimonios, en realidad una muestra representativa de las opiniones, creencias, valores, principios, costumbres y deseos de la gente de Córdoba. En otras palabras, es algo parecido a una investigación sobre la mentalidad de algunos sectores o grupos del departamento valiéndome del periodismo y la literatura.

Los relatos cobijan cuatro periodos: el primero de 1979 a 1982, el segundo de 1983 a 1993, el tercero de 1994 a 1999 y el cuarto de 2000 a 2015.

En estos cuatro momentos podrán apreciar algunos cambios en la técnica, los temas y el lenguaje, producto de los

personajes entrevistados, la época en la que sucedieron, la situación en la que vivían y por otra parte mi información y experiencia.

Además de *Poder Costeño* estos relatos han sido publicados en el desaparecido semanario *Agenda Noticiosa de Montería*, los diarios *El Meridiano de Córdoba* y *El Tiempo Caribe* y los semanarios virtuales *Viva la Ciudadanía* y *Razón Pública*.

Espero los disfruten, compartan y reflexionen.

Montería octubre de 2015

CAPÍTULO 1

1979-1982



DON DIEGO

“Ese medio día llegué con el propósito de acompañar a la Virgen del Carmen en su procesión. Era mi costumbre de todos los años. Como también era mi costumbre la de meterme con todo y bestia a los patios de las casas amigas a tomar tinto en totumita. Pero ese día resultó no ser como los anteriores a pesar de estar tomando tinto con la pierna doblada sobre la tejuela, mi pose favorita, porque algo raro hizo que el caballo lanzara dos violentos lapazos con la cola que a mí me descontrolaron y sin querer bajé la pierna y sin acordarme tampoco de las espuelas se las enterré sin misericordia en los ijares. El animal, entonces, hizo un ademán como de levantar el vuelo al tiempo que yo caía aparatosamente al suelo, golpeándome aquí, en el propio nacimiento de la pierna izquierda. De ahí en adelante vinieron los tormentos en esa pierna que fue mía, dañada y sin fuerzas, es verdad, pero era mi pierna y yo la quería. De nada sirvió mostrarla ante tanta gente que sabe de estas cosas. Todo fue inútil: terminaron amputándomela”

Este hombre que así habla tiene por nombre Diego de Jesús Echenique. El hecho que cuenta sucedió exactamente el dieciséis de julio del año veintinueve, cuando apenas era un mozo de veintiséis años, a muy pocos días de haber montado una pequeña escuelita en Mochila, una vereda cerquita a Montería, decidido a poner fin a su corta vida de aventurero sin gracia que lo había arrastrado por los caminos de la sastrería, la brocha gorda, los salones y las despensas de los barcos chillones que navegaban por el río Magdalena.

“Cuando tuve conciencia de lo que significaba perder una pierna por poco me vuelo la tapa de los sesos pero no sé por qué me contuve y luego, más reposado, pensé que también así podía vivir. Recogí mi desánimo y todavía, gracias a Dios, sigo viviendo. Lo primero que hice fue conseguir compañera. Por suerte me tocó mansita y muy noble. Con ella tuve dos hijos y dos más de paso, por ahí. Cuando ella murió, después de doce años de vivir conmigo, yo, así mocho como estoy, me hice cargo de

los hijos y logré levantarlos como Dios manda. ¡Ni más faltaba! Y esto es mi mayor orgullo”

Y así, mocho de una pierna, llevó su escuelita por todas partes. Parecía un caracol o un galápago, cargando auestas la casa que siempre era la misma escuelita. De Mochila siguió a otros caseríos: Cariseca, Guateque, Arenal, Mocarí, Canalete, Santa Lucía, Puerto Nuevo, duró un tiempo en Cartagena y regresó de nuevo a Montería y con su escuelita anduvo por los barrios Montería Moderno, Ospina Pérez, La Gallera y La Granja.

“Pero no soy eterno a pesar de estar hecho de buen material y por eso, hace tres años con el dolor de mi alma abandoné para siempre mi función de educador. Los achaques de viejo me obligaron a tomar esta decisión; mi pierna derecha está defectuosa y no aguanta el peso de este cuerpo cansado; el pedazo que me quedó de la pierna mocha me duele con frecuencia; parece ser que cuando me la cortaron recogieron todos los tendones y nervios y los amarraron como cabuya; ya los ojos no me sirven para ver la claridad de las cosas. ¿Hasta cuándo debía soportar?” Y justamente Diego de Jesús Echenique dedicó cuarenta y ocho años a la tarea de enseñar. Los viejos deben acordarse de él, viéndolo por las calles de la ciudad trasladándose con ayuda de dos banquitos que le hizo una hija hace treinta años en Mochila, pasándose de uno a otro, en un espectáculo que despertaba compasión o admiración; o en su casa, una vieja ranca a punto de caerse, sostenida apenas por una mata de calabazas florecida que cubre casi todo el techo, metido en una hamaca de saco donde duerme y descansa y donde, a veces, acostumbraba a recordar que en Montería existió una vez la gratitud.

EL MESO

«Voy a cumplir doce años de estar muerto y todavía es hora que no lo creo. Parece mentira que hubiera muerto. Bueno... no lo digo por pedantería, sencillamente porque opino que un sietemesino como yo, y de aquí me viene el nombre de Meso, nacido el propio día de San Jerónimo, o sea, el 30 de septiembre, a la orilla de la ciénaga de Ayapel, debe tener por lo menos el derecho de escoger el día de su muerte. Y yo no lo escogí: la muerte se me vino por detrás y me apagó la vela de la vida cuando menos lo esperaba a pesar que tenía ochenta y cinco años de edad.

Y aquí donde estoy no he podido encontrarme con San Jerónimo para preguntarle qué pasó. Aunque imagino que a él también lo engañaron. Porque San Jerónimo conmigo no quiere fiesta y él no hubiera permitido mi muerte. Nosotros somos como hermanos, desde aquel día que el pueblo de Ayapel vio cómo me salvó de esa muerte segura: entonces tenía quince años y me encontraba bañando con otros amigos, lejos de la orilla. Yo era rápido en el agua, cuando, sorpresivamente, me pararon en seco: había caído en una trampa; sentí una especie de serrucho con dientes de acero clavados en los riñones y en el vientre.

Un vaho tibiecito mitigaba el dolor. Quedé inmóvil. Me pareció escuchar unos gritos, no recuerdo, traté de buscarlos, no con desesperación, más bien con desaliento. Fue entonces cuando descubrí horrorizado dos ojos enormes de caimán que me arrastraban presuroso al fondo de la ciénaga. En el momento de perder la conciencia le pedí a San Jerónimo que me salvara, a cambio le serviría toda la vida y le regalaría un caimancito de oro. No supe más sino cuando volví a escuchar los gritos y el aire mañanero de la vida llegaba de nuevo a mis pulmones. El caimán, que medía más de seis varas de largo y era mocho de la cola, me llevaba en sus fauces por toda la superficie del agua. Podía respirar muy bien y los dientes no me maltrataban tanto. El animal no buscó donde estaba el gentío, me llevó a la orilla llena de manglares de agua dulce y guayabos

florecidos y me dejó en medio de dos cacóes o chigüiros inmensos que me miraban sorprendidos. Apenas lo hizo, volvió de nuevo a sumergirse.

Volví a verlo el día que lo mataron los mejores arponeadores de la zona. En el vientre le encontraron una trenza negra de mujer, dos sortijas de oro y catorce piedras de distintos colores.

Por mi parte yo cumplí la promesa: le regalé el caimancito de oro con un muñequito en la boca, también de oro, y le fui fiel toda la vida. San Jerónimo no puede quejarse. Las fiestas dedicadas en su honor fueron las mejores porque yo ayudaba a prepararlas. A mí me tocaba armar las recámaras, esos tacos llenos de pólvora, ladrillo molido y escamas de sábalo de más de dos metros que, cuando estallaban, el estampido del comienzo de la fiesta llegaba a todos los municipios y departamentos vecinos. Y de una vez cogía mi pito cabeza de cera y no había gente que no bailara por donde yo pasaba. Ya estas fiestas no se ven. Se acabaron, mejor dicho, se vinieron conmigo.

Los hoyos que me dejaron los dientes del caimán me los taparon las contras, esos compuestos de plantas y secretos que todo lo curan. Yo creo que San Jerónimo metió la mano en eso y por eso también aprendí este arte. Tal vez fui uno de los mejores curanderos de picaduras de culebras y de rayas, esos animales de agua que parecen una plasta de excremento de vaca con una cola que termina en una punta filosa.

Yo entiendo que en Ayapel ha habido otros hombres grandes. De los que me acuerdo están: Pedro Fidel Centeno, el único hombre que dominaba el caballo de cuatro colores que aparecía en el centro de la ciénaga, encabritándose cada vez que quería y convulsionando las aguas de tal manera que nadie podía navegar. Pedro Mercado, el único que ha logrado matar 37 caimanes el jueves y viernes santo y los Comuneros, esos hombres respetables que no habrá quien los iguale en la protección de la ciénaga y sus recursos.

Todos estos fueron hombres grandes como yo pero estamos muertos. ¿Por qué? Me da la impresión que mi muerte se debió a que el regalo que le hice a San Jerónimo lo cogió un cura de mala maña cuando fue trasladado a otra parte. ¡Pero en este caso yo no tengo ninguna culpa! Voy a buscar de nuevo a San Jerónimo a ver si me aclara esto de una vez”.

ARTURITO

“Yo nací de malas. Y sigo siendo de malas. Cuando mis padres se casaron, ambos normales, bien parecidos y considerados, yo pensé ser un niño normal y llegar a ser alguien en la vida. Pero... las cosas son como son o dejan de ser. Algo raro de los viejos quedó enredado en alguna parte y perdí casi toda mi inteligencia. El asunto debió ser grave porque mi mamá murió cuando yo estrené mi primer llanto. Y ahí mismo me dije: Arturito, acabas de entrar en un valle de lágrimas. Y así fue. Seguro.

Cuando un tipo como yo, con el nombre de Rodolfo Arturo, hijo legítimo, con 45 años de edad entre pecho y espalda, nace en estas condiciones, nada le puede ir bien. El viejo mío poco me tuvo en cuenta y cuando volvió a casarse fue peor, me olvidó totalmente.

El viejo Horacio, mi tío, a pesar de intentarlo, no pudo ser la mamá y el papá que yo necesitaba. La infancia mía fue de soledad, de incompreensión, de burlas. Yo fui al colegio cuando chiquito... hasta hice la primera comunión pero no aprendí gran cosa porque lo que decía el profesor no me entraba en la cabeza, más bien las palabras y números quedaban dando vueltas sin entenderlos ni retenerlos. Aunque no lo hicieron conmigo las letras no me entraron ni con sangre, que entonces era lo más efectivo según los maestros y padres. Los compañeros, en vez de ayudarme, me molestaban y burlaban.

Los que sabían dijeron que era un retardado mental pero entonces no había esas escuelas que dicen saben tratar a personas como yo. De haberlas me había arreglado un poquito. Lástima. Yo me contentaba jugando con poquitos amigos. Me gustaba mucho jugar con bolitas de cristal. Recuerdo que tenía una bola que le decía “La Luna”, porque a toda la que golpeaba la mandaba lejos. ¡Pegaba más! Y cuando tiraba decía: ¡Machingo mono, rechiná escolgá, todo lo que se mueve es mío! No perdía una sola tirada pero esto era en juegos porque en la vida real

me han dado cabeas o golpes más grandes que me quitaron, de esta bola de cristal que es mi cabeza, el poquito de inteligencia que tenía.

Cuando camino por las calles me gusta gritar ¡Yeeeeeeeee! y decirle a la gente ¡Hey, loco, cómo la ves! Algunos responden y otros no.

Yo he hecho de todo y me han hecho de todo. Bailo y me emborracho. Donde la Niní Burgos, un puteadero de Montería, vi y sentí de todo pero tampoco el vicio o el placer me entendieron. Allí, las mujeres feas y bellas me decían: tócame donde quieras y yo las toqué lo que quise en sus cuerpos desnudos, alocados por el aguardiente pero cuando sentía la cabeza llena de cocuyitos brillantes no me dejaban pasar más allá de donde había llegado. Sufrí mucho porque siempre me dejaron a medio camino. Terminé retirándome de allí.

Hubo otra cosa que me dolió mucho: cuando repartieron la herencia, siendo hijo legítimo me dejaron por fuera. Pensaron que los locos como yo, así me decían todos, no sabemos manejar plata. Y tienen razón pero fue una injusticia grande lo que hicieron conmigo. Algo pudo hacerse pero no lo hicieron. Ojalá los que se portaron mal conmigo no estén hirviendo en las ollas grandes con aceite que hay en el infierno.

¿Qué más puedo yo esperar de la vida?

¡Yeaaaaaaaa! ¡Hey, loco, cómo la ves!”

EL ÚLTIMO CARAQUEÑERO

“Sí, señor, yo soy Pedro Pablo Campos Herrera, el mismo que calza y viste, nacido en Sampués, departamento de Sucre, hace sesenta años, casado con Felicia Montes, siete hijos en mi haber y de profesión caraqueño... a sus órdenes, ¿en qué puedo servirle?

¿Mi vida? No tiene nada de particular. Soy uno del montón, común y corriente... imagínese... caraqueño.

Si, si, esta bebida llamada caraqueña la aprendí a hacer aquí en Montería, a la edad de doce años, poco después de haber llegado de mi pueblo. Me la enseñó un matrimonio venezolano que encontré por estas calles... acróbatas dispersos de un circo que fracasó y con el fin de ahorrar unos pesos inventaron esta forma para lograrlo. Yo les ayudaba haciéndola o comprando lo que necesitaban. Después de un tiempo no sé por qué motivos levantaron vuelo y el negocio terminó. Tocó entonces dedicarme a otros quehaceres hasta que un 25 de diciembre, durante la fiesta de corraleja en el barrio Colón, mi hermano y yo, por fregar o molestar, hicimos un poco de caraqueña para venderla y sepa usted que la gente quedó pidiendo más.

Mi hermano, asombrado por el éxito, decidió explotar el negocio mientras yo me fui a trabajar en la construcción de carreteras. A él le debemos el estilo moderno que presentaban los carros de venta. Al hombre le fue muy bien: tanto que mandó a buscarme, me regaló uno de sus carros y me dijo que era algo así como la gallina de los huevos de oro. Era el año cuarenta y seis cuando comencé otra vez con el asunto.

Desde entonces he vivido exclusivamente de este negocio... y de tener el carro estacionado por estos lados de la catedral de Montería llevo más de treinta años. Este pueblo ha producido buenos caraqueños pero no duran mucho. Así, a la loca, me vienen a la memoria el indio Fuentes, Rafael Doria, Cornelio Mangones, Pelayito, Víctor Herrera y Correa, el único que hizo caraqueña de chocolate.

El que todavía se mantiene firme en su puesto soy yo. Cuando muera, ojalá no sea por ahora, no sé quien me reemplazará. Porque, sepa una cosa, no es nada hacer caraqueña, sino saberla hacer. Yo le puedo dar la receta pero el sabor, ese gusto especial lo lleva uno en las manos y en la sangre y no vaya a creer que es cuento... inténtelo usted para ver qué clase de sopa le resulta. Ahora, eso de la receta apenas la puedo entregar a familiares y amigos muy queridos, siempre y cuando se comprometan a no hacer ninguna clase de competencia.

La única vez que dejé de hacer y vender fue cuando me tocó el mal ese que uno no puede dormir... insomnio... sí, así le llaman a eso. Durante años no dormí como debe ser. De nada servía que me acostara en el piso, en la hamaca o mecedoras... nada me servía. El día y la noche eran la misma cosa; los días eran más largos y podía hacer muchas cosas pero la vida se me estaba achicando. Hice que me registraran médicos de aquí y de Medellín pero con ninguno conseguí mejoría. El negocio estaba a punto de quebrarse, mi mujer no daba más ni los muchachos tampoco.

Entonces oí hablar del doctor José Gregorio Hernández y me dije ¿este es el hombre que me cura! Y vea que así fue. Estuve donde él y no hubo necesidad de explicarle nada porque ya sabía de mis males, de mí y de toda la familia. Me hizo varias operaciones espirituales y le juro que nunca más he tenido problemas con el sueño. Ahora me lo cojo mansito cada vez que quiero. Estoy tan agradecido del doctor que enseguida me puse a su servicio y ahora soy su secretario ordinario. Con frecuencia me visita cuando estoy vendiendo: unas veces me jala la camisa y otras lo siento como especie de un vientecito o de un suave olor a flores. En las noches cuando hablo con él me pregunta si noté su presencia.”

EL DURO ARTURO

En uno de los puntos neurálgicos de Montería, exactamente en la calle treinta y tres con carrera segunda, queda situada la esquina caliente o del deporte con su máquina de palo moliendo sin ningún escrúpulo el trajín de las calles y la gloria o el fracaso de nuestros deportistas y que es nada menos que la chaza de un hombre bajito, de afro tamaño individual, con veintiséis años de intenso “boleo”, bien conocido por muchos con el nombre del Duro Arturo.

“Así es. Con ese nombre basta y sobra. No necesita otro dato adicional para saber que soy yo, el gran aficionado a los deportes, con un tanto de salsa en la sangre y una pizca de soñador en el corazón, puesto que soy bolivarenses por el lado del viejo, que en paz descanse y cordobés por el de la vieja, que todavía la conservamos para bien de sus doce hijos.

Yo soy el quinto y como no hay quinto malo me afano porque la vieja descanse un poco de todos esos años que le tocó recorrer, junto con el viejo, palmo a palmo estas tierras en busca de un lugarcito donde enterrar de nuevo los ombligos y levantar los hijos sin tantos sobresaltos. Por esto cuando llegamos a Montería fue para quedarnos. Primero nos instalamos en una de las casuchas del antiguo triángulo, en el mercado central. Allí, todas las mañanas, el viejo y los mayorcitos, salíamos por caminos diferentes a ganarnos el bocado de comida.

A mí me tocó vender frito y guarapo, ser el cargador de equipaje en un hotel, ayudante de lo que fuera y lavador de carros en la playa de la calle treinta y una. En este oficio me sorprendió el “desarrollo” y me hice hombrecito. Y cuando pensaba que mi vida iba a transcurrir en el agua como los patos, un amigo me entregó mil pesos para poner una chaza, partiendo ganancias. Desde entonces, a los catorce años, tengo este negocio entre manos: en los primeros años como socio o administrador y en los últimos siete años totalmente independiente. Esta chaza es mía” En Montería existen unas ciento cincuenta chazas. Las clasifican de acuerdo con el capital invertido en mercancía y según este le asignan

el número de estrellas correspondientes. Así: de uno hasta cinco mil pesos, son de una estrella; de cinco hasta doce mil, son de tres estrellas y de doce en adelante, son de cinco estrellas. Estas últimas no llegan a quince. La del duro Arturo es una de ellas.

“El negocio lo abro a las diez de la mañana y lo cierro a las nueve y media de la noche en días particulares y hasta las ocho los domingos y feriados. Vendo desde crispetas y rosquitas hasta cigarrillos Lucky y galletas con dulce de leche y guayaba en su interior. En las respectivas temporadas no falta la boletería para el boxeo, el béisbol y las corridas de toros.

Tengo el puesto de revistas, uno de los más completos, donde el hombre y la mujer más exigentes encuentran lo que buscan: desde novelas de amor, paquitos y novelitas de vaquero hasta la biblia, literatura y ciencia, pasando por diversos materiales que le enseñan a cocinar, decorar, tejer, fotografía, mecánica y más de diez mil maneras de hacer el amor.

Claro que también consiguen horóscopos, chistes de todos los colores, crucigramas y periódicos. Ofrezco totalmente gratis informaciones completas sobre la ciudad y lugares turísticos del departamento tanto a propios como extraños y la única parte donde le cambian sus billetes por monedas de veinte centavos para que pueda llamar por teléfono. Pero, indiscutiblemente, uno de los mayores atractivos de mi chaza es que sirve de punto de reunión para que deportistas, aficionados, críticos, periodistas, directivos de clubes y analistas conversen tranquilamente sobre el pasado, presente y futuro de nuestros deportes.

La única condición para participar es que sea versado en la materia. ¡No aceptamos charlatanes! Yo, por ejemplo, soy especialista en boxeo local, nacional y mundial. Esto me obliga a leer mucha prensa extranjera y escuchar bastante radio a fin de estar al día de lo que sucede”.

Y el Duro Arturo cuando a la una de la tarde logra sentarse a descansar un poco, los sueños le brotan sin ningún esfuerzo: “No puedo quejarme, esta chaza me salvó de ser un oscuro personaje; lo que soy se lo debo a ella. Por eso, de cumplirse mis sueños de llegar a tener un negocio más

grande, no me desprenderé de mi chaza; seguiré con ella hasta el fin de mis días si la buena suerte y la Policía, que ataca demasiado a los vendedores ambulantes, lo permiten. De cumplirse estos propósitos, sería un hombre afortunado”.

LO DEMENTIZARON Y LE QUITARON LA TIERRA

El 7 de mayo de 1978 murió Sergio José Mestra Romero, el Rey José, por más señas. Se despidió con tranquilidad, sin remordimientos de esta puñetera vida como dijo su esposa, más bien parecía dormido. Aunque por dentro las cucarachas de la injusticia no le dejaban descansar en paz su alma, por cierto bastante estropeada.

Tres meses después el doctor Julio César Turbay coronaba con éxito la presidencia de la República, el piso más alto del gobierno colombiano y con él, un político cordobés logró asirse con fuerza al Ministerio de Agricultura. Muchos paisanos celebraron el nombramiento. Por una parte, los políticos seguidores de sus ideas: era la oportunidad esperada para convertirse en el grupo liberal de mayor caudal electoral; por otra parte los terratenientes, deseosos de acabar definitivamente con cualquier cosita que oliera a reforma agraria y, por último, una gran cantidad de campesinos que esperaban tener un pedacito de tierra siquiera para morir en ella.

Con el Rey José murió uno de los primeros luchadores por la tierra en este departamento. Desde cuando crearon la Sociedad de Obreros y Artesanos de Montería en 1918, apareció él en primera fila. Y allí se mantuvo durante la ocupación de los baldíos de Lomagrande que algunos ricos de Montería decían pertenecerles; cuando les achacaron la muerte del teniente de la Policía Alfredo Navas en un intento de desalojo y cuando los llevaron presos a Cartagena, a las cárceles de San Diego y Santa Teresa. Fueron 30 meses de sufrimiento permanente. Allí perdió la razón uno de sus compañeros, Urbano de Castro, sindicalista barranquillero que había llegado con su hijo a solidarizarse con la causa campesina.

En el año 1925 las autoridades debieron reconocerles la libertad por ser inocentes, el derecho que tenían sobre estos terrenos y otorgarles las respectivas escrituras. Aún así, jamás dejaron de hostigarlos. Hasta que apareció la época de la violencia y entonces sí, desparramaron por casas,

caminos y sembrados la persecución más atroz, la muerte a sangre fría y los desalojos violentos. El Rey José logró sobrevivir y no dejó perder su parcela. Su mujer, María del Carmen Tordecilla, no lo dejaba desfallecer. Lo alentaba con decisión y su inquebrantable deseo de vivir. Pero a partir del año cincuenta y cinco la mente le empezó a resbalar, no podía tenerla en el sitio debido.

¡Le estaba defraudando la razón! El Rey José quedó con menos sentidos de los que tienen las personas cuerdas. Y la gente le veía con sus chaquetas azules y grises, su gorra o kepis, su espada de madera y sus discursos que, en medio de la loquera, enjuiciaban a políticos y funcionarios y recordaban su parcela, su lucha y el engaño que le habían hecho.

El nuevo ministro habló muchas cosas pero no dijo por qué no puede distribuir la tierra; el mejoramiento que ha obtenido el campesino de las Empresas Comunitarias y el programa Desarrollo Rural Integral; por qué las ciénagas, playones y ejidos los entregan a terratenientes antes que a los campesinos pobres; por qué cada día los pueblitos campesinos son más chicos y con menos gentes; por qué muchos campesinos marchan a Venezuela, conociendo los peligros de las trochas y la Guardia Nacional. Nada de esto nos dijo el nuevo ministro. Al parecer está muy ocupado engrandeciendo la clientela y asegurando la maquinaria.

Mientras tanto los campesinos, cansados de esperar, piensan desesperadamente qué hacer para seguir viviendo. Los derechos a la tierra y el trabajo que tienen como persona son considerados por las autoridades como culebras peligrosas que atentan contra la propiedad y su deber es colgarlas en los alambres de púas de las grandes haciendas.

“El rico que le compró sabía que él estaba loco. Yo se lo advertí, pero no me hizo caso. Le tenía muchas ganas a la tierra del difunto. Y estuvo dándole hasta que lo consiguió. Le dio una pendejadita como pago. Imagínese usted, ¡Tanto lucharla para venirla a perder de esta manera! No hay derecho. Lomagrande, que antes fue de muchos campesinos hoy es de dos propietarios”.

La tenencia de la tierra en Còrdoba cada día que pasa estará más concentrada. Para el campesino pobre apenas quedan las de colonización, cada vez más lejanas. Las que dicen y prometen recuperar para cultivos intensivos mediante el proyecto hidroeléctrico Urrá, cerca de 300.000 hectáreas aproximadamente, ni una sola pulgada será distribuida entre la pobresía. Urrá es una estrategia sin reforma agraria. Lo más que pueden aspirar los campesinos con estas tierras es servirles como asalariados. No hay otra cosa.

“¿Entonces el campesino no tiene derecho a un pedacito donde siquiera sembrar para comer con su familia? ¡No joda, hasta donde hemos llegado! ¿Y el nuevo ministro qué es lo que hace?”

EL CAIMÁN DEL SINÚ

Ese medio día de agosto en Palmar de Varela, un pueblito cercano a Barranquilla, se encontraba tomando sopa y hablando con varias personas. De pronto, cuando llevaba otra cucharada a la boca, quedó inmóvil por un instante, se levantó con brusquedad y cayó al piso agarrándose con fuerza el vientre. No quería que esa mano invisible le deshilarara las entrañas ni mucho menos que le sacaran la vida por la boca en forma de ese espumarajo agrio y maluco. Hizo grandes esfuerzos hasta cuando las convulsiones se aplacaron y las manos como garfios se aflojaron. Varios creyeron que empezaba reponerse pero mentiras, estaba preparándose para morir.

Posiblemente en ese momento su padre estaba encaramado en el campanario de la catedral de Montería, dándole cuerda al reloj público para que siguiera contando las horas de la vida. De esto hace 30 años. Su nombre era Jerónimo Tribiño Casarrubia, más conocido con el nombre de El Caimán del Sinú. Tenía apenas 39 años. Había nacido en un rancho de techo de pajizo situado en la calle 27 con carrera 10. Sus padres fueron Justo Tribiño y Evarista Casarrubia, gente de puro pueblo. Jerónimo, en su último momentico, debió acordarse de Montería, cuando correteaba detrás de los grillos para matarlos con varitas delgadas y flexibles del árbol de totumo.

Eran años de injusticia, de grandes injusticias ocasionadas por empresarios y terratenientes criollos, norteamericanos, franceses, italianos que se adueñaron de tierras, maderas, raicillas, gobiernos y hasta de las propias familias de la pobreza a través de la matrícula. Un invento de los poseedores de esclavos en desacuerdo con la abolición de la esclavitud. Era una especie de peonazgo por deudas que existió durante años en los pueblos ribereños del río Sinú. ¡Nada escapó a estos demonios!

A los opositores trataban de aplastarlos. Perseguián y castigaban a las y los matriculados rebeldes, a los opositores de la matrícula. A Juana Julia Guzmán y Vicente Adamo, directivos de las organizaciones obreras y de

artesanos y otros labriegos los hostigaron y encarcelaron por defender los baldíos del terreno Lomagrande, cercano a Montería. Todos estos hechos los guardó en su conciencia y con esa carga encima picó los cabos en el año mil novecientos veintiocho para recorrer el mundo.

Nadie daba razón de él. Años después, gracias a la prensa que llegaba de Cartagena y Barranquilla, la gente pudo enterarse que Jerónimo era boxeador. De ahí en adelante la prensa siguió informando de sus triunfos en Venezuela, Cuba, Puerto Rico, Ecuador y Perú.

Así pasó el tiempo hasta cuando un buen día del año treinta y ocho lo vieron de nuevo en Montería. Ese día hubo una gran algarabía: poca gente había visto a un hombre de 220 libras de peso, más de 1.85 metros de estatura, cabeza chiquita con una nariz chata y un caminado de boga en mar embravecido. No era para menos. En su alimentación ordinaria estaban tres libras de “pellejito salado de carne de res” en cada arrimada a la mesa. Algunos aseguraban que sus pasos los oían con nitidez a 150 metros de distancia.

Apenas llegó se interesó por la suerte de los asalariados. Comenzó a frecuentar los sindicatos y hablar de organización mientras, para ganarse la vida, fabricaba guantes de boxeo, remendaba planchones y capotes de coches jalados por caballos y fabricaba anafes rudimentarios. Colaboró de lleno con el Sindicato de Navegantes y Braceros de Montería, a la sazón un gremio explotado por patrones y empresas de navegación. El río Sinú era el único medio de comunicación de todos estos pueblos con Cartagena, Barranquilla y el mundo.

Eran numerosas las lanchas, barquetonas y motoveleros que atracaban en los distintos puertos del alto, medio y bajo Sinú. Por algo construyeron en 1935 las actuales murallas o albarradas. La labor educativa y organizativa de Jerónimo bien pronto dio sus frutos. A partir del año 41 presentaron pliegos de peticiones. La disposición y disciplina del sindicato hicieron de esta lucha la primera victoria de envergadura.

Todos sus miembros, cerca de 70, entusiasmados volcaron su aliento y apoyo a las otras organizaciones. El ejemplo subió rápidamente y llegó a los sindicatos de Cereté, Carrillo, Lorica y San Bernardo del Viento. Al año siguiente el pliego de peticiones cobijaba estos sindicatos y Jerónimo llegó a ser su presidente. No contento con esto, fundó la Sociedad de Gremios Unidos de Montería, conformada, además del Sindicato de Navegantes y Braceros por la Liga Sindical de Campesinos y Trabajadores de Santa Isabel y el Sindicato Liga de Trabajadores de Cereté.

Todo este ejemplo y disposición ayudó en una u otra manera a conformar sindicatos de acarreadores y conductores de carreteras, de la construcción, de choferes, de adoberos, de ebanistas, de empleados de oficios varios, de panaderos y otros de artesanos. Fue esta una década brillante del sindicalismo de Montería. A tal punto que para el año 48 conformaron el Comité de Directivas de los Sindicatos de Montería con más de 10 afiliados. Su primer secretario fue Aniceto Pico. A Jerónimo le tocó representarlo en muchas ocasiones en conferencias y congresos nacionales. Su firma aparece en comunicados de la Federación Nacional de Transporte, de la Federación de Trabajadores de Bolívar y otros por el estilo.

Era un arduo y decidido luchador por la democracia, la libertad y el bienestar de los pueblos. Sus ideas políticas eran precisas y las comunicaba con claridad sorprendente. Los que lo conocieron guardan un profundo respeto por sus ideas y una extraordinaria admiración por su personalidad.

Cuando llegó el año 40 el río empezó a ser desplazado como medio de comunicación por camiones y aviones. Hubo una gran crisis de empleo. Los sindicatos de navegantes y braceros tambalearon pero no llegaron a caer del todo. La situación económica apretó demasiado y Jerónimo decidió irse para Barranquilla. Allí consiguió montar una pequeña tala-bartería cerca a la iglesia San Roque. Su trabajo sindical y político continuó sin tregua.

En estas se encontraba cuando acabaron con él. Las investigaciones para esclarecer su muerte nunca las adelantaron. Las autoridades guardaron un silencio sospechoso. Muchos son los que aseguran que lo mataron por sus ideas.

A pesar de las dificultades el Sindicato de Navegantes y Braceros logró sobreaguar hasta finales de la década de los años 60. Después vino el silencio, luego el recuerdo. Muy pocos sobrevivientes de estos oficios hicieron parte después de los grupos de coteros o estibadores terrestres, llamados así por ellos mismos.

LOS REBUSCADORES

Cuando un hombre del pueblo sin trabajo fijo tiene la obligación de alimentar todos los días varias bocas y mentes tragonas, se encuentra frente a dos caminos totalmente diferentes: o abandona el hogar, dejando a la madre con la responsabilidad o se amarra los pantalones dispuesto a enfrentarse con quien sea.

Muchos escogen el primer camino. Otros, afortunadamente, convencidos de ser machos, deciden lo segundo, resueltos a todo, sabiéndose totalmente desprotegidos de Dios y del gobierno. Su faena comienza desde bien temprano, con un tinto en el estómago y la cabeza zumbándole como abejón atrapado en botella. Salen a los sitios donde creen encontrar alguna cosa que les sirva. Caminan sin cesar. Hablan aquí y allá. Comentan entre sí las chambas u oportunidades que tienen vistas o

prometidas. Escuchan resignados las promesas. Se acongojan por momentos, luego saltan felices para después entristecerse de nuevo. El hambre y el desaliento, mientras tanto, les hacen poner caras de lástima y de dolor. Los brazos les cuelgan como patas de mesa y la preocupación se les mete en las arrugas de la frente. Los salivazos les salen raudos, amargos, pegajosos.

En la casa, la mujer es fiera y mansa paloma, tratando de aguantar el desespero de los niños hambrientos, contentándolos con pendejaditas de comida y de cariño. Muchas lavan y planchan ajeno; fabrican galletas de limón, venden mangos en palanganas que ponen frente de las casas. Despeinadas, sin tiempo ni motivo para arreglarse, hablan, aconsejan, juegan, gritan, cantan vallenatos alegres o tararean melodías de tristeza. La belleza y el ánimo lo pierden sin darse cuenta: cuando estrujan con fuerza una sábana o cuando hacen correr con fuerza la plancha sobre la ropa indefensa. El semblante se les ensombrece y la negrura del cabello se transforma en gris. Algunas cargan con parte de los hijos y van al mercado y a las calles a vender frutas, bollos, pescados, verduras, platanitos largos, manzanas grandes y aguacates de culitos blandos. Los oficios las vuelven gritonas, avispadas y compiten de tú a tú con los hombres más vulgares y perequeros.

El hombre no sabe cómo consigue carreta o carretilla y se lanza a cargar bultos mientras mastica tabacos; con una pala, limpia patios y aceras; con un martillo, una pinza y algunos repuestos ya está en la calle gritando que arregla paraguas, ollas de presión, saca filo a los cuchillos o tijeras; compra un poquito de muchas cosas, las pone en una mesa e instala en cualquier esquina o simplemente las deposita en las aceras del mercado; sale a los campos y regresa vendiendo un monito hambriento, un papagayo triste, unos pajaritos cantores, unos periquitos ruidosos, una culebra boa; a cualquier hora del día y en todos los lugares ofrecen las fracciones de todas las loterías; en los atardeceres pide que le compren panes calientes o griegas tibias —que quien no las compra se friega—; se ofrece de ayudante en los buses y camiones, en las carpinterías, zapaterías, talleres de mecánica, construcciones, labores de plomería; se emplea en cantinas o billares, monta un puesto de leer novelas y paquitos o arma una cajita para lustrar zapatos.

Para terminar, si usted está interesado en los servicios de un rebuscador, asómese a la calle y al primero que pase llámelo, de seguro que él tiene algo para usted.

LOS PAISAS POBRES

“Mi nombre y el de nosotros no importa. No diga cómo nos llamamos: escriba, eso sí, cómo vivimos los paisas pobres, nosotros, para que la gente sepa que un paisa pobre es como cualquier pobre de cualquier parte del mundo. La pobreza es una sola y tiene cara de perro, ¿cierto mi don?

Venga, siéntese aquí. Espere un momento que Jeremías termine de comer para que usted ocupe la mesa. A este Jeremías yo lo quiero mucho... ¡Es mucha belleza de animal este gato! También tengo dos loros, ya viejos, pero todavía hacen cositas. Buen signo de que quieren seguir viviendo felices unos años más.

Bueno... ¿qué le cuento yo?... que nací en Ituango y a los diez años, cuando murió mi mamá, empezó el viacrucis de mi vida. Después que la enterramos, con las caras llenas de lágrimas, todos los hermanos nos despedimos y partimos por caminos diferentes a buscar el pan de cada día. A esa edad la niña que era yo, con mis trajes que me llegaban al cuello, a los tobillos y las muñecas, con mi pecho liso porque todavía tenía teticas de macho, salí a buscar trabajo por los pueblos cercanos. Parecía una yegua chúcara, eso que por aquí llaman corroncho. Trabajé con varias familias: unas veces lavando, planchando, cocinando; otras haciendo panela o desmalezando. Precisamente en este oficio me hice esta herida que tengo aquí en la pierna. ¿La ve? Por culpa de ella duré sufriendo más de tres años. Pensé que me moría. Ya me sacaban gusanos de esos que tienen de tres a cinco filas llenas de pelos brillantes. Por suerte un curioso vino donde mí cuando le mandé la orina. Con cuchillas me abrió la pierna, llegó al hueso, le sacó el tuétano y tapó otra vez. ¡Bendito sea Dios, enseguida comencé a mejorar!

Yo me hice mujer a los puros trancazos con la vida. Cuando trabajaba en uno de esos restaurantes que quedan al costado de las carreteras donde llegan a comer los pasajeros de buses, un señor que también trabajaba allí, me convenció para que nos juntáramos. Así lo hicimos. Anduvimos

otro tiempo recorriendo pueblos antioqueños hasta que nos aventuramos a venirnos para Montería, una prima mía nos acompañó.

Apenas llegamos él trabajó de albañil y yo de ayudante. Pero el trabajo era escaso y la plata no la veíamos. De noche cuando llegaba a la posada sentía que los huesos me chillaban, como si un desconocido los torciera sin piedad. Me dediqué a otra cosa: lavar ropa ajena en la muralla. A mis niños los dejaba encerrados en el cuarto y cuando regresaba, ya en la tarde, era para comer en un ratico lo que la niña de once años había logrado preparar y de una vez ponerme a planchar hasta que oía el canto de los gallos. Por estos días mi marido salió a rebuscarse a Turbo y allá murió.

La carga me tocó a mí sola. Tuve que apretarme bien el cinturón. En las madrugadas ayudaba a mi prima en la hechura de las arepas y los frijoles con tocino. El queso para las arepas lo recogíamos todas las mañanas, pidiendo de colmena en colmena. En una olla nos echaban la costra dura y amarillenta de los quesos blancos; nos las daban raspadas o en rebanadas delgaditas. También recogíamos otras cosas que botaban. Todo nos servía. El olor a ratón muerto y el color verdoso con manchas negras que tiene el repollo podrido los quitábamos a punta de soda. El plato de frijoles lo vendíamos a dos pesos. Teníamos una buena clientela. Pero este ritmo de trabajo estaba acabando conmigo. Apenas descansaba dos horas diarias.

Para no morirme trabajando decidí emplearme en un restaurante, donde, además de atender a la clientela, tenía que hacer oficios de la casa y cuidar de los niños. En esas estaba cuando un señor, uno de los comensales que conocía de vista, me pidió que me casara con él. No le valieron los argumentos de ninguna clase. Ese día, el viernes me enamoró, el sábado me compró el ajuar y el domingo nos casamos. De esto hace diez años. Y hoy, vea usted, aquí me tienen viviendo en este tugurio de Montería, todavía trabajando, con el mismo destino de siempre en mi espalda cansada.

FLOTA TORNILLO S.A

Me acaban de decir que usted piensa escribir sobre nosotros ¿es verdad? ¡No joda, qué milagro! Siempre pienso que los carretilleros somos las bolas de Dios porque nadie nos tiene en cuenta para nada y eso como usted sabe a ninguna persona le gusta. Yo reconozco que somos malucos y la facha que nos ponemos en vez de ayudarnos nos desmejora, que decimos malas palabras, que tenemos los dientes negros de tanto fumar tabaco y pasamos tomando ron, es verdad, ¿por qué negarlo? Pero una cosa es esto y otra bien distinta que nos consideren lo peor del mundo, lo más indeseable. Eche, tampoco.

Uno es pobre y maluco pero trabaja con honradez. Vea usted si no. Esta es parte de la Flota Tornillo S.A, nos dicen así porque el ron Tornillo es nuestro trago preferido. La componen cerca de 100 vehículos de distintas clases. Enseguida le explico las características de cada uno de ellas y de los que las manejan...

Carretas: son estas de tres ruedas de carro. Cada una vale 8.000 pesos aproximadamente. Son 50 en total, distribuidas en los puestos de la calle 30 con carrera tercera, de la 34 con primera, de la 37 con primera, de la 36 con tercera y de la 37 con segunda. Por lo general las conduce un hombre. Solo cuando la carga es muy pesada buscamos la ayuda de un compañero o familiar. Cualquiera puede empujar 20 o 25 bultos de 50 kilos cada uno, pero cuando son 50 o 60, carga máxima de estos vehículos, le queda muy pesado a uno solo.

La edad influye mucho y en toda la flota hay gente que va desde los 35 años hasta los 70. Vea que ya no somos tan jóvenes. Ahora que le hablo de la edad, de eso que todos los días uno se da cuenta que está envejeciendo y hunde más en la pobreza, de eso que uno sabe perfectamente que no va a salir de aquí donde está, le repito, cuando los carretilleros hablamos de estas cosas se nos pone el alma blandita, suavcita... es entonces cuando nos dan ganas de tomarnos unos tragos de ron Tornillo, que es lo único que aquí consumimos.

Claro, al comienzo no fue así. Muchos decíamos que este era un trabajo ocasional... mientras conseguíamos algo mejor... mentiras, las cosas no resultaron, nos amañamos más a la pobreza y ahora ¿quién nos saca de aquí?

Vaya a nuestras casas a la orilla del río en el barrio Sucre o en las del sur para que vea cómo vivimos, llenos de pelaos y de necesidad. Casi todos tenemos seis o siete hijos y viera cuánto nos ganamos. La gente regatea mucho los precios a pesar de lo cómodo que son las tarifas. Nosotros cobramos por viaje o por bultos. El valor por viaje depende de la clase de carga, peso y distancia; el valor por bultos es de cinco pesos, si es movilizado en el área del mercado; 10 pesos si es movilizado a menos de 20 cuadras y 20 pesos si es a más de esa distancia. En promedio, entre días buenos y malos, nos ganamos unos 150 pesos diarios. ¿De qué nos alcanza? Sin meter los gastos que hacemos a la carreta y los cinco pesos del parqueadero todos los días. Y conste que trabajamos los siete días de la semana. Nosotros no descansamos. ¡Pendientes siempre del rebusque!

Lo bueno que tiene la Flota es que nos tratamos como hermanos. Yo me voy muy bien con el Cachaco, el Culo seco, la Hociúa, el Cagaleche, la Puerca, la Ñeca, el Ánima Sola... Son muy buenos amigos. De las carretas también podemos decir que hay unas mejores que otras. Ahí están La Tornillo, La Esperanza, Rodar es mi destino, El que critica sufre, La Marbella, Acérquese y mire, La Mondonguera, La Arroquera y otras.

Carretillas: son aquellas chiquitas de una sola rueda de madera. Esas valen unos 1.000 pesos y usted las encuentra en los puestos de la 36 con tercera, de la 37 con primera y en la 37 con segunda. Son 37 en total. Las conducen muchachos que no pasan de 23 años y cargan hasta cinco bultos.

Ellos, como nosotros, tienen el mismo horario de trabajo, la misma tarifa y viven en los mismos barrios. Nos diferenciamos en que ellos tienen de dos a tres hijos; a los vehículos no les tienen nombre sino número por el hecho de que en el Parqueadero El Chino que les cobra dos pe-

sos por cabeza, las controla de esta manera. Ellos no toman tanto como nosotros, todavía están muy biches pero ganan más. El día les sale por 200 pesos promedio. Como son pequeñas las mueven fácilmente y hay mucha carga menuda y mediana en este mercado.

Carros mulas: en otras partes les dicen zorras, son carretas de dos o cuatro ruedas de carro, jaladas por caballos. El precio es el de la carreta grande más el caballo y los aperos. Son seis en total. Las localiza en la plaza grande. Son especialistas en distancias medias y largas con una buena carga. Cariñosamente les decimos Tragapeo a los conductores porque cuando los animales echan peos, o pedos como dice la gente fina, a los conductores, situados exactamente detrás de las nalgas de ellos, les toca olerlos y tragarlos.

Algunos de estos animales son inteligentes. El caballo de Juan Espina, el Cucarrón, apenas lo siente que cae borracho en el interior de la carreta se pone en marcha y lo lleva hasta su propia casa sin violar ninguna señal de tránsito. ¡Ojalá yo tuviera un caballo así! Y para terminar le digo que en nuestro trabajo, fuera del vehículo, usamos sombrero para protegernos del sol, cabuya para asegurar las cosas, panola para limpiarnos las manos y secarnos el sudor y lo más importante, la fuerza para mover la carga. ¿Sabe usted lo que es empujar hasta 5.000 libras por estas calles de Montería? Se necesita mandarría y práctica.

LOS ARENEROS DEL SINÚ

“Cuando las madrugadas son claras y frescas trabajamos a gusto porque el pellejo del río se pone tibio y suavcito como el de una mujer que tenemos abajo, diciéndole cosas con nuestras canoas que movemos despacio, sin hacer ruido, como una caricia”. Así me habló un viejo arenero el día que lo visité. Hablan poco, pero lo dicen bien.

Me impresionó la sencillez que esconde en sus cueros duros y tostados. Por pedazos me fueron contando cómo es este oficio donde trabajan unos 50 hombres, entre areneros y descargadores, localizados fácilmente en las playas del barrio Santafé, frente al hospital o frente a la peluquería al aire libre que queda en la Avenida Primera.

Me dijeron que apenas cuentan con 30 canoas de longitud y capacidad diferentes, puesto que las hay de 12, 15 y 18 metros, que hacen de dos a cuatro y media toneladas de material. Hicimos la cuenta y nos dio que un metro cúbico es igual a una tonelada y media. Pero la mayoría de estas canoas son ajenas o arrendadas a los areneros por 100 pesos diarios o 600 semanales. El domingo no trabajan. Yo no sabía que una canoa, nueva o de segunda, tiene un precio que va desde los 20 mil hasta los 70 mil pesos.

Uno me contó que sacan arena menuda para repello, arena gruesa para bloques, mezclas y piedra china para vaciados. Esta última la consiguen a cuatro kilómetros arriba, en las playas Morales, Belén, Majagua o en los cuarteles del ejército. En ir, cargar y regresar demoran de cuatro a cinco horas. La arena es más fácil, la sacan de las playas de los barrios Santafé, Buenavista o en el centro. La operación tarda una o dos horas por la cercanía y porque no hay necesidad de colarla como la piedra china.

El que cada rato escupía una mascada de tabaco, me explicó que la canoa es conducida por dos hombres: el boga con la vara y el patrón con el canaleta. Al llegar al sitio escogido clavan un espeque de mangle de

unos cinco metros de largo a fin de sujetar la canoa. Entonces, por turno, uno se encarga de bucear el material a una profundidad de dos a tres metros si es arena y a uno o metro y medio si es china, mientras el otro es el encargado de recibir. Si es china lo que sacan, a este último le toca también hacerse cargo del cedazo o colador.

El utensilio utilizado para la extracción es un tambor o tanque de seis galones, unas 100 libras de material aproximadamente. Llena la canoa regresan a sus lugares de partida. Allí los esperan unos jóvenes con la misma indumentaria y el mismo cuero de los areneros: son los descaradores. Son los encargados de retirar el material de la canoa y depositarlo en los sitios altos de las orillas. Por lo general emplean dos descaradores por canoa. Les pagan por cabeza a 100 o 150 pesos de acuerdo con el tonelaje. Tardan dos horas en promedio para trasladar cuatro y media tonelada de material. Depositado el material esperan la llegada de los compradores quienes pagan a 300 pesos el metro cubico y lo venden a 500.

“Lo único que necesitamos en este oficio es, fuera de la canoa un pantalón mocho o pantaloneta y fuerza, porque es una actividad dura. Donde vea en la orilla del rio estas pilas de arena o china, ahí estamos nosotros hasta las 11 o 12 del día, de lunes a sábado. De aquí para la casa en los barrios del sur, a entretenernos con los cinco o seis hijos que tenemos en promedio cada uno. Hace poco vi en la televisión que los areneros de otras partes están organizados. Nosotros aquí no hemos podido, estamos como todos los pobres de este pueblo: mal”

LAS MADRES SOLTERAS

Ahora si me convencí del todo que nosotras, las madres solteras, no les importamos a nadie. Ni a usted Víctor Negrete que se ocupa de todo. Hasta el momento no ha sido capaz de dedicarnos unas frases, unos párrafos siquiera, al menos de consuelo, por esta amontonadera de problemas en que están convertidas nuestras vidas, si es que así podemos llamarle a este envejecer tan rápido.

Pero yo no soy de las que me callo y aquí me tiene con esta boca mía diciéndole que somos miles las madres solteras pobres que usted encuentra todos los días por la calle. Rompiéndonos el cuero sin descanso por un simple mendrugo. Y es que nos toca hacerlo, pues de lo contrario morirían nuestros hijos y nosotras no podemos ser como ustedes los hombres que hacen los hijos y se largan tranquilamente a continuar sembrándolos en otros vientres para después decir yo no tengo nada que ver con ese hijo tuyo, recuerda bien quien te lo hizo y nos abandonan con la frescura más grande del mundo.

A nosotras entonces nos toca tenerlos y levantarlos solas, sin ayuda de nadie, apenas con lo que podemos conseguir como muchachas de servicio, aseadoras de oficinas, vendedoras de pescados, bollos, frutas u otros productos, lavanderas y planchadoras de ropa ajena, coperas de bares y cantinas y, a veces, no me da vergüenza decirlo, nos vemos obligadas a levantarnos las polleras y ofrecer la bella fruta del sexo para ganarnos cualquier extra.

Y todo lo hacemos por los hijos, esas criaturas inocentes que no tienen la culpa de nada, a quienes les toca aguantar hambre desde antes de nacer y después, con las alitas tiernas todavía, tenemos que soltarlos para que se defiendan en un mundo, que empieza a creer que los niños son adultos y están obligados a ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente. Por eso hay tantos niños nuestros vendiendo periódicos, chichas, jugos, recogiendo lo que botan en el mercado para luego venderlo, lavando carros, lustrando zapatos, ejerciendo el oficio de carretillero o cantante en los buses de servicio público.

Y nosotras pendejas, llenándonos de hijos, dejándonos engañar a pesar de la experiencia. Porque a una nunca le falta quien le endulce el oído con promesas de este y el otro mundo... yo creo que usted sabe muy bien como se presentan: mansitos, como si no mataran una mosca, serios y amables, con atenciones para los niños, paseos a cada momento y ofrecimientos de gaseosa cada rato y de vez en cuando diciendo: ¿qué te pasa negra, no confías en mí? ¿Acaso crees que yo soy capaz de portarme como el bellaco ese que se aprovechó de ti haciéndote dos hijos para después dejarte tirada como una perra? ¿Serás capaz de considerarme así? Tu bien sabes cuánto te quiero y prometo hacerme cargo de ustedes. Confía en mí, no fallaré. Y una que no, que todavía no... enseñada vienen las caricias, comienza la tembladera, se destraban las piernas... y otra vez una cae de nuevo”.

LAS GOLONDRINAS

Todos los días, a las cinco de la tarde, sucede lo mismo: el sector comercial más importante de Montería se convulsiona de manera extraña. Los transeúntes y los dueños de mil y tantos puestecitos de venta de abalorios y hasta de los 13 secretos para conseguir mujer bonita y rica, garantizados por un año, levantan a ratos la mirada preocupada en pos de esculcar con cuidado los rincones del cielo. La espera de algo que llegará por los aires a causarles un terrible mal les acongoja el corazón. Y aunque resignados a la “suerte perra” que les toca vivir no dejan de maldecir cada vez que recogen diligentes la mercancía multicolor. Otros mientras tanto, sin saber de dónde salieron, aparecen con varas largas de mangle o de lata con un pedazo de tela o papel blanco amarrado en uno de los extremos. La gente, de antemano, presiente que perderá la batalla y ensaya cómo agitar la bandera de la paz.

A las cinco y media unos pajaritos alegres surgen en el cielo. Retozan felices haciendo figuritas o lanzándose en picadas suicidas contra el río para apenas mojar en un instante la puntica de sus alas oscuras. Son flechas aladas de pecho blancuzco, ojos resueltos y claros y en su cola está la hendidura perfecta para acomodarles la cuerda de un arco invisible y lanzarla con fuerza a cielo abierto. Gozosas y coquetas se meten en las corrientes de aire para sentir su caricia tibia. Abajo, la incertidumbre crece a medida que los pajaritos, más numerosos a cada momento, se entretienen con sus juegos de niños y dioses. Y preciso, a las seis de la tarde, a una orden categórica, seis millares de estos pajaritos se lanzan raudos y ebrios por las calles repletas.

¡Llegaron las golondrinas! Es el grito que escuchan en medio del estuor y la intranquilidad de personas que corren en busca de una puerta o cualquier cosa amiga. A sus ansias y desesperaciones contestan las golondrinas con el batir violento de las alas y los agudos chillidos de fiesta o de guerra. Así, enloquecidas, recorren las calles en busca de los mejores sitios para descansar un poco del trajín del juego. Y con algarabía, peleándose los puestos, se acomodan apretadas en los alambres.

Semejan entonces los ábacos de líneas larguísimas donde aprendieron los poetas a contar la vida. Desde el mismo momento que llegan fiesteras, le arrojan confetis a toda la gente, una especie de bombardeo con la carga menuda de sus excrementos que parecen fruticas destrozadas de higos maduros.

De inmediato no consiguen el sosiego que buscan para sus cuerpos cansados. Hay quienes las espantan para que no sueñen. Son los que manejan las varas largas con el trapo en la punta. Así logran asustarlas durante varias horas, hasta las nueve o diez de la noche cuando las golondrinas triunfan ya del todo. Entonces dejan de chillar y de moverse. Una por allá da vueltas en el alambre, simulando ser un acróbata de circo; esta de aquí mueve con desesperación la cabeza como tratando de espantar la pesadilla; aquellas se peinan el plumaje y dan piquitos de apoyo o buenas noches. Al final duermen tranquilas, se sabe que están en los alambres por la lluvia ininterrumpida de sus bombitas de excremento que estallan sonoras en el piso.

A las cinco de la mañana, cuando las primeras luces les dan calorcito, despiertan veloces y así como llegaron, también se van.

LAS INUNDACIONES DE SIEMPRE

La gente dice que los locos se arrebatan todos los viernes y los pueblos ribereños aseguran que el río Sinú hace exactamente lo mismo cuando llega el invierno.

A mí me consta que el año pasado por estos mismos meses el río Sinú se volvió como loco. Era de madrugada cuando abandonó, por descuido del gobierno, su jaula de tierra y se lanzó despiadado a causar daño en casa ajena y a perratear la tranquilidad de los moradores de sus riberas.

Los hombres, advertidos de la furia que les venía encima, corrieron presurosos con palas, palos y uñas pero no pudieron contener la fuerza asombrosa de la lengua de agua sucia y peces saltarines que escapaban por esa boca anchísima. Las mujeres, presas de una desesperación loca, trataban de echarse en el hombro, en la falda convertida en motete y en los pechos, a los niños pequeños, la muda de ropa limpia, los chócoros más indispensables, el canastillo con tapa donde guardan la estampita de la Virgen María, la aguja, el hilo, los pedazos de cinta, un billete de poco valor y unos papeles amarillentos amarrados con tira negra.

Las gallinas asustadas regresaron a los árboles o al caballete de la casa. El periquito dejó de comer arroz y de gritar “visto de verde y soy liberal”. La marrana parida comenzó a decir glú, glú cuando se dio cuenta que en su boca había menos de los hijitos que quería salvar y más del agua que la ahogaba. El burro viejo salió corriendo como los huracanes. Las matas de yuca, maíz, arroz y ají daban un triste adiós con sus últimos cogollos.

Después de un largo rato de acomodo, el agua se aquietó. Quedó parejita, inofensiva. Apenas sobresalían los techos de las casas y las copas de los árboles. Casi al instante se escuchó el canto triunfal de las ranas, luciérnagas y mosquitos. Allá lejos, gentes y animales sobrevivientes buscaban la carretera: detrás de ellos, riéndose la sinvergüenza, el agua los correteaba como jugando a La Lleva. Apenas pisaron el asfalto húmedo

dieron las gracias a Dios, echaron un vistazo rápido a ver qué les quedó de lo que habían traído y todos juntos, como jalados por algo invisible, miraron lo que habían dejado. Nadie dijo nada. Parecían piedras pero por dentro alguien les rompió el alma con un golpe preciso: las mujeres aflojaron unas lágrimas y los hombres amarraron una maldición en silencio. Solo los niños de brazo estaban contentos. En los “subquebaja” de la carrera no pudieron pescar en el aire las tetas brinconas y gelatinosas de sus madres. Aprovechando ese momento terrible se pegaron a ellas como caracoles hambrientos.

Cuando observaron que el agua les subía por los tobillos, iniciaron la marcha en busca de los pueblos altos. Llegaron cansados, abatidos. Ocuparon las escuelas y las convirtieron en campamentos de refugiados. Allí pudieron orear las sábanas, descansar los huesos y beber un poco de tinto. Almas caritativas les enviaron ropa y alimentos. Algunos socorristas les entregaron bolsas con arroz y pequeños botiquines, fueron días difíciles. Llevaderos únicamente por la solidaridad y el calor humano, profundo, que entregaban sin reserva y compartían. Cuando el río bajó después de muchos días, ellos también bajaron a sus ranchos.

Encontraron una gran miseria y sin tiempo suficiente de reponerse las epidemias se les metieron en el cuerpo. Y así, con fiebre y la carne adolorida, el machete reluciente volvió a cantar de nuevo en las parcelas. Varios niños murieron, muchos enfermaron y todos quedaron más jodidos. De las tantas promesas de ayudas que oyeron, pocas las hicieron realidad. Los estudios, proyectos y obras anunciadas que evitarían la repetición de estas tragedias, quedaron aprisionadas en las hileras de sacos con tierra que les pusieron al río en sus orillas, especie de camisa de fuerza para aquietarlo y no estropear tanto a la pobresía, a la larga la más perjudicada siempre.

Hoy, cuando parece que el río quiere enloquecer de nuevo, empiezan a oírse los mismos del año pasado y de siempre con las mismas vainas del año pasado y de siempre. Por eso en este momento no faltan los ociosos que están poniéndoles velitas a los santos, rogándoles que si hay una nueva creciente los arrastre a todos ellos y los tire al mar por embusteros. Ojalá así sea.

LAS MALAS LENGUAS

Gracias, Víctor, por haber venido. No vayas a decirle nada a Manuel, mi marido. No te imaginas siquiera el estado de nervios en que me encuentro desde que me hicieron la propuesta o desde que me pusieron entre la espada y la pared como digo yo.

El asunto es este: sabes que trabajo en la Alcaldía del municipio de Montería desde hace un año por influencias de un tío. Tiempo más que suficiente para conocer más a fondo todo lo que se mueve dentro de esos tres pisos que forman el edificio de la administración. ¡Un infierno, Dios mío! ! Te lo juro por mi mamá que está muerta! Y si por lo menos existiera alguna seguridad en el empleo, bueno una medio se aguantaba, pero qué va, allí vivimos en zozobra todos los días, pendiente siempre cada vez que hablan o respiran los grupos políticos porque enseguida nos ponen a bailar en la cuerda floja y es entonces cuando ellos, los concejales y los funcionarios, se dan toques de finos e importantes. Si los vieras, dan risa. Entonces hay que ir donde ellos... a los hombres, sencillamente, los botan; a las mujeres, si todavía tienen con qué responder, les hacen la propuesta: acostarse con ellos o salir. ¿Te das cuenta cómo aprovechan la situación?

Piensa qué puede hacer una mujer con varios hijos, separada o abandonada, con el marido desempleado, sin posibilidad de otro empleo. ¿Por que dónde?. Si se mete a bandida, peor, claro que hay algunas que no tienen la situación tan apretada y si lo hacen es por alardear que son mujeres de tal concejal o del doctor fulano. Sin exagerar te digo que la mitad de las mujeres que trabajamos en el municipio se han acostado con esos señores o por lo menos han tenido cierto tipo de relación íntima con ellos. Esto lo conoce todo el mundo, especialmente los maridos, los familiares y los novios. Todos permanecen alertas, cuidando a sus mujeres.

Puedes jurar que si todavía usaran los cinturones de castidad muchas los llevarían puesto. Tal vez te has dado cuenta que hay maridos o novios

que las traen o las vienen a buscar. Desde temprano las esperan en el parque debajo de la Gobernación. Pero hay veces que, por compromiso o por gusto, sabiendo que las están esperando, salen por la puerta de atrás a encontrarse con los señores. Varias me han contado los problemas que les forman cuando deben explicar el por qué de la llegada tarde o salida tan temprano. Conozco a muchos de esos hogares que viven en permanente pelea por esta causa. Y si alguna de ellas sale embarazada, la duda se siembra en el hombre como una espina.

El asunto se complica porque hay señores de éstos que comentan lo que le hacen a las mujeres y entonces les toca aguantar las propuestas de otros y hasta de los propios compañeros de trabajo que logran enterarse de las cosas. Las mujeres serias y fieles que trabajan allí la pasan muy mal: arrepentidas de trabajar en esas condiciones pero tienen que aguantarse por no quedar en el aire. El caso mío es que por esos vaivenes de la política, mi tío ya no tiene ningún peso. Yo, más que nunca, debo estar trabajando porque los gastos aumentaron y a Manuel lo botaron hace dos meses.

Ayer me visitó el concejal de quien depende el puesto que estoy ocupando. Me dijo que estaba buena, que si así como caminaba me movía y esa cantidad de cosas que dicen ustedes... en fin, que si no lo aceptaba se veía en la penosa necesidad de cambiarme por otra que si lo aceptara con gusto pero como él es comprensivo no quería hacerlo, que colaborara con él así como él iba a colaborar conmigo. ¿Cómo te parece?

Y LOS VIEJITOS ¿QUÉ PITOS TOCAN?

Los viejitos de hoy tienen un destino fijo: venerable y glorioso para unos, lastimoso y cruel para otros. Son trastos viejos que molestan en cualquier lugar o reliquias remotas imposibles de cambiar o restaurar y cuyo mantenimiento es demasiado costoso y tremendamente aburridor. En ambos casos no sirven para nada.

Los hijos e hijas, aunque digan mimarlos y adorarlos, no pueden ocultar su desagrado y fastidio cada vez que les toca presenciar la suspiradera que les entra cuando recuerdan aquellos tiempos de antes en que eran útiles para el trabajo y el amor o cuando arrancan con la cantaleta que ya no me quieren y lo que desean es que me muera para dejarlos tranquilos pero no se preocupen que ya no duro mucho y si paso de este año me voy para el asilo o me lanzo a la calle a mendigar el pan o el cariño que ustedes me niegan; o cuando los coge la preguntadera de los niños que joden mucho o cuando hay que bañarlos como si fueran pollitos, hacer que coman los alimentos con el mismo cuidado de quien alimenta pajaritos enjaulados decididos a morir, darles en cucharaditas con azúcar los remedios amargos y limpiarlos con trapitos mojados cada vez que cagan sin querer. Así son los hijos e hijas, aunque digan lo contrario.

Los nietos, esos diablos feroces que andan sueltos por la casa, son felices cuando los convierten en pelotas grandes de trapo que se quejan con cada patada que sienten o desdichados cuando tienen que escuchar los mismos cuentos de siempre con ese olor y sabor característico de las cosas antiguas. Como pago le obsequian un beso o le dicen abuelo querido. Pero es solo una tregua porque enseguida le meten cucarrones con luces prendidas o ranas meonas en el pecho ya frío de tetas colgando o rellenan las arrugas profundas del rostro marchito con plastilina y agua de colores como si estuvieran haciendo una máscara de susto. Así son los nietos y lo reconocen.

La gente, en cambio, no les para bolas. Los ven caminar con ese pasito de hormiga y no dicen nada. Si sus pasos tropiezan con el cansancio o

la piedra, pocas manos amigas corren a ayudarlos mientras los rostros de muchos esbozan sonrisas de burlas. Ninguno los cuida cuando van por las calles. Nadie les explica las cosas que quieren saber. Sus canas al viento muy poco respetan y a su voz gangosa no quieren ya entender.

Así es la gente con los viejos nuestros.

LAS MARIMACHOS

«Yo personalmente conocí y traté a dos de las más famosas marimachos que han dado estas tierras en los últimos cincuenta años; incluso, a una de ellas la enamoré y la tuve al borde de la paila pero no cayó...

Lástima carajo, hubiera sido una gran cosa... y hoy te estuviera contando cómo son las marimachos por ese lado, el único que no les conozco para desgracia mía... y de ellas también, porque después de todo deben sentir por ahí, ¿no? ¡Seguro que algo deben sentir! Y si uno trabaja bien la herramienta con más razón todavía. Una verdadera lástima no haberla coronado como eran mis santos deseos... pero bueno, dejemos las cosas de ese tamaño. Yo seguiré lamentándome en silencio.

Te decía que conocí a las dos: a la Negra Quindó y a María. La Negra era alta, gruesa, pelo largo chino, cara larga, nariz bonita y tenía una voz fina. Cuando reía se le hacían dos hoyitos en los cachetes que provocaba llenárselos de besos o meterle los dedos a ver si retoñaban. ¡Era toda una señora negra! Usaba trajes como cualquier mujer y hasta tuvo una hija como cualquier mujer... claro, yo creo que el hombre debió amarrarla para poder hacérsela, porque lo otro, si fue con consentimiento propio, yo no me explico cómo diablos pudo ese y yo no, no me explico. Y estoy por creer que nunca encontraré la explicación. Pero sigamos.

Esto que te acabo de decir de la Negra era la parte que tenía de mujer, digamos mejor, era su apariencia, porque el otro pedazo, el más grande, era puro macho: andaba para arriba y para abajo con nosotros, no porque le gustara alguno, sino porque creía ser uno más del grupo, se daba tremendas trompadas con cualquier hombre por algo que no le gustaba y fueron muchas las veces que tuvimos que quitárselos para que no los estropeará tanto; tomaba ron a la par de los mejores de la región; hendía leñas en cantidades; conducía canoas hasta distancias asombrosas; sacaba tareas con la misma agilidad que lo hacía el peón más experimentado y en determinadas épocas vendía naranjas en una carretilla.

Por todas estas cosas, y no es para menos, se corrió la voz que la negra tenía los niños en cruz metidos en los brazos y que sabía unos rezos misteriosos que le daban ese poder. Hubo alguien que llegó a decir que la negra cuando iba a pelear se miraba la muñeca y gritaba: ¡Ue mano ñeque en mochila... si al tipo le pegas, al suelo lo tiras! Pero que va, eso era mentira... la negra lo que tenía era fuerza, una fuerza grande es verdad pero en fin fuerza que consiguió trabajando duro y parejo desde chiquita.

Por eso digo yo que las marimachos pintan desde chiquitas y parece que trajeran esa inclinación de querer ser hombres desde el mismo momento que son concebidas, luego se les desarrolla cuando notan que vinieron al mundo sin el gajo que traemos los varones. Pobrecitas, a mí a veces me daba pesar ver a la negra haciéndose pasar por hombre pero enseguida le miraba las tetas, las caderas anchas y firmes y esos hoyuelos y el pesar que me daba era no poder coronarla. Pero bueno, no hablemos de eso y sigamos.

La otra marimacho era María, una mujer bajita, india, cara pancha y de voz dulce. Calzaba abarcas y vestía de falda y camisa de drilón que usaban los hombres bastos. Eran tan gruesas que les decíamos “rompe espina”. El machete siempre lo llevó al cinto. Sacaba carbón, cortaba leña, sembraba y todo lo traía a vender a Montería desde Guateque, un caserío próximo, en animales de carga. No tuvo hijos ni hombre que la amarrara pero si tuvo mujer. Dicen que la cuidaba y la quería mucho. Por ella trabajaba tanto. Por este caso de María me doy cuenta que a las marimachos les gusta andar, trabajar y parecerse a los hombres en todo, aún en eso de hacer cositas.

Acaso no está fresco todavía el recuerdo de otra María que vivió en el Sinú medio, muy conocida por cierto, que cuando los choferes, célebres por sus vulgaridades, le pedían en broma “el rajón de tu vida”, ella tranquilamente les respondía que le dieran primero “el hueco sin hueso”. Y eso no era un simple decir porque todos en el pueblo sabían que ella tenía una armadura con un pipí de caucho macizo que echaba una baba por el hoyito que tenía en la punta y se ponía para violar hombres

y mujeres. Hubo varios casos con hombres a quienes invitaba a tomar para emborracharlos y luego usar de ellos.

Las marimachos son cosa seria, no vayas a creer. Y a propósito, si tu hubieras conocido a la negra Quindó...

¡Si, si, ahora vamos a hablar de lo mucho que me gustaba esa negra que no la puedo olvidar!... Todo comenzó...”

RADIO BEMBA

En los pueblos, colonias de paisanos, círculos de amigos e incluso, en ciertos barrios de pequeñas y grandes ciudades existe un medio de comunicación popular, formidable y eficaz: Radio Bemba o lo que es lo mismo, la transmisión de determinadas informaciones o “noticias” por vía oral, es decir, de boca en boca.

Radio Bemba, como todo el mundo sabe, nació y mantiene con vigor en los pequeños pueblos campesinos. Hace parte de la cultura campesina. Y aunque no es el único medio de comunicación que existe, si es el más efectivo. En algunos pueblos, por ejemplo, utilizan también el pasquín y los carnavales.

El pasquín es una hoja suelta escrita a mano o en máquina, sin firma responsable, que aparece cualquier día pegada en postes o paredes de lugares concurridos o simplemente tirada en el piso de la sala porque alguien en la madrugada la arrojó por debajo de la puerta. Y los carnavales son esas fiestas populares en donde la copla, la puya, la trova o la décima juegan un papel destacado, precisamente por la intención y el contenido que tienen.

Generalmente las informaciones que da a conocer Radio Bemba, el pasquín y los cantadores de carnaval tienen como base estos dos principios: “la verdad en la cara duele” y “entre cielo y tierra no hay nada oculto”. Por esta razón casi todo el material que transmite Radio Bemba se refiere a ciertas verdades que algunas personas o familias guardan celosamente. Estas verdades son ciertas en su totalidad o parcialmente, jamás son del todo falsas. Otra cosa: son espontáneas, no las buscan a propósito; simplemente comienzan a formarse a partir de la más pura intuición, de esa malicia indígena u olfato de perro que tiene la gente del campo. Tal vez por ese motivo cada persona que recibe la información y la sigue transmitiendo le quita o le agrega detalles a su gusto, de acuerdo a su ingenio, conocimiento o experiencia sin modificar el hecho central.

Es obligatorio igualmente que la narración la acompañe de gestos, imitaciones, cambios de voz y silencios cortos o prolongados con el fin de hacerla atractiva y llena de suspenso.

Buena parte de los paquetes de informaciones que transmite Radio Bemba tienen que ver con el sexo (impotencia, frigidez, encoñamiento, abandono, homosexualismo, lesbianismo, mariamachismo, violaciones, compra de doncellas, embarazos, desfloración, infidelidades, prostitución, gonorrea y otras por el estilo), fracasos y éxitos en los negocios, líos graves entre parientes, enfermedades incurables, recién llegados, hechicerías, teguas y empautos con el diablo, fallecimientos inesperados, actividades ilícitas, viajes repentinos, riñas y escándalos en general.

¿Cómo se origina la información que transmite Radio Bemba? Veámoslo en un ejemplo: en Boca de López, un pueblito del Sinú Medio una joven pareja de enamorados decidió hacer el amor y mantener el hecho en secreto. Supongamos que nadie los vio. La consumación del acto y el silencio estricto que deben guardar producen en la joven pareja determinadas reacciones y emociones que aparentemente pasan desapercibidas para los amigos y familiares. Con el correr de los días, pocos o muchos, alguien descubre por casualidad algo raro en las miradas, en los saludos, en las risas y en las palabras que cruzan los enamorados y decide prestar atención a ver si descubre lo que ya supone. Pero no se queda callado, sino que en la primera oportunidad le cuenta al amigo íntimo el descubrimiento, terminando el relato con esta frase:... “A mí me parece que Fulanito se está comiendo a Zutanita...” Este primer indicio comienza a regarse en forma de murmullo.

Entonces son muchos los ojos y los oídos que están pendientes de todo cuanto hace y dice la joven pareja: les meten conversaciones de doble sentido, hablan bien o mal de uno de los dos para conocer las sensaciones que produce, les hacen preguntas como quien no quiere las cosas, les sueltan de improviso puyas o indirectas, les inventan mentiras para sacar verdades y los más osados o los de mayor confianza pierden la paciencia y les exigen que digan la verdad y dejen de tantas vainas. Es tal la presión y tan bien montado este aparato de espionaje que la verdad

acaba conociéndose tarde o temprano. Hay veces que las cosas se precipitan por un descuido, una imprudencia, un alarde o sencillamente por un embarazo o aborto.

Las informaciones que da a conocer Radio Bemba llegan a ser de dominio público, todos las guardan con el fin de utilizarlas en el momento preciso y para sus propios intereses, aunque en el fondo parece que existe un sentimiento y actitud fiscalizadora y moralizante que trata de evitar excesos y la violación de normas éticas, morales, sociales que rigen la vida de la comunidad y por lo mismo deben ser acatadas y respetadas por todos. La gente conoce suficientemente este objetivo de Radio Bemba y evita por todos los medios ser protagonistas de sus informaciones.

A propósito de los protagonistas de Radio Bemba: la mayoría de ellos están convencidos de que nadie sabe nada de las verdades que oculta celosamente y solo vienen a enterarse cuando en el desarrollo de una riña o un escándalo alguien le grita a todo pulmón en plena calle, con pelos y señales todo cuanto conoce él y la comunidad. Este desenmascaramiento produce en la persona afectada una profunda vergüenza, mientras la comunidad respira algo tranquila, convencida que hizo algo positivo: castigar al infractor de sus normas y, al mismo tiempo, alertar a los otros para que no sigan el mal ejemplo.

CUANDO MUEREN LOS NIÑOS

Hace varios años en visita de rutina a Martinica, el pueblo cercano a Montería, me tocó presenciar el velorio de un niño pequeño. Las imágenes de este hecho no se me borran de la memoria todavía... Y hoy, no sé por qué razón las recuerdo con mucha intensidad. Yo conozco, por los cuentos de viejo que he escuchado, que antes cuando moría un niño llegaba un grupo de cantores entonando este estribillo:

Pío, pío, yo era gavilán
Gavilán garrapatero
Tan chiquito y embustero...
Señor gavilán, señor gavilán
De aquí no me voy, si no me lo dan.

En seguida lo cargaban y a manera de marcha fúnebre, marcando el compás con los pies, con pasos hacia atrás, se dirigían hacia el cementerio. El niño, ajustado en la cajita, llevaba los ojos abiertos, fijos en un punto sin vida. Si por casualidad mueren con los ojos cerrados cualquier piadoso se los abre con cuidado, sujetando los párpados con un palito. Las manitas iban juntas en actitud de súplica, apretando sin querer una flor chiquitica. Otras veces la llevan en la boca.

En Martinica, cuando llegué a casa del amigo, el niño estaba en el ataúd: una cajita hecha de madera rústica, forrada con papel blanco plisado y unos flequitos que más bien parecían alas de barrilete. Lo habían puesto cuidadosamente sobre la única mesa que tenían, en medio de cuatro velas tristes. Las flores silvestres de los playones de la ciénaga le cubrían medio cuerpo, derramándose tranquilas por la mesa.

A un lado de este jardín de muerte un vaso de agua y un pedazo de algodón en su interior. Las manitas debieron amarrárselas para que pudiera agarrar la flor. Murió con los ojos abiertos y la boquita pálida no alcanzó a cerrarse del todo.

Lo contemplé un largo rato... parecía dormido. La vida se le había escapado en chorrillos menuditos y silenciosos. Tal vez por eso ni cuenta se dio cuando murió ese medio día de fuego. Por eso conservo su rostro tranquilo, fresquito. En cambio hay otros que el dolor de la vida se lo llevan en la muerte para siempre. Es cuando desencajan sus facciones haciendo nacer en los vivos una lástima profunda.

Los niños de su edad, los amigos, no lloraban; apenas preguntaban el por qué de las velas, el por qué de tantas flores. Ellos pensaban que era otra cosa; por eso no pudieron decir que lo enterraran en el patio para llevarle ramitos de flores, de esas que cogen para pelear gallitos o hacerles guirnaldas a los sueños; también para hablar con él de cómo es eso por allá y sembrarle todos los días una crucecita nueva con palitos de guayaba, de totumo o de caimito... lo mismo que hacen todos los días con sus animalitos queridos, enterrados en la parte más fresca y más cuidada.

El padre, mi amigo, detrás de él, sentado a la horcajadas en un taburete, rompió el murmullo quedo del velorio con sus rezos: "Mi hijo está muerto. Murió porque su débil llanto no alcanzó a llegar, ni llegará jamás, al lugar donde se encuentran los que siempre nos han prometido salud. Malditos sean". No dijo más. El odio le taponó la boca con fuerza. A mi regreso, temprano al día siguiente, vi a mi amigo con un azadón en el hombro dirigiéndose al cementerio.

MARÍA LUCRECIA

Algunos pueblos tienen la costumbre de enterrar a los niños cuando mueren con la cabecita en dirección a la salida del sol. Dicen los acongojados que el sol mañanero es saludable y les da un bonito color en los cachetes.

Así como esta creencia hay muchas en el Departamento. Y todas, en el fondo, buscar suavizar un poco el efecto desastroso que causa la muerte de un ser querido. Sin embargo, en Montería las cosas son al revés. Tal vez porque ya no somos un pueblo pero tampoco una ciudad. Al final queda, por esta situación de transición, que la muerte de una persona es altamente complicada y demasiado dolorosa.

Todo comienza con la llegada de María Lucrecia, la muerte. Yo no me como el cuento que estaba con María Palito debajo de la cama comiendo azul. Más bien creo que estaba tirando al albur la suerte de cada una de las personas. Pero la cosa es que apenas llega, el llanto de la gente se rompe como una piñata de barro y proceden a arrinconar los muebles, guardar adornos, descolgar cuadros, barrer, sacudir. De inmediato acuden los vecinos, la casa llena; crece el llanto, vienen los pésames, los desmayos, los consuelos, los soplos, las bebidas de toronjil o yerbabuena. Pocillos y asientos llegan de todas partes.

Mientras amortajan el cadáver reparten tinto y avisan a los familiares y amigos. La noticia coge vuelo con rapidez increíble. Llega más gente. Enseguida buscan o mandan hacer vestidos de luto. Instalan el ataúd en la sala, prenden los cirios, colocan la cruz al frente y una improvisada rezandera inicia el primer rosario. Los hombres, afuera, hacen comentarios discretos. Termina el rezo y vienen los comentarios y las preguntas con más detalle: las precauciones que no tomaron, las determinaciones inflexibles del destino, los cientos de detalles de su vida, las cosas raras que hizo o dijo unos días antes, los hijos que deja y terminan diciendo que la hija de fulano le “abrió las patas” a zutanito y si vieras a cómo compré el gas propano.

Para esta hora debe saberse dónde, la hora y nombre del cura que va a oficiar las misa, mandar a hacer los carteles, dar aviso por la radio, conseguir el permiso de inhumación, el arriendo de la bóveda y el de los carros para el transporte al cementerio.

Cuando llega el momento de retirar el ataúd de la casa y conducirlo a la iglesia, suceden escenas verdaderamente desgarradoras. Algunos familiares no dejan sacarlo, se aferran a él con fuerza increíble. El encargado de la funeraria, conocedor profundo de su oficio, actúa con parsimonia y frialdad. Deja que la gente exprese su dolor hasta lo más profundo. Al marcharse el cortejo la sala queda vacía. Los deudos se van calmando lentamente hasta quedar con la mirada fija, perdida, con suspiros corticos.

En la iglesia hay otras emociones. El cura trata de encontrar el mensaje más adecuado a través de las oraciones, los cánticos, los pasajes bíblicos y los ritos. Invita a reflexionar sobre ese gran principio bíblico “no somos nada” y pensar en la vida eterna. Así mitigan un poquito la pena pero cuando llegan al cementerio de nuevo recobra sus bríos. El meter el cajón en la bóveda, arrojarle unos cuantos ramos de flores, sellarle su pequeña entrada y escribir su nombre en el cemento fresco, hacen de ese momento un hecho al máximo doloroso. Parece que a uno lo exprimieran sin dejarnos un aliento de vida.

Por lo menos fue lo que yo sentí cuando enterramos a mi hermana Gloria hace algunos días.

LA PRIMERA

Esa noche de verano regresaba de tomar refresco en el mercado cuando la vi por primera vez. Era ya una mujer hecha y derecha. Yo, en plena adolescencia. La recuerdo muy bien: el traje rojo, el cabello corto y una pequeña maleta de viaje en la mano.

Cuando pasé por su lado me miró con insistencia. Nunca he sabido por qué. Me devolví y comenzamos a hablar animadamente: había nacido en los fríos del interior, por esos mismos lados se casó y casi inmediatamente vinieron a probar fortuna por estas tierras de nosotros, de suerte que todos los hijos que tienen son paisanos nuestros.

Apenas tenía tres meses de haberse separado de su marido y esa noche viajaba a su tierra a visitar familiares. Pero el bus de las ocho había salido y el siguiente lo hacía a las doce. Ayúdame a matar el tiempo, me dijo con una sonrisa de ángel y de diablo. Titubeé ante la propuesta pero me repuse con prontitud, si acaso tendría dos pesos en el bolsillo. Le conté mi triste situación económica esperando poner punto final al sorpresivo encuentro pero ella me miró con tanta ternura que estuve a punto de llorar: no te aflijas, ven, caminemos, algo se nos ocurrirá.

Yo pensaba dos cosas: qué iríamos a hacer y dónde. La voz y las piernas me temblaban. Era una situación verdaderamente embarazosa. Ella, por el contrario, gozaba por entero y trataba inútilmente de darme confianza. El miedo mío era obvio: sería esa la primera vez que estaría con una mujer y de remate cachaca y mucho mayor que yo. No era para menos en realidad. Mi virginidad no me preocupaba en lo absoluto puesto que la perdí a la tierna edad de los ocho años. Mi hermano mayor y sus amigos me llevaron en esa ocasión a los pajonales cercanos a la casa donde pastaba María Casquitos, conocida también con el nombre de burra, y me enseñaron con maestría los secretos inolvidables de cómo ser feliz y hacer feliz a estos animales que nos ayudaron a pasar sin riesgo la época difícil del desarrollo. De María Casquitos y sus similares: vacas, terneras, gallinas, mulas y pavas guardo recuerdos de gratitud. Mi infancia y

la de muchos no hubiera sido completa sin ellas. Y yo estaré eternamente agradecido por sus favores. ¡No faltaba más!

Pero una cosa era María Casquitos y otra la que tenía a mi lado. Me dio entonces por recordar los cuentos que nos echaban los amigos mayores sobre el particular mientras ella con sus mañas lograba paralizarme el corazón por momentos que me parecían eternos y movía a voluntad la circulación de la sangre y el palpitar de mis músculos calientes y cogía mis manos para enseñarles donde estaban sus senos, su vientre y su sexo húmedo y caliente y luego, ya en el paroxismo me dijo: “Aquí donde está tu mano nace y muere la vida, ¿qué prefieres?”. La suerte estaba echada. Y fui feliz.

Después de este encuentro vinieron más durante quince años. Con el tiempo y por varios motivos, la perdí de vista... hasta hace poco cuando la vi de nuevo y juntos recordamos esta historia.

ESAS LOCURAS QUE A VECES COMETEMOS

Fue el día de la lluvia interminable. De esa lluvia que parecía no iba a dejar de caer en ningún momento a pesar de los rezos queditos que en esas circunstancias mi madre acostumbraba a musitar después de tapar con un trapo viejo el espejo de la sala, encender la veladora a la Virgen del Carmen, apagar todos los bombillos y saber exactamente por donde escapar ilesa en caso que la casa amenazara con venirse al suelo, porque esa lluvia interminable llegó acompañada de vientos zumbadores que estremecían las viviendas, desbarataban los techos y hacían arrodillar a los árboles más erguidos y de esos truenos que, como lenguas centellantes, rompían sin ninguna misericordia el vidrio del firmamento con estruendos de pavor infinito.

Ese día habíamos empezado a tomar cerveza al medio día, agobiados por los calores infernales de esos veranillos fugaces, sin imaginar ninguna jugarreta de la vida. Y así, desprevenidos y confiados, nos sorprendió la lluvia. Entonces no tuvimos más remedio que seguir hasta el momento que el amigo grandulón tiró la propuesta directa y sin ambages de irnos todos a un prostíbulo conocido. Yo, poco adicto a visitar estos lugares pero aguijoneado por la cerveza y los recuerdos gratos, aprobé de inmediato, sin ambages de ninguna clase. El otro amigo, un tanto ingenuo, alzó la mano en señal de aprobación.

Cuando salimos todas las calles estaban completamente inundadas. Y nosotros caminando bajo la lluvia cantábamos a la vida, a las mujeres y a un provenir más risueño. Solo los sapos, esos “ruiseñores del fango”, entendieron nuestra alegría sencilla y nos acompañaron felices hasta ese lugar que también encontramos inundado pero donde hay mujeres valientes y decididas que resisten las inclemencias del tiempo y no permiten de ninguna manera que el sexo pierda el sabor y el calor que lo hace inconfundible y sublime. Por lo tanto, ni la lluvia ni la media noche llena de soledades siderales fueron obstáculos para que ellas nos brindaran sus risas de inocentes y nos abrieran sus pechos tibios y redondos.

La música nos hizo bailar con el agua a las rodillas. En esa estábamos cuando sentí rasgar una guitarra que a esa hora intentaba ser alegre y placentera. De inmediato la busqué y la encontré a ella con sus anteojos oscuros, el traje de florecitas moraditas, el cabello corto o recogido, no recuerdo, sentada con cierta incomodidad y con los pies sobre otra silla para no mojarlos. ¿Quién es?, pregunté. ¿No la conoces?; ¡debe darte pena tanta ignorancia! Es Lucy González, la que canta la célebre canción El Polvorete, me contestaron entre sorprendidos y enojados. Enseguida me dirigí donde ella estaba, me senté a su lado, la abracé fuerte y le di un beso en la mejilla fría. Ella entonces, como pago, cantó para mí la versión original de El Polvorete ¡mucho más brava que la conocida!

Cuando regresé al lado de Pilar, así me dijo que se llamaba con quien bailaba, una gran ternura inundaba mi corazón de hombre sencillo. Después vino el arreglo y de una vez marchamos al sitio de los desafue-ros placenteros. Apenas abrí la puerta vi un espectáculo de abandono: todo inundado y las pocas cosas recogidas en una pequeña mesita de noche, solo la cama conservaba ese aire triunfal que casi nunca pierde. Me volví para mirar y alcancé a divisar a Lucy en el instante que, ayudada por dos mujeres, se disponía a descansar. Fue un rato largo. Nada me intranquilizó. Ni siquiera el temor de caer y ahogarme en esas aguas de placer mundano.

Ya casi de día, los amigos y yo nos volvimos a tirar al agua. Y una vez bajo la lluvia regresamos cantando y saludando al nuevo día con la compañía querida de los “ruiseñores del fango” .

DICHOSOS LOS OJOS QUE TE VEN

« Dichosos los ojos que te ven, Víctor Negrete. Hace mucho tiempo que yo, tu conciencia, quería hablar contigo. Confieso que me ha costado trabajo llegar hasta ti. Nunca me explicaré por qué razones siempre te negaste a recibirme... pero bueno, gracias a Dios, te encuentro en condiciones de hablar calmadamente.

Para comenzar quiero que mires un momento hacia atrás; estos últimos años que han pasado. ¿Listo? Muy bien, ahora mírate a ti mismo, lo que eres. Sí, claro, estas más viejo, eso lo sé; te pregunto por lo que has conseguido, lo que eres y representas en este mundo. ¿Recuerdas los primeros años, cuando llegaste de Bogotá con una mujer ajena y un montón de poesías que terminaste regalándoselas a una negra inteligente de Montelibano? ¿Y el momento cuando decidiste registrar baúles y las memorias oxidadas y enclenques de los viejos para resucitar historias que nadie recordaba con el fin de decirle a este pueblo tuyo todo lo que ha sufrido y lo mucho que lo han jodido siempre? ¿Lo recuerdas? Y no contento con esto, con el estómago vacío y los ojos encendidos por una esperanza remota, recorriste como profeta las trochas culebreras de pajonales interminables y los caminos polvorientos de los pueblos campesinos, diciéndoles con esa voz tuya: ¡Carajo, despierten, ustedes no solo tienen derecho a la luz del día y a la oscuridad de la noche, de ustedes también es la tierra que trabajan y el derecho a vivir como gente que fue hecha a imagen y semejanza de Dios.

Así como tus pies caminaban sin cesar, tu boca no paraba de hablar y tus manos de hacer figuritas en el aire cuando les explicabas a trabajadores sudorosos, a maestros y estudiantes que no es justo vivir de esta manera y que es posible hacer, con el esfuerzo de todos, un mundo más amable. ¡Qué trajín, Víctor Negrete!. ¡Y la policía y el ejército decían que eras subversivo apenas por decir cosas como estas!. ¡Qué necesidad tenías que dijeran esas cosas! Y tú insistías... incansable. Organizaste grupos de teatro para que el pueblo viera sus propios pesares e insinuarles las posibilidades de un futuro menos incierto. Y manejaste títeres, esos mu-

ñequitos que hablan como pendejos y también ellos echaban cuentos y decían discursos que entusiasmaban pero luego a la gente se les olvidaba todo porque el hambre les apretaba las entendederas y tú y tus compañeros guardaban de nuevo los muñequitos y las promesas de ese mundo deseado. ¿Y qué me dices de los festivales, de las funciones, de los concursos que te tocó organizar?

La vida se va acabando Víctor Negrete y más cuando a los problemas de cada uno le sumas los problemas de otros. Tú has pensado cómo resolver el problema de los otros pero el tuyo ¿quién lo resolverá? ¡Pendejo que has sido! Yo conozco las condiciones difíciles en que vives: rebuscando, emparapetando aquí y allá, siempre atosigado por la necesidad. Cuando pensé hace dos años que hasta ahí iban a llegar tantas locuras, comenzaste a hablar por radio y a organizar a la gente de los barrios y entonces de nuevo no pasaste en la casa ni atendías a la familia como debe ser. Y ahora Víctor Negrete, no solo hablas por la radio todos los días sino que escribes todas las semanas y tu cabeza no para de pensar en estudios, proyectos y programas de investigación y tu vida, mientras tanto estancada, quieta, sin marchar para adelante ni para atrás. ¿Qué piensas, Víctor Negrete, dímelo, que piensas? ¿Hasta cuándo seguirás viviendo así?

Víctor quiero que pienses un momento. Muchos de tus compañeros tienen carro, casa, un buen empleo y están bien casados. Tú no tienes nada, ni mujer porque te separaste de ella. Ahora te quedan esos dos hijos, Tania y Camilo y el viejo sueño de cambiar el mundo. Tú, además de inteligente no eres maluco; estoy seguro que si decides cambiar de vida, te va a ir muy bien ¡Prueba no más!

Recapacita y no gastes más pólvora en gallinazos: a este pueblo desagradecido le gusta vivir en la miseria y que le den palo; pues no joda ¡que te importa a ti!, ¡déjalo que le den palo, si eso es lo que quieren! Y te advierto una cosa: si sigues con esa vida terminarás pobre, olvidado de todo el mundo, arrumado quien sabe dónde diablos. ¡Organiza tu vida, olvida tantas maricadas y deja este pueblo que haga de su puta vida lo que se le antoje, preocúpate por ti y por nadie más!

CAPÍTULO 2

1983-1993



VIEJO NEGRETE

Esa madrugada oía, lejos de ti, el suave rumor del mar. Silencioso y un poco preocupado pensaba en ti, viejo Negrete. Estaba a la espera de algo, pendiente de una señal que me trajera la brisa o el mismo mar. Pero no llegó o pasó desapercibida.

Cinco horas después recibí la noticia. Me hubiera gustado estar contigo para darte las gracias una vez más por la sencillez, la humildad, la responsabilidad y la dignidad que inculcaste en mí con el ejemplo de tu larga vida. Quería abrazarte o al menos sujetar tu mano para ayudarte a dar el paso a la otra vida.

Tal vez no hubieras escuchado mis palabras ni sentido la tibieza de mi piel porque tu existencia en ese momento estaba como perdida, buscando con desespero el camino que te sacara de nuevo a la luz del mundo. Y en esa agitación final no lloraste ni imploraste. Apenas salió de ti el sonido sordo y seco cuando descubriste asombrado que ya estabas en el mundo eterno de la muerte.

Imagino que ese mismo día, el 20 de octubre, encontraste a tu mamá, a tus dos hermanos y a Gloria, tu hija y mi hermana. Ellos se habían ido mucho antes y fueron tantas veces que te escuché decir que deseabas estar en su compañía que creo sinceramente estarás feliz. Ya les habrás dicho de cuerpo presente lo que les contabas todos los domingos en el cementerio y con seguridad les puedes comentar que las flores del patio que cuidabas y recogías para ellos seguirán acompañándoles el camino, el de ellos y el tuyo viejo Negrete. Diles eso por favor.

Cuando tu viejo corazón comenzó a resentirse y te exigieron reposo necesario, tú, acostumbrado a no estar quieto, sentiste que el viejo Negrete estaba preparándose para partir. Tú lo sabías papá pero no dijiste nada. Y porque lo sabías no querías morir fuera de casa. Casi te obligamos a ir al hospital y todavía mamá lamenta que esa tarde que saliste no fuiste capaz o te olvidaste despedirte de ella... y de nosotros, tus hijos.

Discúlpanos no sabíamos de los arreglos que habías hecho con el destino. En el hospital no perdimos las esperanzas. Hasta el último momento enamoraste a las mujeres. De nada valían las molestias secretas de mi hermana cuando se te encendían los ojos y con precipitud lanzabas propuestas y piropos. Los varones callábamos. A veces yo y el menor de mis hermanos te alentábamos y solicitábamos que las pretendidas accedieran a tus afanes y requiebros.

Pero también aquí nos equivocamos viejo Negrete. El amor tuyo por las mujeres no tuvo límites en el tiempo. Y nosotros, unos cándidos sin remedio, creíamos que esos momentos, en esas condiciones, eran síntomas inequívocos de una mejoría pasajera, cuando en realidad era una expresión permanente de tu vida.

¿Has escuchado todo cuanto te he dicho?... No te preocupes por el mayor de tus nietos, ese día comió las bolas de plátano machucado que le mandaste hacer, la puerta del patio la cerramos con las primeras penumbras, la linterna tiene gas y hay suficientes fósforos, el reloj marca la hora correcta y la Caja de Previsión todavía no ha pagado a los jubilados. Tu peluquero vino catorce días después. Entró con su bicicleta, buscó el asiento y te llamó. Fue entonces cuando le dijimos que habías muerto.

Papá, no te preocupes por nosotros, todos estamos bien y la gente te recuerda mucho. Imagino que allá hay una Avenida Primera como la de Montería, ve a ella con los nuestros que están contigo y recuérdanos. Nosotros acá, tan cerca y tan lejos, te pensamos siempre.

RECOMENDACIONES PARA EVITAR LOS SUESTES

Aunque ya no son los mismos de antes, siempre es recomendable tomar las precauciones del caso, pues nunca se sabe, a la hora de la verdad, como va a venir un vendaval o sueste. Lo digo yo por experiencia, porque conozco bastante de estos brisones y sé de lo que son capaces cuando se enfurecen con ganas. No sobra entonces que tengan en cuenta lo que les voy a decir... tómenlo como simples recomendaciones...no más.

1. Hay que estar pendiente de las siguientes fechas porque lo más seguro es que haya sueste en todas o en la mayoría de ellas. Estas fechas son: los días de San Gregorio (mayo 9), San Juan (junio 24), San Pedro y San Pablo (junio 29), Virgen del Carmen (julio 16), Santiago El Mayor (julio 25), Santa Ana (julio 26), Tránsito (agosto 15), San Roque (agosto 16), San Bartolomé (agosto 24) y Santa Rosa de Lima (agosto 30). Les recomiendo estar atentos con los suestes de Santiago el Mayor y Santa Ana, por lo general son los más fuertes.
2. Hay que saber distinguir las señales o indicaciones que anuncian anticipadamente los suestes. Estos pueden ser la aparición de relámpagos a tempranas horas de la noche y los ruidos de truenos que se producen con insistencia por el lado sur. Conviene conocer estas señales con el fin de tener todo listo antes de empezar el sueste, ya que las recomendaciones son para evitarlo y no para enfrentarlo cuando estén en casa.
3. Tome un par de chancletas, abarcas o zapatos usados de hombre, colóquelos en forma de cruz en el centro del cuarto por donde siente más la brisa y enciéndale encima una vela, lámpara o mechón.
4. Busque un pantalón usado de hombre y amárrelo en el horcón del cuarto más cercano al vendaval.
5. Haga una cruz de ceniza en el patio.

6. Haga una cruz con las palmas benditas del Domingo de Ramos y colóquela en el rincón más amenazado.

7. Busque varios machetes viejos y colóquelos de dos en dos en forma de cruz en los horcones diagonales de los dos cuartos de las esquinas. Uno debe enterrarlo verticalmente al pie del horcón o amarrarlo a este con majagua de plátano y el otro lo coloca horizontalmente a ras de tierra, formando la cruz.

8. Consiga una camisa de hombre, manga larga, usada y con un palo por el interior extiéndale las mangas, de tal manera que quede en forma de cruz. Amárrela al horcón por el lugar donde corresponde al cuello.

9. Busque 40 granos de maíz y a partir del primer viernes de semana santa récele todos los viernes un credo a cada grano. El último día haga cuatro montoncitos de 10 granos cada uno y entiérrelos en las esquinas de cada casa o del cultivo.

10. Apréndase la oración de San Bartolomé o San Bartolo:

San Bartolo se levantó a la hora que el gallo cantó. Jesucristo le dijo: ¿para dónde vas San Bartolomé? Señor, con usted me iré, a los cielos subiré y a los ángeles traeré. Jesucristo le dijo: Devuélvete San Bartolomé a tu casa, a tu mesón, que te daré un don: en la casa donde fueres invitado no caerá trueno, no morirá mujer de parto, ni criatura de espanto, ni hombre sin confesión.

Quien esta oración rezare todos los viernes del año sacará un alma de pena y la suya del pecado. Quien esta oración rezare tres veces al día: una en la mañana, otra al medio día y la otra a la hora de dormir, cuando muera las puertas del cielo abiertas las encontrará. El que sabe esta oración y no la dice sabrá lo que contiene el día del juicio final. Amén, Jesús.

Terminada la oración hay que rezar tres credos gloriados.

Nota: esta oración debe recitarse cuando el sueste todavía esté lejos. Si ya está en la casa no se recomienda porque adquiere más fuerza.

11. Para los casos en que el sueste ya esté encima les recomiendo decir:

Oh! San Alejo bendito, tienes un Ave María, un padre nuestro, un Dios te salve María, con tal que me botes este sueste donde no haga daño a nadie.

12. O también puede tomar un niño pequeño bautizado y sostenerlo por un rato con los brazos extendidos en forma de cruz, mirando en dirección al vendaval.

Ojo: usted puede usar una o varias de las recomendaciones aquí anotadas. Si por costumbre usa una en particular que es eficaz, no la cambie, sígala utilizando.

LA VIRGEN DEL POCILLO

Cuando Serafina Cogollo nació en El Carito, en el municipio de Lorica, hace 78 años, el pueblito era entonces un grupo disperso de casas escondidas en medio del paisaje repleto de bosques y un cienaguerío inmenso.

La vida, en tales condiciones, era sencilla y feliz. La consecución de la comida no era problema. La grandeza y el aislamiento de estos pueblos de ciénaga originaron una imaginación desbordante, todavía no superada por ningún otro. Y Serafina, posiblemente por estas influencias, desde muy pequeña fue una devota ferviente de Santa Ana y Santa Lucía, la de los ojos más bellos que han existido. A cada momento, cuando se metía en problemas, las invocaba y les pedía su protección, por ello nunca sufrió percances mayores. Ella sin dudar un instante lo atribuye a sus santas.

Llevó una vida como la llevaban todos: descomplicada y sin afanes. Cuando se casó lo hizo por tener hijos, muchos hijos. Aunque apenas alcanzó a tener tres varones y tres mujeres se sintió satisfecha de la labor cumplida. Precisamente en uno de los partos, cuando tuvo a la hija mayor, sucedieron los hechos.

La partera, una señora robusta con cara de niña inocente, pidió que le llevaran tinto al tiempo que terminaba de hacerle un nuevo lavado a la recién parida y mirándole a la recién nacida sus partes íntimas le decía “serás como tu madre: no tendrás problemas cuando vengan los hijos”. Luego, ya con el pocillo en la mano, comentó con voz pausada: bonito este pocillo Serafina ¿dónde lo conseguiste? En Lorica, en la última Semana Santa, respondió. Y enseguida agregó: el señor que los vendía apenas tenía un parcito y todavía no se por qué terminé comprándolo. A mí también me gusta.

La partera apuró el último sorbo y quedó contemplando el fondo del pocillo. Notó que tenía algo como una mancha negra. ¿Qué es esto Sera-

fina?... no es sucio... más bien es algo que le va a salir. En estos días han estado apareciendo santas y santos por varias partes y en distintos objetos. No tiene nada de raro que esta sea otra aparición milagrosa.

Serafina desde ese día guardó su pocillo. De vez en cuando lo sacaba y cada vez la mancha tomaba forma de rostro de una virgen. Hasta que llegó la oportunidad de verla en todo su esplendor. Entonces le pidieron milagros y le pagaban con velas, oraciones, fiestas, figuritas en oro y plata y una gran devoción. La señora Rosa Cotes le regaló la capillita de madera que todavía conserva y no hubo necesidad de darle nombre, ya lo tenía: la Virgen del Pocillo.

Un día, mientras una de las niñas de la casa observaba el pocillo se le cayó y aunque no se rompió quedó agrietado. Otro día, mientras una gallina buscaba sitio para poner, movió el altar y se vino al suelo. Desde entonces al pocillo le hace falta una parte. El fondo, donde está la imagen, no sufrió ningún daño.

A Serafina en el sopor de los mediodías ardientes le da la impresión que la virgen abandona el pocillo y conversa con ella. Los vecinos afirman que a estas horas escuchan risas que se riegan como un canto pero no saben a quién pertenecen. Solo Serafina puede decirlo pero prefiere callar con un brillo pícaro en sus ojos.

LA BANDIDA DEL PUEBLO

Era deliciosa como una lluvia suave con el sol caliente, me dijo el viejo Ismael el día que recordó sus últimas aventuras amorosas, hace cuarenta y cinco años, con la Cocobolo la más célebre de las cinco mujeres de “vida alegre” o “bandida” de que se tenga conocimiento en toda la cuenca del Sinú.

Antes no se les llamaba así. Con cierta dulzura les decían mamasantas, porque a pesar del oficio que cumplían se portaban como inocentes y santas. Y no por maldad, ni hipocresía, simplemente porque oficios de esta clase, tan desconsiderados pero útiles, tenían que practicarse en los pueblos con mucha reserva, con un secreto especial que alentaba la aventura.

Las que lo hacían públicamente, a la luz del día, eran forasteras, de otras partes, que llegaban en tiempos de fiesta. La gente aseguraba que eran mujeres patentadas, es decir, con permiso del gobierno para ejercer el oficio. Por tal hecho pagaban impuestos y en consecuencia las autoridades estaban obligadas a ampararlas para que ningún “vivo” dejara de reconocerle el pago por los servicios prestados. Aunque parezca extraño, la mayoría de los “delitos” que se presentaban en las fiestas de los pueblos era por este concepto. A pesar de ejercer el mismo oficio, estas mujeres eran completamente diferentes a las mamasantas. La Cocobolo es un buen ejemplo.

Niños, jóvenes, adultos y viejos del pueblo Carrillo, cercano a San Pelayo, la capital del porro, y todos sus alrededores sintieron las convulsiones pausadas al principio y luego apremiantes y violentas del vientre de la Cocobolo. Por sus encantos inacabables pasaron dos generaciones completas de varones, que hoy, todavía se entusiasman con su recuerdo. Al viejo Ismael se le iluminaron los ojos y se le alebrestó el corazón. A todos, sin excepción, los atendió con la mansedumbre de la mujer tierna. A muchos le tocó enseñarles o bajarles los ánimos a los engreídos o alargar un poco más la pasión del momento cuando sintió que también

hay hombres que saben encontrar el punto donde la mujer guarda el placer. Antes del acto, si no lo conocía, hablaba con él para entender su premura y sus antojos, sus mañas y temores, sus excusas y tristezas. Nadie, que se sepa, fue devuelto por carecer de dinero o porque le faltara.

En un principio las madres y esposas cuando se enteraron del oficio de la Cocobolo, le guardaron un odio sordo y profundo. Después, a medida que la entendían, la fueron tolerando. Algunas llegaron a agradecerle porque el marido ya no buscaba las patentadas y otras porque sus hijos ya estaban preparados para satisfacer a las mujeres.

Ante las propuestas era decidida. No permitía que nadie se quedara con el dolor del deseo. Por eso, cuando alguien le manifestaba compungido... Coco, apenas tengo un peso de los tres que me cobras, ella lo miraba adolorida y le contestaba: ¡Va que va! Con el tiempo y para indicar decisión a toda prueba la gente de la zona acuñó este dicho para la historia: ¡Va que va, dijo la Cocobolo!

ESTA TRISTEZA TAN MÍA

Hay mujeres fugaces y mujeres que perduran. Estas han hecho mis tristezas, estas y aquellas han hecho mi vida.

Contigo comenzó mi tristeza, si, contigo, la de la piel morena canela y los ojos grandes y bellos. ¿Me recuerdas? Una vez vivimos juntos algún tiempo. El suficiente para crear un par de hijos y manojos de cosas cotidianas que comenzaron a abrir los cauces de la soledad que hoy siento. A ti, quien no sabemos dónde estás ni cómo estás, te recuerdo con frecuencia. Y en mi memoria veo y siento que hablamos mirándonos a los ojos, aguantando los suspiros con las manos. Tú preguntas por los hijos que dejaste, yo por las ilusiones que te llevaste un día... el día que te fuiste; tan llena de ilusiones que no hubo cupo para el peso de los hijos ni para la incomodidad de los recuerdos. Todos me tocaron a mí y los tengo todavía.

No me digas nada. Si sollozas debe ser porque la felicidad te sigue siendo esquiva y sabes lo que siento y sabes que me duele. Por mi no te preocupes, seguiré con ellos el camino.

Y el tiempo, como la vida continuó.

Tú también me llenaste el alma. No te sorprendas, bien sabes que es así. Ahora que estás lejos entiendo mejor como tú y todo lo que eres hicieron parte de mi vida. En las penumbras de los días y de los cuartos me enseñaste que la ternura es un lago azul rodeado de ceibas y eucaliptos donde se apaciguan las fiebres y sofocos. Y allí en sus orillas fuimos libres, puros y felices porque en cada entrega compartimos el alma, los sentidos, el corazón, la memoria, los recuerdos. Y no contentos con esto decidimos entregarnos pedacito a pedacito, los cuerpos tuyo y mío. Entonces conocimos todos los secretos. Y no hubo misterio entre los dos. O mejor si, hay uno que quiero resolver: si la ternura es un lago azul rodeado de ceibas y eucaliptos ¿por qué no lo encuentro desde que te fuiste tú?

Y la vida, como el tiempo, siguió su curso.

Ahora quiero hablar de ti, la del cuerpo frágil y la risa fácil. La que sientes apretazones en el alma y no le dice a nadie. De ti mujer, que haces poesías en las noches calladas o cuando sientes que el mundo es abrumador o grande. Yo también me equivoqué cuando te vi. No pensé que escribieras en secreto lo que sientes y deseas ni tu capacidad de querer tanto. Y esto muy pocos lo sabemos. Y tú indiferente, has permitido que el mundo se equivoque. No conozco las causas ni me importan, solo te admiro. Y ahora caigo en cuenta que mi corazón supo primero que yo cómo eras tú, cada vez que te enviaba claveles llenos de luz y noticias repletas de detalles. A cambio tú me diste a probar la fresquedad de tus encantos.

Y así me fuiste convenciendo pero el amor, dicen por ahí, no espera siempre... a medida que el tuyo se cerraba el mío florecía. Al final, tú recogiste los pasos que anduvimos... y yo marché con mi tristeza a cuestas.

LA AGUJA DEL MUERTO

Jesúsito Palomino es un hombre del municipio de Ayapel. Tiene cuarenta y dos años y está convencido que no ha hecho lo que quiere hacer: estar con una mujer que le guste de verdad. Ha visto y le han gustado muchas pero no ha logrado conquistar el corazón de ninguna de ellas. Por esta razón se considera un hombre desdichado, un frustrado más.

Cuando llegó a la conclusión que no podía conseguirla por los medios normales de enamoramiento no vaciló en usar otros menos conocidos y un tanto extraños según el decir de ciertas personas. Lo primero que hizo fue irse a Gabaldá, un pueblito del departamento de Sucre, pegado a Ayapel que tiene el nombre del misionero español que anduvo por la zona. Allí, según le contaron, la mayoría de las mujeres hacen el amor con quien se lo pida. Lo único que debía hacer era esperar que el marido saliera de la casa a sus faenas y meterse enseguida.

Un día con todo y noche le tocó esperar, puesto que algunos hombres prefieren quedarse en casa cuidando a sus mujeres. A las seis de la mañana vio cuando salió uno y se metió enseguida pero con tan mala suerte que no era el tipo de mujer que estaba buscando.

Luego supo, por conversaciones con amigos, de la existencia de los niños en cruz por los lados del Sinú. Recorrió varios pueblos pero no encontró quien los proporcionara. Regresó decepcionado porque sabía que con los niños en cruz podía conseguir las mujeres que deseara.

Los amigos, preocupados por su suerte, comenzaron a indagar otras maneras de ayudarlo. Hasta que un día le llevaron la noticia de la aguja del muerto. El amigo le explicó todo: tenemos que buscar una persona que esté muriéndose. Ojalá amigo de alguno de nosotros para que la cosa sea más fácil. Una vez la tengamos vista, consigues una aguja de coser común y corriente. Te la llevas y vamos donde el moribundo.

Te debes colocar al lado de los pies desnudos del que esté en las últimas. Cuando veas que está para expirar le entierras la aguja en uno de los talones. El tiene que reaccionar al pinchazo pero haga lo que haga, te mirará con los ojos desorbitados y con mucho dolor y tristeza te preguntará asombrado ¿para qué la quieres? Entonces tú le dices ¡Para conseguir mujeres! Y de inmediato sacas la aguja. Al instante debe morir pues tú debes escoger los momentos finales que le quedan de vida.

No solo sirve para conseguir mujeres. Puedes pedir para pelear, caminar, tener dinero y otras cosas pero apenas lo conceden para una sola. Tú dirás para qué te va a servir. Después que la hayas sacado debes envolverla en algodón o en un trapito y mantenerla contigo. Cuando veas la mujer que te guste y quieras hacerla tuya, saca la aguja y haz en el aire como si estuvieras cosiendo. Procura que ella te mire. Apenas tengas la seguridad que te miró y reparó un poco en ti, deja de coser y guárdala de nuevo. Ella, enseguida o luego te buscará.

Jesunito escuchó todo con atención y al final preguntó ¿Dónde conseguiremos un moribundo? El viejo Mingo se está muriendo de viejo, dijo uno de los amigos. ¡Qué esperamos, vamos para allá!.

EL PÁJARO MACUÁ

Desde muy niño empecé a oír del pájaro Macuá. Me maravillaba saber todas las cosas que decían sobre él, así no las entendiera; además no era necesario porque había tal encanto en las palabras y gestos de quien hablaba que todos nos sentíamos irremediablemente atraídos por esa avecilla misteriosa tan llena de poderes.

Después, con los años, comencé a entender. Ya sentía la necesidad de novia y los cuerpos de las mujeres me llamaban la atención. Entonces sabía que el corazón del Macuá, puesto al sol durante varios días, debía molerse hasta convertirlo en un polvo fino para echarlo en un frasco con perfume o loción. Y cuando se presentara la ocasión tenía que hacer lo posible para que la mujer deseada sintiera el olor de la esencia mágica. Por lo general utilizaban los pañuelos.

Siempre creí en el Macuá. En compañía de amigos salíamos con frecuencia a los pajonales, a los bosques y a las montañas próximas a buscarlo. Puedo asegurar que registramos, con minuciosidad de relojero, pulgada a pulgada varios kilómetros a la redonda. Nunca lo pudimos encontrar. Los que sabían de él nos aseguraban que lo encontrábamos en los adentros de las montañas, bien lejos del ruido urbano. Hasta allá, confieso, no pudimos ir.

Y creo en el Macuá porque en una ocasión pude comprobar su eficacia. Sucedió en Tierralta. El amigo que me acompañaba me dijo, mira ese indio que está en el andén de la casa donde llegan los buses de Montería. Todos los viernes se coloca allí, a la espera del bus. El repara con atención cada una de las pasajeras que bajan. Y a la que le gusta más le acerca con disimulo el pañuelo. Casi enseguida él se aleja de la estación en dirección a la ranca que tiene a la salida del pueblo, detrás va la mujer. La conserva hasta cuando él quiera.

Intrigado esperé. Todo sucedió exactamente igual como me lo había contado el amigo. No me pareció nada extraordinario porque yo creo en

eso. El Macuá es un pájaro pequeño, de color cenizo con el pecho amarillo. Le gusta hacer el nido en el cuerpo de los árboles grandes como la ceiba, siempre con la entrada hacia abajo. Lo hace de pajitas y adentro lo acolchona con plumas de toda clase.

Hoy me entero que con tres gotas de la esencia, frotadas en las manos y los labios, cerca de la persona que desea conquistarse y la siguiente oración obtengo sus favores:

Cuando Jesucristo a las doce de la noche en los montes de Galilea encontró al pájaro Macuá cantando en las ramas del Olivo Santo le dijo: Tu nido será escogido por hombres y mujeres, velado y bendecido por siete viernes a las doce de la noche.

¡Oh! Gran pájaro que fuiste honrado y agraciado por nuestro redentor por la virtud maravillosa que tú tienes y la que Dios te ha dado, trasládame el corazón de.... al mío, ponlo loco de amor por mí, que vaya donde yo deseo y sea mía.

¿ALGUNA VEZ FUIMOS GALANTES?

Cada vez con más frecuencia me pregunto si nosotros los cordobeses alguna vez fuimos galantes. Y lo hago porque todos los días escucho o veo cosas que me hacen pensar en este tema.

Por ejemplo: en los restaurantes y heladerías no hay hombres capaces de colocarle o retirarle la silla a las mujeres para sentarse, bien sean estas esposas, amantes, novias, familiares o amigas. En los buses son escasos quienes brindan asientos a las damas, así sean ancianas, estén embarazadas o lleven niños en brazos. Ya no existen los que ofrecen ayuda para bajar o subir, para abrir o cerrar, para pasar de un lado a otro o para salvar un obstáculo cualquiera. Son escasos los que conocen y tienen gracia para lanzar piropos que alaguen de verdad y hagan sonreír a las mujeres por duras y esquivas que sean.

Están a punto de desaparecer del todo los que regalan flores en los momentos oportunos, los que manejan con finura los instantes difíciles, los que sofocan los conflictos con caricias, canciones o poesías, los que llaman la atención cuando la noche o un lugar son románticos, los que invitan a caminar, a bailar una canción, a recitar un verso, a repasar de nuevo los recuerdos gratos. Ya no hay casi de los que besan o agarran de las manos en las calles, quedan pocos de los que mandan noticas en cualquier papel o servilleta, de los que besan en los encuentros y en las despedidas con besos tenues en las mejillas. Y en fin, están a punto de perderse los hombres de miradas y gestos amables que conmueven a las mujeres ansiosas o no de mimos y cariños.

Observando todas estas cosas trato de recordar lo que he averiguado del pasado, lo que me han dicho los viejos y los que de vez en cuando veo en parejas adultas o viejas de cualquier pueblo nuestro. Antes, he concluido, la gente era mucho más galante que ahora. El saludo amigable, el quitarse el sombrero y la leve inclinación de la cabeza eran cosas comunes que todos realizaban. La espléndida atención que le brindaban a las mujeres, la manera cortés de tratarla y la forma amorosa de conquis-

tarla hizo de la delicadeza y el donaire un don que muchos practicaban. Era, no cabe duda, una galantería propia de esos años: sencilla, espontánea y bonita; acorde con nuestras comunidades rurales y nuestra gente pacífica y laboriosa.

No me he puesto a reflexionar el por qué hemos perdido la galantería pero vale la pena hacerlo, ¡cómo vale la pena volver a ser galantes! Me asombra comprobar a cada momento cuanto les encanta a las mujeres que los hombres sean galantes. Con un pequeño detalle de galantería la mujer se llena de dicha, de ilusión.

Una lástima grande, de verdad, que hayamos perdido este don. Yo trato de mantenerlo pero me siento solo.

EL JABÓN DE MONTE

Los cordobeses, en especial los sinuanos, hemos sido injustos con el jabón de monte. Injustos y además ingratos; pues no de otra manera debe llamarse la persona que se sirve de algo durante muchísimos años y luego, de la noche a la mañana, lo echa en el olvido para siempre. Y esto fue justamente lo que pasó con el jabón de monte al momento que salieron al mercado y regaron por estos pueblos los otros jabones, los olorosos, los envueltos en papel fino y brillante.

Cuando llegaron estos, el de monte empezó a perderse y hoy son contadísimas las personas que no dejaron deslumbrarse por lo nuevo y siguen siendo fieles a la tradición de bañar bien el cuerpo con el jabón de monte.

Ya próximo a perderse del todo los viejos nostálgicos recuerdan muchas de las innumerables casas donde preparaban el jabón. Era oficio de mujeres, reconocen con respeto y tal vez donde hubo una buena cantidad de ellas fue por los alrededores de la hacienda Berástegui, la de los Burgos en Ciénaga de Oro. Y en efecto, en uno de estos pueblos, Rabolargo, hoy corregimiento de Cereté, lo producían Juana Rosso y Anita Araujo en sus tiempos de soltería. La materia prima, cebo de ganado y ceniza, la conseguían con facilidad: el cebo en Rabolargo y la ceniza en El Cedro, otro pueblo cercano. En este último tenían los Burgos las fábricas de azúcar y ron Burguero. El fuego de las calderas y pailas lo obtenían de la quema del bagazo de la caña de azúcar. Así, pues la producción de cenizas era abundante.

Con la materia prima en casa procedían hacer el jabón. La ceniza era depositada en un moyo, especie de tinaja de barro, que tenía la particularidad de estar agujereada en el fondo. Enseguida le echaban agua que recogían después de atravesar la ceniza. De esta forma producían el agua de lejía. La depositaban en un caldero, le agregaban el cebo y lo sometían a la acción del fuego. Cuando se consumía la manteca que produce el cebo quedaba una pasta amarillenta y compacta. Esta la trasladaban a un pequeño bote de madera donde dos personas se encargaban de

moverla de un lado para el otro hasta conseguir la calidad y la dureza deseadas, o el punto, como le llaman por estos lados. Lo reconocían cuando al alzar un pedazo de la masa no se desprendía del que quedaba en el bote; permanecía unido como si fuera un pedazo de chicle. De una vez, procedían a embolar o hacer bolas de jabón.

Un día era suficiente para producir el jabón. De un quintal de cebo sacaban dos cajas de este producto. Ya en la tardecita quedaba listo para vender. Al día siguiente, bien temprano, Juana preparaba su burro con las dos cajas de jabón. Como de costumbre usaba una pollera que le llegaba a los tobillos, babuchas, un sombrero de vueltas y una ruana. Y de casa en casa, de pueblo en pueblo, iba ofreciendo su jabón de monte.

Sólo cuando terminaba de vender todo regresaba a su casa; nunca, que recuerde, dejó de venderlas todas. Con tantas idas y venidas era apenas natural que encontrara al hombre que le gustó y la quería. Y este fue Eugenio Ortiz, se casaron y abandonó su fábrica para dedicarse al hogar.

EL SETENTANO

Amigo, échele con confianza; no tenga dudas de él ni de mí. Media cucharada no más. En exceso se vuelve peligroso y no me comprometo con lo que pueda pasarle. Usted entenderá ahora que está en el pueblo por qué las parejas de Betania, El Caramelo, Manta Gordal, Santafé Ralito, Carrizola, El Ñeque y Proyecto, aquí en el municipio de Tierralta, viven felices, contentas, a pesar de la pobreza y la violencia que con frecuencia nos ahuyenta de estos lugares y nos desparra por tantas tierras ajenas y extrañas para nosotros.

También va a comprender por qué hay viejos que son capaces de engendrar no uno sino varios hijos a pesar de sus achaques. Y no solo esto, va a ver con sus propios ojos a estos viejos cómo se les levanta la bragueta, como carpa de circo, cuando pasan por sus lados las jovencitas con esos vestidos atrevidos y desafiantes. Pero esto lo juzgará usted mismo dentro de pocas horas, cuando el setentano haga efecto en su cuerpo y en su cerebro. Espere y verá.

A los iniciados como usted los ilustro un poco sobre los antecedentes del setentano. Quiero que sepa que por aquí somos muy dados a los vinagres picantes. Esta afición nos viene de los indios, luego los negros aportaron a la receta y más tarde los europeos y los “turcos” le dieron el toque final. Aunque le digo una cosa: la receta cada día la mejoramos, es decir, es más efectiva; yo por ejemplo, me considero uno de los mejores preparadores del setentano. Por algo le he dedicado más de quince años a su estudio y preparación. Y aquí donde me ve estoy ensayando nuevas fórmulas que aspiro a patentar para luego fabricar y vender grandes cantidades.

Como le venía diciendo por aquí no puede faltar el vinagre picante. El primero que conocimos fue el de plátano o papoche maduro. Preferiblemente este último. Usted lo deja fermentar quince días seguidos en una olla de barro tapada. Entonces procede a exprimirlo y colarlo en un pedazo de tela de toldo usado. El producto lo deja día y noche a

la intemperie o al sereno como decimos nosotros. Después le echa los ingredientes: el ajo entero, la cebolla en trozos, los ajíes picantes deben ser maduros y verdes, enteros y machacados. No olvide la pimienta y un poco de comino. Para que coja sabor déjelo una semana, agitándolo de vez en cuando. En lugares donde hay ganado, ordeñan y hacen queso, la base del vinagre es el suero blanco: esa agua blanca que queda después de exprimir el queso y los condimentos son los mismos que el del papoche. Con el tiempo otras personas usaron el agua de coco biche y agregaron nuevos componentes. Además de los nombrados les echan pedacitos de mango verde, sobre todo de corazón, sal y cerezas.

Con fundamento en estos vinagres empecé a trabajar en el setentano. La base puede ser el papoche, el suero blanco o el agua de coco pero recomiendo el papoche porque ofrece más y mejores garantías. Lleva los mismos ingredientes pero en mayor cantidad, sobre todo los ajíes picantes. Recomiendo que sean de variedades diversas, ojalá guaguao, cachito, picopájaros, blancoviejo, pimienta y otros. En este caso debe calcularse muy bien la participación de cada uno, de acuerdo con su potencia o braveza. Los otros ingredientes deben usarse teniendo en cuenta el grado de madurez, la forma de cortarlos y machacarlos, la cantidad y su relación en proporción con los ajíes. El líquido es poco en comparación con los ingredientes. Parece más bien el extracto de aquellos.

Lo que queda al final es un compuesto que debe envasarse en botellas grandes de aguardiente sin taparse fuerte porque corre el riesgo de explotar por acción de la hervidera que produce. A la tapa debe hacersele unos agujeros para que la sustancia respire. Usted puede decir si es agradable o no. Es sabroso al gusto y al cuerpo. ¿Cierto?

Le digo otra cosa: no se asuste cuando sienta que la sangre le quema al circular, la respiración no encuentra salida, le caiga tembladera, el corazón se acelere, sienta frío en las puntas de los dedos y le entre un desespero inmenso por estar con mujer. No se desespere. Tómelo con calma. ¿Usted tiene aquí en el pueblo alguna compañera? ¿No?.. bueno no es problema. Aquí a la vuelta esta la Pico de Oro, capaz de aguantar-

le el fogaje que lleva dentro. Vaya allá y desquítese. No hay otra forma conocida.

¿Está empezando a sentir lo que le dije? ¡Calma! ¡Calma! Ya sabe lo que debe hacer. Me falta por decirle que el setentano lo llamamos así porque pone a funcionar a los viejos mayores de setenta años. ¡Oiga, cuando salga de donde la Pico de Oro dentro de una semana pásese por aquí para regalarle un poquito.

¡¿Me oyó?!

LO RELIGIOSO

Los pueblos de ciénaga son apegados a lo religioso de manera especial. Lo decimos por lo siguiente:

1. Los santos y santas del santoral de la iglesia que les sirvieron de patronos son pocos en realidad: Santa Lucía, Virgen del Carmen, Virgen de la Candelaria, Santa Ana, San José, San Rafael, San Antonio y San Sebastián aparecen como los más conocidos y milagrosos. Cada uno de ellos es patrono de varios pueblos y en todos les celebran fiestas.

2. Las celebraciones de sus días, casi todos en los meses de verano (noviembre hasta abril), están indisolublemente unidas a fiestas de raigambre popular. Estas fiestas son las corralejas, fandangos, ferias artesanales y festivales. Algunos pueblos también aprovechan los veranillos de junio o julio para hacer fiestas a sus santos.

3. Además de las fiestas patronales, fechas como Semana Santa y Navidad son utilizadas para el jolgorio colectivo y el reencuentro familiar. Los parientes recuerdan o comparten las creencias y costumbres del pueblo. Hacen uso de dichos, refranes y proverbios, la manera de hablar, las peculiaridades de cada uno de los amigos y conocidos, los chascos más celebrados, los novios y novias. La identidad se manifiesta en todos los aspectos: comida, anécdotas, chistes, cuentos, adivinanzas, historias, fiestas, creencias, muertes, conflictos, música y mucho más.

4. A los santos de la iglesia, la gente les quita gran parte de solemnidad y los hacen accequibles al común de las personas. El trato que les brindan, las solicitudes fraternales llenas de optimismo, los regalos que les llevan, la manera un tanto confianzuda al referirse a ellos, la organización de sus procesiones y fiestas dice a las claras que entre santos y creyentes hay relaciones cordiales que les permiten entenderse muy bien.

5. La mayoría de los santos y santas del santoral popular se manifiestan siempre ante los ojos de las personas corrientes en objetos muy conoci-

dos: arboles, botón, plato, pocillo, bola de cristal, caracol, rama o vara, botella, piedra.

6. Las familias que los encuentran los conservan en las casas y van pasando de generación en generación. Deben permitir que la gente los vea, venere y les hagan las manifestaciones que consideren necesarias. Por lo mismo deben prestarla a los creyentes o pueblos que desean rendirle sus reconocimientos. La o las personas que los mantienen bajo su cuidado destinan un lugar de la casa para instalar el altar donde depositan la imagen. Puede ser una habitación o el rincón de una pieza. Hasta allí llega la gente, creyentes o curiosos, a pedirle o pagarle milagros realizados o simplemente a conocerla.

7. Los altares casi siempre permanecen con velas encendidas, flores (naturales o artificiales), recipientes con agua (botellas, baldes, ollas, garrafrones), algodón y ungüentos de varias clases. Muchas de las velas son apagadas antes de terminarse. Las utilizan para calmar, desviar o suspender los vientos destructores o suestes. El algodón lo soban en determinadas partes del cuerpo del santo o la santa y lo utilizan para aplacar dolores, cicatrizar heridas, rebajar hinchazones y evitar infecciones. El agua y los ungüentos permanecen varios días delante de la imagen hasta lograr su poder milagroso. Los emplean mucho en dolores del vientre, cabeza, articulaciones y músculos.

8. La persona o familia que encuentra y conserva una de estas imágenes goza del aprecio general de la comunidad. En ningún caso recibe remuneración por esta función aunque los regalos y pago de milagros pueden considerarse una forma de colaboración por mantener las imágenes. Existen casos como los del municipio de Chimá donde la Junta de Canonización de Santo Domingo Vidal es la encargada de recaudar o invertir los dineros y bienes que los creyentes entregan al santo. O el de otro municipio, Ciénaga de Oro con el Santo de la Vara donde los creyentes que lo prestan, al momento de devolverlo, le entregan al viejo que lo encontró y conserva una canasta con artículos de primera necesidad: arroz, azúcar, coco, sal, gas, tabaco, café, plátano, yuca, ñame, fósforo y otros productos para su subsistencia.

9. El trato que le dispensan a los santos y santas del santoral popular es franco, perequero y familiar. Humildes al momento de hacer la petición pero resuelto y desconsiderado cuando falla repetidamente en los milagros. El creyente por lo general reconoce lo milagroso de casi todos los santos pero permanece fiel a uno o dos, aunque se registran casos de pérdida de fe en unos y recuperación de la credibilidad en otros.

En Córdoba hemos encontrado 29 casos de religiosidad popular: 13 de los cuales corresponden a los pueblos de ciénaga de la cuenca del río Sinú, 4 a los pueblos de ciénaga de la cuenca del río San Jorge y el resto a las diferentes zonas del departamento. Los casos son los siguientes: 1. Santo Domingo Vidal (Chimá); 2. La Virgen del Olivo (Chimá); 3. La Virgen del Botón (El Corozo-Lorica); 4. El Arcángel San Gabriel (Momil); 5. La Santa del Pocillo (El Carito-Lorica); 6. El Santo del Cristal (El Manguito-Lorica); 7. La Virgen del Caracol (Palo de Agua-Lorica); 8. La Virgen Blanca (Tierralta-Lorica); 9. La Virgen del Caracol (Purísima); 10. El Santo de la Vara (Ciénaga de Oro); 11. Santa Lucía la Chiquita (El Cerrito-Montería); 12. Santa Lucía la Grande (El Cerrito-Montería); 13. Padre Roberto Trujillo (Nueva Lucía-Montería); 14. San Aquilino (Cecilia-El Tronco-Ayapel); 15. El Cristo de la Inspiración (Marralú-Ayapel); 16. San Matías (Sincelejito, El Tronco-Ayapel); 17. La Santa de la Botella (Ayapel); 18. La Virgen de la Caracucha (San Bernardo del Viento); 19. La Virgen de la Candelaria (Sincelejito-Montería); 20. El Santo de Abigail (San Pelayo); 21. San José de Uré (Uré); 22. Santa Inés del Monte (en los Montes); 23. San Simón de Ayuda (San Andrés de Sotavento); 24. Corpus Christi (Buenavista, El Retiro-Cereté); 25. Santa Cruz de Piedra (Villa Clara-San Bernardo del Viento); 26. Santa Anita (El Tapón-Cereté); 27. San Rafael (Popayán-Canalete); 28. San Rafael (Chinú);

San Matías: es de apariencia apacible. Nada en él indica violencia o algo por el estilo. Tal vez sea el santo más apegado al agua de la ciénaga. Cuando lo prestan para brindarle fiestas y reconocimientos deben conducirlo en hamaca o en canoa. Hacerlo en vehículo, en los hombros de las personas o en otros medios ocasiona que crezca de tal manera o adquiera un peso tal que es imposible movilizarlo. Todas las veces que

utilizan medios de transporte distintos a los que les gusta sufrir daños o percances inexplicables, imposible de arreglar mientras el santo permanece en ellos. Y otra cosa muy importante: el santo debe salir de la casa amarrado y permanecer amarrado en el lugar donde lo presten. Si alguien lo desamarra, enseguida hay riñas entre todos los asistentes sin motivo aparente, que solo termina cuando lo sujetan de nuevo. Una vez que sale de la casa hay que asegurarlo. Por fortuna muchos saben que es así. Hasta hace poco, cuando todavía dudaban de estos poderes, sucedieron riñas impresionantes que dejaron varios muertos. En la actualidad nadie desea que repitan tragedias de esta clase.

El Arcángel San Gabriel: alguien por casualidad encontró una mañana un pedazo de plato con una imagen difusa. Por el lado donde supuso quedaba el pecho aparecía el nombre de Arcángel San Gabriel. Por estas palabras entendieron quien era. Entonces lo veneraron. Cuando ya no hubo necesidad el nombre desapareció. La imagen crece permanentemente y hace tiempo le salieron alas.

El Santo de Cristal: es la misma imagen de Jesús encerrada en una bola pequeña de cristal común y corriente. Cuando la encontró un señor por primera vez no tenía imagen. Era simplemente una bolita de cristal y como tal se la obsequió al ahijado preferido. El niño jugó con ella, muchas veces la perdió pero siempre aparecía. Un día, la madre, intrigada porque la encontraban a cada momento en los lugares más inverosímiles, la reparó con detenimiento y descubrió la imagen. Con el paso del tiempo la imagen y la bola están creciendo y los creyentes aumentan cada día que pasa.

Santa Lucia la Chiquita: las primeras familias que fundaron el pueblo El Cerrito la llevaban consigo. Desde entonces la consideran la patrona por excelencia. Ella, además de curar enfermedades y calmar aflicciones, hace desaparecer o desviar los suestes dañinos y que caiga la lluvia cuando el verano es muy intenso. Basta con sacar la imagen a la plaza, darle un baño y esperar que llueva.

San Simón de Ayuda: es de origen indígena, hecho en madera. En su día siempre hay una procesión desordenada donde participan adultos con niños, animales, bailes de gaita, chichas y guarapos fermentados en cada esquina. Los hombres, la mayoría pintados de azul y el propio Santo bailan cumbias. Las mujeres le obsequian billetes y vestidos. La procesión recorre todos los vericuetos del pueblo, en un lapso no menos a doce horas.

San Rafael: pescador y guerrillero. Aseguran que durante las guerras de Independencia y de los Mil Días abandonaba el nicho donde lo depositaron desde que lo tallaron. Regresaba días o semanas después con la ropa sucia, llena de bolitas pegajosas que llaman cadillo y un fuerte olor a pólvora. En cuanto a su origen la memoria del pueblo dice que al pueblo llegaron dos señores en busca de hospedaje y de inmediato lo obtuvieron en la primera casa donde lo solicitaron. Al cabo de algunos días, agradecidos por tantas atenciones, pidieron un tronco para dejarles un recuerdo. Trabajaron encerrados en la habitación. La gente oía los golpes del martillo y el corte del cincel. Después de muchas horas de labor, cesó el ruido y no volvieron a escuchar ningún sonido. Esperaron varias horas. Llamaron, nadie respondió. Al final decidieron violar la puerta y encontraron a San Rafael tallado en el tronco que les habían entregado.

San Aquilino: es un muñequito que representa un guerrero samurái. A simple vista no le notaban sus caracteres orientales porque lo mantenían vestido y con sombrero. Despojándolo de ellos la apariencia es otra: está dotado de una especie de espada colgada de la cintura, cabello recogido, pómulos sobresalientes y ojos alargados y somnolientos. Es muy milagroso. Cuando algo le disgusta deja caer el sombrero.

El Santo de Abigail: como no tenía nombre y lo encontró un señor llamado Abigail, la gente decidió bautizarlo de esta manera. Es negro, no le agrada que los creyentes y curiosos le pidan milagros vestidos con prendas de color rojo. Cada vez que sucede deja caer el sombrero en señal de disgusto. En algunas partes afirman que le disgusta la gente que viste con prendas de color azul. Abigail no discute estas preferencias porque

después le politizan el santo, ya que el color rojo representa a los liberales y el azul a los conservadores.

Santa Inés del Monte: no le conocen imagen. Es la santa preferida para hacer aparecer las cosas perdidas. Basta con encender una lámpara o mechón en un lugar solo del monte y pedirle para que haga aparecer lo extraviado. Algunos suponen que es una santa joven y bella, de ojos grandes y curiosos.

EL CORPUS CHRISTI DE BUENAVISTA - EL RETIRO

En frente del Retiro de los Indios en el municipio de Cereté, con el caño Bugre de por medio, estaba Buenavista El Retiro. Era un pequeño pueblo de 65 casas y 140 años de edad. Su única calle larga corre paralela al caño. No es recta porque el caño viene dando vueltas y más vueltas hasta ir a perderse en la ciénaga Grande del bajo Sinú. Las casas las distribuyen a lado y lado de esta calle, a un costado o al final de callejones y caminitos. Todos los patios y algunas diminutas parcelas las mantienen atestadas de frutales y cultivos de pancoger. No faltan las hortalizas ni las flores. Y con el simple batir de las alas de pájaros y mariposas es suficiente para dispersar la fragancia de la flor del amor y el azahar de la india.

Siendo todavía un niño a Simón Otero Negrete lo trajo su familia del municipio de Sahagún a esas espesuras que era entonces el lugar. Por esta razón lo consideran uno de los fundadores del pueblo. Y al que más le recuerdan porque fue él justamente quien encontró la imagen bendita un día cualquiera de trabajo duro y parejo.

Había estado desmalezando desde bien temprano. Cuando el sol asomó por encima de las copas de los árboles, lo encontró dándole machetazos a un bosquecillo de matas espinudas que al parecer no le hacían mella los golpes de niño que recibían. Lleno de coraje multiplicó los golpes pero perdió el equilibrio y cayó arrodillado en medio de tantos alfileres que le penetraron la carne con avidez.

Con mucho cuidado y dolor se hizo a un lado y comenzó presuroso a sacar aquellas puyas que le maltrataban cada vez más. Lloraba de rabia. Tal vez por esto no vio ni sintió los resplandores intermitentes que le llegaban a la cara, como si alguien con un espejo tratara de llamarle la atención. Solo cuando terminó de sacar la última de las espinas notó la molestia en los ojos. Los cerró con fuerza y maldijo no sé a quién. Pensando que aquellos destellos habían cesado los fue abriendo lenta-

mente. Notó que salían de un arbusto cercano y la luz ya no molestaba. Se levantó con cuidado, buscó y encontró un objeto del tamaño y forma de una hostia. Parecía vidrio esmerilado o de ese material donde quedan impresas las tomas de rayos equis. En todo caso lo guardó.

Cayó en cuenta apenas llegó a la casa que no sentía ningún dolor en las rodillas agujereadas. Pasó el tiempo y el objeto seguía guardado, al parecer olvidado por el dueño convertido en un joven fuerte y buen mozo. Hasta que un día, buscando un dinero extraviado dio con el por casualidad. Lo recordó y miró con detenimiento. Descubrió asombrado la imagen nítida de Corpus Christi. Asustado y alborozado llamó a la gente para que también vieran aquello. Muchos llegaron y vieron. Pero no todos tenían la fortuna de descubrir la imagen impresa en eso que parecía hostia. Alguien lanzó la explicación que solo podían verla los que no tenían cuentas pendientes con el cielo. Algunos más compasivos aseguraron que todo era cuestión de saber verla, es decir, saber colocar el objeto en la posición y distancia precisa.

En todo caso la noticia se regó como las fragancias de las flores, ahora movida por los vientos de muchísimas bocas que la llevaron en poco tiempo a todos los sitios donde había gente. Y llegaron las romerías a comprobar lo que decían y, si era cierto, pedirle de una vez la realización de milagros mediante el pago de mandas.

Hubo necesidad de arreglarle un modestísimo altar en uno de los cuartos de la casa para que la gente le rezara, le pidiera lo que necesitara, le prendiera velas y le pusiera flores donde encontrara un lugarcito desocupado. Un cura que llegó en cierta ocasión dijo que el objeto pertenecía a la custodia de una iglesia cercana. Intentó llevársela pero el pueblo y refuerzos de otros pueblos que se encontraban haciendo sus solicitudes a la imagen, se opusieron de una manera tan enardecida que el sacerdote desistió de la idea y terminó obsequiándosela al pueblo y bendiciéndola con los ritos indispensables, no sin antes prometer que haría lo posible porque la iglesia reconociera oficialmente lo sagrado y milagroso de la imagen.

Con el reconocimiento de este sacerdote y de uno y otro que siempre llegan, sin mencionar las religiosas, el pueblo de Buenavista El Retiro, decidió por unanimidad escoger la imagen de Corpus Christi que a veces aparece en esa laminilla semejante a una hostia como su patrono por toda la vida. Y lo primero que acordaron fue no dejarlo salir nunca del pueblo, mantenerlo establemente en casa de los sucesores de Simón Otero Negrete, celebrarle fiestas en su día y construirle una ermita en la plaza para que pueda observar desde allí todo cuanto hacen en su honor.

La fiesta dura dos días y es preparada por una junta. Hay casetas, fandangos, carreras a caballo, peleas de gallo y muchos otros números que llaman la atención de propios y extranjeros. Durante la procesión por las calles y la plaza del pueblo la banda de música acompañante debe interpretar únicamente aires musicales suaves y agradables, dignos de la imagen de Corpus Christi.

Lo extraño, lo que nadie explica, es por qué llueve siempre la primera noche de la fiesta y la plaza se inunda de tal manera que a la gente le llega el agua hasta las rodillas. Todos los años es así. Y ya todos los que van a la fiesta la primera noche van preparados con pantalonetas, pantalones recortados y blusas y peinados adecuados. Y esa misma noche con el agua hasta las rodillas, bailan fandango y en los momentos de reposo musitan oraciones a una imagen que parece gozar con el agua de la inundación.

LOS ANIMES

Veintidós días tenía el viejo Rude de estar para morir y no moriría. Apenas le quedaba el pellejo, los huesos a punto de desmoronarse y esas cositas que se movían dentro de su cuerpo de un lugar a otro incesantemente. Ya habían agotado todos los recursos conocidos para que muriera tranquilo y el viejo seguía con esa rara desazón en el corazón. Lo único que quedaba era esperar la llegada del viejo José María, antiguo compañero de diabluras y único en veinte leguas a la redonda que sabía matar los animes que se encontraban en ese costal de huesos que era la vida del viejo Rude.

Mientras llegaba el amigo, Rudecindo Estrella empezó a hablar en silencio a toda la familia congregada a sus alrededores. No se alarmen, pareció decirles, llevo los animes en mi cuerpo desde hace más de treinta años y por lo mismo los conozco muy bien. Son unos muñequitos o moniconguitos boca colorada, cabeza pelada, flaquitos y chiquitos que siempre andan desnudos, mostrando sin vergüenza sus cosas de hombre, que lloran y hablan como los niños pequeños pero con más delicadeza y sentimiento.

Yo hice mis tres animes con un pedazo de carne magra, sin nadita de grasa y un huevo de gallina criolla de color negro. Los envolví en una hoja de bijao y a las doce en punto de la noche del primer viernes de cuaresma los fui a enterrar en el propio centro de la cruz de tierra que forman dos caminos que se cruzan. Después esperé que pasaran los otros viernes hasta llegar el Viernes Santo. Y también a las doce en punto de la noche fui a sacar lo que había enterrado siete viernes atrás. No tuve necesidad de escarbar mucho porque ahí estaban... parecía que me estaban esperando y yo no me hice esperar; de inmediato intenté agarrarlos pero no dejaron. Mientras escapaban alcanzaron a preguntarme con una voz suavcita ¿para qué nos quieres?... yo les dije enseguida ¡para trabajar!, entonces se aquietaron y los cogí. Suerte que yo sabía que a los animes les piden una sola cosa de varias que ofrecen: trabajar,

la que yo pedí, torear, conseguir mujeres, caminar y pelear. ¡Jamás para tener dinero!

Por esta razón creo yo que los abuelos de ustedes, mis papás, nunca gustaron de los animes porque me mantuvieron siempre pobre, con una o dos mudas de ropa, pálido y sin plata en el bolsillo porque desaparecía como humo todo lo que ganaba. Pero nada de eso me importaba. Yo era feliz haciendo caer a punta de hachazos las ceibas gigantes para hacer con ellas bateas para lavar ropa sucia, canoas y pilones. Estando en la montaña, a varios días de camino del pueblo, la gente me contaba cuando regresaba que oían clarito los hachazos y sentían el estremecimiento de la tierra cuando esos árboles tan grandes le caían encima sin ninguna consideración. Ningún hombre fue como yo en mi época y esto lo pueden atestiguar todos los viejos y varones maduros que nacieron y criaron por estas ciénagas inmensas.

Cuando tuve los animes en mi poder, vino el lío de guardarlos. Algunos los envolvían en trapos y los mantenían en las mochilas. Yo me los tragué para guardarlos dentro de mi cuerpo. Ahí estaban más seguros pero debía tener mucho cuidado de no beber líquidos ácidos o agrios, ni leche, ni comer el suero y la mantequilla porque podía matarlos. Estos alimentos son mortales para ellos. A propósito: ahora que hablamos de alimentación, los animes tienen que mantenerse, hay que darles de comer cada temporada, o sea, cada semana, quincena o mes, de acuerdo al trato establecido con ellos. Y ellos no beben, los alimentaba exclusivamente del hígado de los animales. Cuando les llegaba la hora de comer yo los trasbocaba y los mandaba a comer el hígado del ganado de los potreros o los cerdos y chivos de los patios vecinos. Como son tan chiquitos entran al cuerpo de los animales por cualquier lugar, le comen el hígado y salen nuevamente. Si las personas que los tienen no los mandan a comer por cualquier motivo, los animes empiezan a comérselos a él: si están adentro buscan el hígado, si lo conservan en la mochila principian por las piernas, formándoles unas llagas que nunca cierran del todo.

Aunque estas cosas tengan apariencias malditas lo cierto es que los nimes no son ninguna maldición. El día que fastidian a la persona y no los desea tener más, simplemente se deshace de ellos y ya. Yo conozco dos maneras de hacerlo. Una es colocándose de espaldas a una corriente de agua y con la mano por encima del hombro lanzarlos para que caigan en ella. Apenas tocan al agua producen un escándalo que llama la atención y forma una ola que desaparece a medida que se aleja. La otra manera es enterrándolos al pie de un árbol grande pero en este caso los animes se quedan llorando, con un llanto tan quedito que a cualquiera le parte el corazón de pesar. El llanto lo escuchan los que pasan cerca del sitio pero no encuentran quien llora por mucho que lo busquen.

Existe otra manera que no la voy a decir y es la que va hacer José María cuando llegue. Ustedes mismos la verán. Ya él no tardará en llegar. Entonces matará los animes y enseguida moriré yo, porque estoy vivo gracias a la vida de ellos y ellos y yo, a estas alturas del tiempo, ya somos una sola y misma cosa.

Terminando de hablar apareció el viejo José María.

Ya vine Rude y voy a acabar rápido con esto porque el viejo Prudencio también me espera para lo mismo. Ojalá lo esperes ahí cerquita para que viajen juntos por esos caminos tan largos que hay en la eternidad. Ven Rude... toma el jugo de las siete tapas de limón y la onza de aceite de comer que acabo de preparar... espera que haga efecto... te matarán para siempre los animes y acabarán con esa desazón que te aprieta el alma... ahora imaginas que duermes... que duermes tranquilo.... Hasta luego viejo amigo, nos veremos pronto en cualquier esquina de la otra vida.

LOS NIÑOS EN CRUZ

¿Quieres que te hable de mi padre, el viejo José María Muñoz Fuentes? ¿Para qué recordar un hombre como ese después que han pasado más de veinte años de su muerte? ¿Para qué?...

Lo único que lograrás es intranquilizar mi memoria con recuerdos... con muchos recuerdos... como este de estar viéndolo ahorita mismo... a ese hombre alto que fue él, ojos rayados, pelo liso amonao, sin ninguna clase de señales, sereno en el hablar, parejo en el físico y serio en los tratos. Así fue siempre mi padre que en paz descansa, pero lo fue más después que se tragó los animes y se metió en los brazos los niños en cruz.

Recuerdo bien la noche calurosa que Eliotides, la mayor de las hembras, los trajo envueltos en un papelito de envolver de parte de su compadre Nasario Casarrubia, a quien debieron sacárselos a la fuerza para que pudiera morir con la tranquilidad de los difuntos. Los presentes aseguraron que ya sin el resuello de la vida llegó ese aguacero que todos recordamos porque no ha habido otro tan fuerte y prolongado como él. Yo, que soy el mayor de los varones estaba al lado de mi padre cuando comenzó el aguacero y mi madre principió a gritar que recogiéramos la ropa húmeda de los alambres y tapáramos los espejos.

Como no me moví de donde estaba, pude ver la zozobra de mi padre cuando abrió el papelito delante de la luz que soltaba el mechón zaran-deado por el viento. No más lo miró tomó el cuchillo que había preparado desde antes sin decirnos para que lo quería tan filoso. Vi con miedo cómo abrió una rajita debajo del músculo del brazo para meterse con cuidado aquellas cositas que no distinguí muy bien. Apenas lo hizo, con la mano izquierda pegó durante un rato los pliegues del pellejo y de la carne abierta, frotó un poco de saliva y listo, no dijo nada a nadie.

Por los hijos de Nasario supe que las cositas esas eran plaquitas chiquitas de color plomo que meten en el brazo para tener fuerza y seguridad en el cuerpo y son los niños en cruz.

Esos mismos que permiten a quienes los tenga no sentir los golpes de los palos ni recibir heridas de los machetes, y, según algunos, el plomo mismo es y no pueden entrarles.

Nasario se hizo a ellos después de padecer muchas dificultades: anduvo días enteros hasta que averiguó dónde hacen sus nidos los cuervos ciénagueros y hasta allá los persiguió, hasta los propios rincones y recovecos de la ciénaga. Le tocó desmalezar los firmes movedizos que tapan y equivocan los caminos, acabó con espinas fáciles de penetrar la carne y bejucos parecidos al acero, batalló con caimanes y babillas, evitó que la luz de la ciénaga lo asustara y extraviara, soportó las pegazones babosas de caracoles y sanguijuelas, la frialdad del agua en las madrugadas, los mordiscos de las hicoteas, el relampagueo de las luciérnagas y hasta tuvo que luchar, una noche de luna llena, contra el deseo de estar con una manatí en celo.

Todo eso debió soportar pero llegó al malezal enredado donde estaban los nidos. Entonces esperó que los animales salieran a buscar alimentos. Apenas lo hicieron aprovechó para cambiar los huevos de un nido por otros cocinados que él llevaba en la mochila. Cuando la cuervo regresó y se acomodó sobre ellos notó que estaban sin vida, fríos. Enseguida salió con un vuelo desesperado en busca de algo que le devolviera lo que habían perdido y al rato ya estaba sobre ellos tirándoles unas plaquitas chiquitas de color plomo con las que hacen los niños en cruz y Nasario cogió para meterse ahí mismo en el brazo. Las mismas que le mandó a mi padre y las mismas que yo no pude tener ni ninguno de mis hermanos porque mi padre siempre fue muy reservado con nosotros.

Todo el mundo sabía que el viejo tenía los niños en cruz porque los veíamos andar inquietos por su brazo y por la fuerza que le proporcionaron: no hubo otro hombre que clavara el hacha en las ceibas y campanos inmensos y con solo el impacto desprendiera las hojas de los cogollos más altos, ni nadie le igualó en el oficio de hacer canoas, pilones y bateas. Ni hay otro hombre que sea capaz de soportar quinientos golpes en el cuerpo con una vara de totumo calentada al fuego como él lo soportó cuando la Guerra de los Mil Días, apenas por ser conservador... ni na-

die en estos pueblos ha dicho jamás que el hombre no debe correr sin saber quien lo ataca y que encima de él, de José María Muñoz Fuentes, y del hombre no está sino Dios y nadie más. Ni hubo otro que tocara el cacho de novillo que el tocaba para llamar la peonada y dar aviso de muertes por los pueblos.

Este fue mi padre, el viejo José María Muñoz Fuentes, que en paz descanse siempre. Lo digo porque su agonía también fue prolongada: 22 días duró sin poder morir. Debieron matarle los animes y niños en cruz con siete tapas de limón y una cucharada de aceite de comer. Entonces fue que pudo morir como la gente. Mientras le llegaba la hora tomaba todos los días tres tragos de agua lluvia por la mañana, tres al medio día y tres por la tarde. Murió una tarde triste, como las de Semana Santa, como una de esas tardes que uno siente que le arrancan el corazón pedacito a pedacitos.

JUAN LARA

Tal vez el hombre no se acuerda de mí... bueno, no tiene por qué acordarse... en cambio yo no he podido olvidarlo nunca... y eso que apenas lo vi una sola vez, recién cumplí los cinco años. Hoy, ya próximo a los ochenta, no he tenido la oportunidad de mirarle otra vez la cara a pesar de estar buscándolo sin sosiego por todas partes y a todas horas. Hace poco supe de él, cuando apareció en el municipio de Valencia, allá en el Alto Sinú. De nada me valió llegar rápido puesto que en la madrugada había marchado sin rumbo conocido, sin dejar un mínimo rastro por donde seguirle sus pasos vagarosos.

Ahora me entero que está aquí en mi propio pueblo. Dicen que fue él quien intentó quemar esta casa de techo pajizo, todavía humeante a pesar de tanta tierra y agua que le han echado. Y aquí mismo donde usted me ve, encima de las raíces retorcidas de este orejero, lo estoy esperando para decirle que soy Lisímaco, el primogénito de Medardo Muñoz, su entrañable amigo que nació y murió en los mismos playones de la ciénaga de Playa Rica, a menos de cincuenta pasos de donde él murió seco por no querer pasar nada de comer ni de beber, a la sombra de un palo de chengue florecido, apenas porque una mujer no le entregó sus encantos después de haberla perseguido todos los días durante varios años.

El día antes de morir fue la vez que yo lo vi. Don Juan o Juan Lara como es su nombre completo o su gracia, como decimos nosotros, era un hombre de palabra, delgado, alto, con sombrero de vueltas y los dientes de arriba envueltos en oro. Por lo menos así fue que yo lo vi el día que mi papá me llevó con él a suplicarle otra vez que comiera algo, y a recordarle que no hay una sola mujer en el mundo que hay montones de donde escoger.

El agradeció con gentileza el gesto de mi padre y le aseguró con algo de rabia en los ojos negros que las cosas no quedarían así, que las mujeres engreídas pagarían caro su desprecio. Al día siguiente murió. Lo enterraron ahí mismo, dizque por orden expresa de él, con sombrero y todo

lo que llevaba puesto, más trece piedras de distintos tamaños y el antojo que lo velaran con mechones las nueve noches reglamentarias. Encima le colocaron una cruz hecha con maderos de polvillo, el árbol que en verano produce tantas flores amarillas que lo convierten en una corona de alegría y admiración.

No faltó el susto o la sorpresa, que causó en todos el hecho que don Juan haya muerto con una ligera sonrisa malévola por donde se le metía la claridad del sol, produciéndole unos destellos hasta bonitos en los dientes, según nos contó mi padre cuando regresó del entierro.

Una vez pasó el novenario, después de unas cuantas horas no más, en la tardecita para ser exactos, sucedió algo que nos hizo caer en cuenta que el espíritu de don Juan se había quedado en el pueblo. Y esto no me lo contaron. Yo vi a Zenaida, la causante de la pena, hacer su costumbre de sacar la mecedora y sentarse en el corredor con la puerta de la sala abierta. Casi enseguida oímos el golpeteo pasero de unos cascos invisibles y de una vez aquel piropo que ella escuchó tantas veces y nosotros sabíamos de memoria:

Aquí me tienes mujer
como garcita en laguna
¿cómo quieres que me vaya
sin esperanza ninguna?

El susto fue grande al principio pero alcanzamos a calmarnos. Ella palideció, hizo la señal de la cruz, dijo algo y entró apresurada a la casa, cerrando la puerta con estrépito de rabia o de miedo. Diez días después volvimos a verla. Nos la mostraron muerta, irreconocible, con un escapulario en las manos y vestida de blanco porque se fue virgen de este mundo. De este mundo ingrato, como dijo su abuela, porque permitió que el espíritu de un malvado acabara con su nieta querida.

Entonces contó con una voz que más bien parecía llanto, que el espíritu siguió tirándole piropos a Zenaida, tocándole el cabello, diciéndole vulgaridades al oído, dándole besos en la cara y como todavía se resistía le

dio por lanzarle piedras, arrojarle puñados de tierra en los platos de comida y jalarle el toldo cuando trataba de dormir. Por esta razón mi niña se consumió y está como está, casi en el hueso pelado.

Lo que siguió después todo el mundo lo sabe: el espíritu de don Juan se dedicó a castigar las mujeres engreídas de estos pueblos. Primero las enamora, si lo aceptan hace el amor con ellas y se va tranquilo, sin importar si quedan o no embarazadas. Si lo rechazan pasa lo de Zenaida: las hostiga de tal manera que no les permite un instante de reposo... pobrecitas, me da lástima las mujeres en las que se fija don Juan.

Ahorita mismo pienso en todo lo que está sufriendo mi compadre, el Quincho Montes, porque don Juan se fijó en su hija. Si, son los que viven en esta casa chamuscada por el fuego... ¿Alcanza a ver la muchacha de rojo que está llorando? Esa es la escogida. ¿Cierto que da pesar?

Yo pasé por lo mismo con la última de mis hijas. Ella terminó entregándosele y tuvo un hijo de él que es nieto mío. Ya pasa de los veinte años y es todo un hombrón pero está sin recibir la gracia de Dios. Por este motivo estoy aquí: para preguntarle si lo podemos bautizar con su apellido.

LA CAZA DEL PUERCO MANAO

Ya eran las tres de la tarde y José Clemente Castilla me seguía contando sus historias con la misma emoción con que había empezado tres horas antes, ese día que llegué a su finca El Oriente de la mañana, ubicada en el caserío Nueva Lucía, al este de la ciénaga Betancí.

Cuando llegué a su casa tuve que esperar un buen rato. Ese día permaneció en la cama unas horas más porque los disgustos del cuerpo no lo habían dejado. Son enfermedades de viejos y él ya pasa de los noventa, me contó su hija. Sin embargo, al saludarlo y decirle lo que buscaba, me pareció verlo rejuvenecer de alegría como si las dolencias de su cuerpo hubieran desaparecido como por encanto. Después de este tiempo de charla yo seguía mirando su cabeza blanca por las canas, su larga nariz, sus orejas grandes y su cara arrugada, acomodadas, junto con el resto del cuerpo, en un viejo taburete de madera y cuero de res.

Después de un momento de silencio me dijo: ahora voy a contarle una de esas historias que usted anda buscando: la del puerco Manao y cómo lo cazábamos. Fue un animal abundante en las montañas del Sinú. Por su parecido con el puerco o cerdo casero y la costumbre de andar en manadas, la gente le dio el nombre de puerco manao. Los había de dos clases: uno jaro, el más desarrollado y otro candelillo. Poseían colmillos grandes y fuertes, comían de todo, especialmente corozos y culebras. Por este motivo, cuando uno iba a cazarlos debía buscarlos en sitios donde encontraban este fruto apetecido.

Cuando yo salía a cazarlos con mi escopeta de chimenea siempre iba a las puntas de corozo de lanceta. Al rato oía el trac... trac... trac... de sus dientes partiendo los corozos. Tratava de acercarme a ellos buscando el lado contrario al de la brisa para que no me descubrieran con su olfato. Si por alguna casualidad el tiro no salía pero alcanzaban a oír el golpe del martilleo emitían un sonido parecido a unuiissk que imponía en la manada un profundo silencio. Todos quedaban en estado de alerta,

mirando con detenimiento cada movimiento extraño con las orejas y el hocico hacia arriba. De producirse el disparo salían todos detrás del que tomaba la delantera.

Cuando marchaban lo hacían en línea recta: no había obstáculo que los hiciera zigzaguar; todo lo destrozaban a su paso y cada mordisco lo acompañaban de su grito kue...kue...kue... La manada siempre llevaba un guía: era el más chico pero de colmillos más grandes. Detrás de él podían ir hasta mil acompañantes. Si al guía lo mataban, inmediatamente la manada formaba un círculo, devoraba todo lo que quedaba encerrado en él, permaneciendo unas cuatro horas en el lugar hasta que otro miembro ocupaba el lugar del caído, reiniciando enseguida el desplazamiento. Si mataban a los del medio los que seguían detrás se lo llevaban hociqueándolo.

El tigre sabía esto y por esto cuando salía a cazar buscaba la posible ruta de movilización de la manada, trepaba a un árbol, esperaba el último del grupo para arrojarse sobre él y devorarlo. Nosotros los cazadores prácticamente hacíamos lo mismo: guiados por su grito, su forma de marchar y conociendo el camino de la manada, subíamos a un árbol arqueado como el higo y a los últimos les dábamos con la escopeta o la rula.

Aquellos que los cazaban con perros debían amaestrarlos muy bien, de tal suerte que cuando ladraran al grueso de la manada debían abandonar rápidamente el espacio que formaban, una especie de círculo que iniciaba el primero y cerraba el último. Todo lo que quedaba en su interior era devorado o destruido. El tiempo en formar este círculo de la muerte era aprovechado por el cazador para matar algunos de los que quedaban en la retaguardia.

El baño del manao es igual al del puerco casero, no así su dormida. Mientras el casero se coloca cabeza con cola para olerse sus escapes, la manada busca un lugar, lo más despejado posible, para hacer un ruedo. En el centro colocaban a las hembras y los pequeños, alrededor los machos con la cabeza hacia afuera y el hocico levantado, prestos a oler y enfrentar los intrusos que se acerquen.

A pesar de su fuerza y hermandad el puerco manao lo acabaron en la montaña. No faltan los viajeros que transitan por el Alto Sinú, en especial por la zona de El Manso, que aseguran todavía vagan algunas manadas pequeñas por esos lugares tan solos. Pero en el proceso de colonización desordenada que existe en la zona, acabarán pronto con ellas y con tantas otras cosas de las que apenas nos quedarán en el recuerdo.

EL ARRIERO DE GANADO

Fueron jóvenes y adultos de temple y rapidez en las piernas. Pacientes con el ganado, el hambre, el calor y el frío. Hoy viven en pueblos campesinos como La Manta, Nueva Lucía o Santa Isabel en el municipio de Montería. Son pocos y las mesadas de jubilación les llegan desde Medellín. Son un recuerdo vivo de cómo empezó la arriería de ganado.

A partir de 1920 entró en apogeo en el valle del Sinú la entrada de ganaderos y comerciantes de ganado de Antioquia. El objetivo: contar con ganado gordo para el valle de Aburrá. Los paisas compraron algunas posesiones de franceses radicados en el territorio para iniciar el proceso. Al lado entonces de la hacienda sinuana con su epicentro en Montería, su propietario residente en ella y su mercado localizado en los puertos de Coveñas, Cartagena y Barranquilla, apareció la hacienda antioqueña con sus propietarios y oficinas centrales en Medellín, sucursales en Montería y un conglomerado de jefes, capataces y trabajadores.

En el curso medio del río Sinú, en tierras cercanas a las ciénagas de Martinica y Betancí levantaron las dos primeras haciendas con este propósito: Marta Magdalena, del general Pedro Nel Ospina y Mundo Nuevo, de don Guillermo Echavarría. Una de las trochas más utilizadas para la movilización del ganado era conocida con el nombre de Camino del trastornado. Por ella pasaron infinidades de cuadrillas de arrieros. Estas las componían ocho hombres, uno de los cuales era el capataz. Todos iban a pie a excepción de uno que cabalgaba en una mula encasquillada con el valor para los gastos del viaje. Los de a pie marchaban con jícaras al hombro donde llevaban hamaca, mudas de ropa y otros enseres de utilidad. Por lo regular, cada semana salía uno de estos viajes con 135 novillos. Demoraban 40 días o más. El trayecto que recorrían en el día lo llamaban jornada. Al final de cada una encerraban el rebaño en un paradero o manga perteneciente o no al propietario de los animales. A estos propietarios antioqueños les gustó siempre disponer de haciendas a todo lo largo del recorrido para poder cambiar los animales que

presentaban problemas. Si el paradero no estaba dentro de su posesión entonces les tocaba pagar alquiler.

Cada viaje tenía sus calamidades y situaciones humanas. Si las piedras del camino dañaban una pezuña de los animales enseguida le ponían zapatillas de cuero. En algunos paraderos había gente mal intencionada que ingeniaba acciones para alborotar el ganado, impidiendo su encierro con el fin de prolongar la estadía y poder cobrar un alquiler más elevado. Los métodos más usuales consistían en quemar pólvora o el almizcle del saíno que los espantaba como por arte de magia. Si algún novillo moría en un paradero acostumbraban a pagar a quien lo enterrara. Con frecuencia sucedía que después de cobrar los honorarios aprovechaban la carne en buen estado del animal y el resto en especial las vísceras y otras partes les daban sepultura.

Cuando la cuadrilla llegaba a Puerto Valdivia debía bañar el ganado con garrapaticida. Para llegar a Medellín debían caminar 10 días más pero ahora con el rigor del frío. En cualquier lugar del trayecto recibían la visita de un enviado especial del propietario del ganado notificando a la cuadrilla de apurar o atrasar el paso de acuerdo con el movimiento de oferta y demanda de la feria. En la feria, cada hacendado disponía de una persona que recibía el ganado. La peonada lo entregaba y en la oficina les liquidaban el viaje, incluyendo ocho días de regreso.

En 1954 cuando la construcción de la carretera troncal llegó hasta Planeta Rica empezaron a desaparecer las cuadrillas. Las cornetas de las jaulas ganaderas les dieron el toque de retirada.

ALGUNAS MANERAS DE INVOCAR AL DIABLO

El hombre estaba desesperado. Regresar de nuevo a casa con las manos vacías como tantas otras veces lo llenaba de tristeza y de coraje. Mucho más ese día de Viernes Santo que lo cogió como los anteriores y más allá de los anteriores también sin nada con que celebrar esa Semana Santa que llegó en el peor momento.

No sabía qué hacer. Nada se le ocurría. Entonces le dio por recordar los últimos sueños que había tenido. Cayó en cuenta de que un sapo azul aparecía en casi todos pero desconocía completamente su significado. Mientras trataba de buscarlo el canto de la lechuza lo sorprendió. Extraño que cantara a esa hora de la tarde. Algo quería decir. ¡El diablo! Pensó enseguida, pero no se asustó. Siguió pensando durante un largo rato y luego dijo ¡Claro, el diablo es la solución! Hoy a las doce de la noche tengo la oportunidad de hablar con él y pedirle lo que le voy a pedir. Estaba decidido.

No le diré nada a mi mujer ni a los pelaos. Sacaré lo que necesito y me iré a buscarlo. Yo sé las maneras de hacer que aparezca, me las enseñaron mi padre y mi abuelo:

1. Colocar una sábana blanca bendecida debajo de las ramas de una mata de yerbabuena, de ruda o de higuierón a la espera que florezca y deje caer la flor. Cuando lo haga debe recogerse y al instante escuchará una voz que le preguntará para qué la quieres y el que responda tendrá que demostrar que tiene alguna cualidad de merecer ese don. Si pide para torear, deberá vérselas con un toro bravo o si es para conquistar mujeres deberá enamorar a una que le apasione. Salir victorioso significa obtener el poder.

2. Hacer una trocha en la montaña, al final preparar un clarito o un sitio limpio y colocar un gato negro a la hora indicada, por lo general a medianoche. Luego gritar: ¡¿Quién compra este gato negro?! A la tercera

vez alguien le responderá: ¿Cuánto cuesta tu gato? ¿Lo que quepa en este saco! debe contestarse de inmediato. De una vez el aire tomará el olor del azufre y un fuerte ventarrón como el zumbido de una nube inmensa de moscas invadirá la montaña. El miedo hará gritar y chillar a todos los animales salvajes y el pánico será el único dueño absoluto del lugar. Después vendrá la calma, el gato desaparecerá y un saco lleno de dinero caerá sobre los pies de quien invoca. Lo recogerá y saldrá del sitio sin mirar a los lados.

3. Coger un pájaro bujío y llevarlo a la quebrada. Una a una arrancarle las plumas para arrojarlas a la corriente del agua. Si una se mueve en sentido contrario hay que soltar el pájaro. Ahí mismo aparece una persona y le pregunta ¿Cuál es tu deseo? Respondida la pregunta se somete a la prueba respectiva

4. Localizar el nido de un pájaro carpintero que esté criando. Taparle la entrada con un pedazo de zinc y debajo del árbol ponerle una sábana blanca bendecida. Al llegar el animal empezará a picotear el cinz y ante la imposibilidad de perforarlo comenzará a vomitar piedras. Tomará la que caiga en la sábana y formulará el deseo. Aparecerá una persona y vendrá la prueba.

Después de esto no volví a saber del hombre desesperado. Me dijeron que había logrado invocar el diablo pero no me dijeron qué le pasó. Todavía no logro saberlo por mucho que averiguo.

EL RAICILLERO

Los pueblos de las orillas de ciénagas generalmente fueron antiguas bases de lanzamiento de este personaje conocido con el nombre de raicillero. En ellos se preparaba para proseguir su viaje al interior de las montañas en busca de los productos que esta le ofrecía.

Para entrar a la montaña había dos tipos de caminos: la trocha maestra, ancha, con el monte a ras de tierra y el llamado la pica monteadora, más angosto que el anterior y con el monte cortado a mayor altura. Para mayor orientación y seguridad los caminantes iban dejando señales por el camino recorrido.

Por lo común, las cuadrillas de raicilleros estaban conformadas por siete hombres. A sus espaldas llevaba cada uno un chingo de napas de palma o espaldero y un saco enrejillado o un encauchado. Los sostenían con la frente y sobaqueras con clinejas o pencas de cuatro dedos de ancho hechas de majagua colorada. Allí cargaban la escopeta, munición, toldo, dos mudas de ropa, arroz, azúcar, café, sal, cebolla, ajo, comino, remedios y un caldero, o sea, lo necesario para un viaje aproximado de un mes o más.

La raicilla es descrita como una planta muy parecida a la del café cuando está pequeño, su flor es de color rosado parecida a la de la salvia y crecía en el monte limpio en el interior de la selva. Cuando encontraban una punta o cayo, es decir, un lugar poblado de la planta, los interesados o el interesado tomaba el covador y hacía un surco alrededor, lo que les permitía sacar todas las raíces. Mientras cada raicillero completaba su carga, unas dos arrobas, los integrantes de la cuadrilla acampaban en un lugar fijo. Por lo general una ranca construida con madera y palma del lugar les brindaba algún tipo de seguridad. Al salir la cuadrilla por la mañana, uno de ellos quedaba encargado de preparar los alimentos. Los animales de monte que lograban capturar, de tierra, agua y aire, eran vitales para la alimentación que completaban con lo que llevaban. El morrocoy era abundante y lo escogían al gusto.

Pero la selva no sólo es espesura. Tenía espíritus que sorprendían a los raicilleros. Como Toloya que es el espíritu del monte, aparecía como una negra cuyas tetas le caían a los muslos, generalmente sentada sobre las raíces de las ceibas y los árboles corpulentos. El gritón era el dueño de la montaña, su grito lo oían a gran distancia, además bufaba, maullaba y hacía como mulo. Por donde pasaba parecía como si la montaña fuera a derrumbarse, detrás quedaba una hedentina como a cuero podrido y el zumbido del mosquero que siempre lo acompañaba. Otros aparatos y espíritus malignos habitaban en los rumbones y cuevas de los grandes árboles. Dicen que eran manifestaciones de los entierros indígenas.

Ante el peligro de las culebras y fieras de la selva el raicillero conocía algunas contras que lo protegían. Por ejemplo, el que sabía el secreto de la culebra podía pisarlas y nada le ocurría. El Santum Salve, les servía para amansar y humillar toda clase de fieras y espíritus malignos.

Completada la carga, el raicillero salía a vender el producto. Alrededor de este comercio existía una serie de compradores e intermediarios. Algunos, con bueyes y mulas entraban a las montañas a comprar en lugares específicos; otros esperaban en fincas, en los pueblos que iban surgiendo al paso de madereros y raicilleros o en Montería, el principal mercado.

Fuera de culebras, espíritus malignos y llagas en la espalda que le dejaba el peso del chingo, el raicillero debía enfrentarse a la astucia de los compradores deshonestos y ladrones que hacían cuanta triquiñuela hubiera a su alcance para arrebatarse el fruto de su trabajo. Entre las más usuales estaban: el robo que sucedía en las bodegas cuando llegaba cansado y echaba a dormir, los tragos de ron antes del pesaje o el coqueteo de mujeres que mostraban sus piernas. Ya con el pago en el bolsillo eran tentados con bailes “cantaos” y de “macho”, ofrecimientos de mujeres y juegos de azar. A los pocos días el raicillero volvía a endeudarse con el intermediario y regresaba a las montañas a buscar una nueva carga de raicilla. Los pocos raicilleros que hicieron plata fueron por retirarse a tiempo, no dejarse engañar y convertirse en intermediarios y compradores para vender después. No fueron pocos los que fracasaron en

el intento de hacerse raicilleros. Carecían de ese temple especial para soportar las inclemencias, sobreponerse al peligro, no desfallecer ante la soledad y el miedo, conocer la montaña y entender los espíritus. De ellos es testimonio el decir popular que emplea nuestra gente para molestar a quien haya salido mal parado de una empresa que no era para su capacidad: “eso es para que vuelvas a raicillar”.

LA LAGUNA DEL MACUÁ

Es pequeña y está ubicada al norte de la ciénaga de Betancí. En tiempos pasados cuando existía la montaña y abundaban los animales salvajes era frecuente encontrarlos apareándose o jugando en sus orillas, especialmente en verano cuando llegaban con frecuencia a refrescarse en sus aguas cristalinas.

Lo del nombre viene del pájaro Macuá, al que le atribuían virtudes amorosas. Era un pájaro pequeño, de color cenizo con el pecho amarillo. Le gustaba hacer el nido en el cuerpo de árboles como la ceiba, siempre con la entrada hacia abajo. Lo hacía con pajitas y toda clase de plumas. Este animal se encariñaba tanto con su nido que además de huevos depositaba en él sus virtudes. No todas porque constantemente su corazón era como una ventana abierta al gozo y las iba entregando de una en una.

Cuenta Pedro Pico, un viejo tumbador de montañas que por las tardes cuando salía el sol de los venados, el macuá entonaba su canto armonioso y parecía que le galanteara a la selva, tratando de convencerla de pasar una noche de regocijo en su refugio.

Cuando estábamos hachando y encontrábamos un árbol con un nido de macuá hacíamos todo lo posible para que cuando cayera quedara intacto. Después lo llevábamos a los brujos quienes lo preparaban para quien lo tuviera pudiera conquistar la mujer que deseara. Si tenía pichones les sacaban el corazón, lo molían y disolvían en una botella con loción y esta se la untaban los hombres para atraer a las mujeres.

Cuando el hombre acabó la montaña y robó todas sus virtudes el macuá sintió celos, se llenó de rabia, finalmente entristeció y tomó la decisión de desaparecer con ella.

EL GUAQUERO

Gumercindo Montoya, desesperado por la falta de dinero y pérdida en el monte se echó a llorar sobre un promontorio de tierra. Al darse cuenta que su llanto se perdía en la profundidad como el eco, supo por su existencia de gUAQUERO viejo que estaba sobre una guaca. Así fue cómo descubrió el Pirú del diablo, el entierro más rico que han encontrado en la zona de Betancí: 25 libras de oro en bruto y gran cantidad de objetos elaborados.

Era en año de 1914. Salió desde Frontino, Antioquia, en una mula negra por la trocha en medio de la montaña hasta puerto Junquillo, ubicado en el sitio donde se juntan la ciénaga y el caño Betancí. Llegó por primera vez a casa de Benita Begambre y Eustacia Casarrubia. Trajo un mapa que habían hecho los españoles y el tomo quinto de las Noticias Históricas de la Conquista del Nuevo Reino de Granada, escrito por Fray Pedro Simón. En él daba cuenta del inmenso cementerio que existía alrededor de la ciénaga y de los tesoros de los indios zenúes sepultados en el lugar.

Una vez comprobó la certeza de esas noticias en su primer viaje, Montoya regresó a su tierra. En su segundo viaje vino acompañado de varios coterráneos: “Se llenó la zona de guatas” decían los campesinos refiriéndose a la gente del interior.

Montoya compró unas 200 hectáreas de terreno en el sitio denominado Flamenco, en los propios predios del cementerio. Allí estaba su campamento. Daba la vivienda y la comida con la condición de que la mitad del oro que sacaran le pertenecía. Para trabajar, estos formaron cuadrillas de cuatro, seis o diez hombres. Muchos campesinos de los alrededores entraron a trabajar como jornaleros, aprendiendo los secretos del oficio. Las cuadrillas trabajaban mucho para encontrar los tesoros menos la que dirigía Pedro Guerra. Él consultaba con Emilio Ochoa, el campesino de la zona que invocaba los espíritus. Después iba directamente al lugar donde estaban las guacas ricas. Emilio pasaba borracho.

Cobraba por cada indicación un calabazo de ron ñeque y una muda de ropa cuando la que tenía puesta estaba completamente inservible.

Para el año 1925 calculaban que unas 60 personas trabajaban diariamente en la g.uaquería. Años más tarde el hallazgo de oro rebajó. Montoya, un tanto preocupado, decidió meterle buldócer a los cerros más grandes obteniendo pocos resultados. Entonces decidió abandonar el terreno y marchó para el Alto Sinú y para Dabeiba, en el departamento de Antioquia, a ver si con los escritos que guardaba podía dar con los tesoros que los mismos indígenas zenúes llevaron para esos lugares ante el avance militar victorioso de los españoles. Así terminó esta primera oleada de g.uaqueros en la comarca.

El remonde

Después que los antioqueños abandonaron el terreno los campesinos que habían trabajado con ellos entraron a buscar de nuevo en las guacas. A esto lo llaman remonde. Los que hoy practican la g.uaquería son los hijos de los viejos g.uaqueros que, como Francisca Díaz, Ángela Morales, Pedro Begambre y Gumercindo Begambre, saltan a la memoria cuando hablan sobre el tema.

Rafael Negrete es el más veterano de los que aún quedan en Maracayo, pueblo g.uaquero del municipio de Tierralta, con este oficio. Es hijo de Ángela Morales, una madre soltera a quien le nació la afición por esta profesión el día que encontró una chaguala de oro cuando estaba encerrando unas vacas después de un aguacero. Ahí mismo empezó a escarbar y fue encontrando otros y otros objetos hasta pasar el resto de su vida en el oficio. Por eso, cuando parió a Rafael, durante los primeros meses debió acomodarle la hamaca en una guaca. En su interior dormía el niño mientras ella seguía buscando en las entrañas de la tierra.

Las guacas podían ser de cuatro metros de ancho por ocho de largo o de cinco por diez o de seis por doce o de ocho por dieciséis y podían alcanzar hasta diez metros de profundidad. Las paredes eran trabajadas en piedra para evitar desmoronamiento o derrumbes.

Los entierros aparecen en vasijas o tinajas de barro de diferentes tamaños, las más grandes las llaman tamburrios. En ellas, mezclados con osamentas humanas, han encontrado una gran cantidad de objetos de oro y barro. La gente recuerda algunos: un chinito que parecía un teniente pesó cinco libras; siete coronas de una libra cada una eran redondas y tenían varias puntas, en cada una de ellas un escudo en forma de moneda perforada por el centro, vibraban cuando las sostenían en el aire; chagualas las había hasta de 45 gramos; polainas, barras, canutillos, collares de cuentas, ardillas, venados, tigres, caimanes, garzas, cuervos, pescados, anzuelos y campanitas.

Entre los objetos de barro los más recordados son los trompos con cuatro huecos que dan diferentes sonidos según el que tapen después de soplarle el viento por la parte trasera. Las vasijas funerarias eran cubiertas por sucesivas capas de una tierra arcillosa de color rojizo y negruzco hasta formar el promontorio o Pirú. Los más elevados tienen a su alrededor otros pequeños en donde no encuentran tesoros, únicamente huesos.

El cateo

Es la exploración en busca de guaca. Anteriormente lo hacían con pala, hoy lo adelantan con la media caña, o sea, un trozo de madera largo y delgado con dos extremos metálicos y semicilíndricos en la punta, lo que permite cavar en superficies estrechas a gran profundidad. La tierra la sacan aprisionada en la parte metálica. Por estas muestras saben si vale la pena una excavación grande para buscar la guaca.

Como quiera que hoy los terrenos de este cementerio indígena hacen parte de fincas ganaderas, cualquier trabajo de guaquería tiene que ser autorizado por el propietario. A través de mozos vigilan la marcha del trabajo. En caso de encontrar tesoros éste debe ser sacado ante su presencia: una tercera parte le corresponde a él y el resto a los que la trabajaron.

El comercio

En el pasado los gUAQUEROS salían a vender a Montería; después los interesados en comprarles llegaron a los pueblos donde vivían los gUAQUEROS. Así fue que adquirieron la costumbre de pasarse el domingo en casa, a la espera de posibles compradores. Eso sí, manteniendo en todo momento la desconfianza natural de esta profesión porque el hombre puede ser muy amigo pero apenas ve el oro de inmediato la codicia lo hurga por todas partes.

Desde el momento que los compradores decidieron meterse hasta estos pueblos, Maracayo, que ha sido el epicentro de la gUAQUERÍA en el Betancí, lo visitan gentes venidas de todas partes del departamento, el país y el extranjero, en especial norteamericanos, franceses, polacos, suizos, alemanes.

De su trabajo al gUAQUERO le quedan, entre otras, dos nostalgias: la de los pesos que recibe por la venta y el de unos objetos finos, preciosos y lindos que en un momento pasaron por sus manos.

LA CAZA DE CAIMÁN

Todavía no entiendo por qué cuando vi salir de su cuarto a Tito Tordecilla, el viejo caimanero de la zona y le miré su pecho lampiño y grasoso supuse enseguida que sufría de ahogo. ¿Sería por la respiración entrecortada y silbadora, parecida al sonido que hace el viento suave cuando se mete a jugar por los segmentos que tienen las varas ahuecadas? Sinceramente no lo sé pero le pregunté y me dijo que sí... y no es ningún mal de viejo que recuerde, esta apretazón me viene desde niño.

Tal vez por esta razón, pensé yo, el hombre se metió desde muy joven a cazar caimanes para sacarles, entre otras cosas, la manteca que todavía se unta y le sirve para suavizar los caminos del aire de su cuerpo. Fue él justamente quien me explicó la forma de hacerlo en aquel tiempo que parece remoto pero en realidad no lo es.

Por aquí, por la ciénaga Grande, hubo caimanes de aguja y de trompa. Ambos peligrosos y dañinos, acabaron con todo lo que tenían al alcance de sus fauces: peces, babillas, gente, cacó, terneros, gallinas, patos y todo lo que anduviera despreocupado por las orillas del agua. Nosotros no sólo los matábamos para librarnos de su amenaza, también para aprovechar todo lo bueno que tenían: los colmillos para combatir el mal de ojo contra los niños; la manteca de la cola y la hiel, solas o mezcladas con alcanfor, alhucema o romero para los dolores de barriga y de muelas y limpiar el cuerpo de toda clase de maleficios. En Betancí le sacaban el buche lleno de piedras de distintos colores y hacían cueros para los tambores. Los tamboreros aseguraban que con los dedos mojados interpretaban mejor porque sentían que el cuero les parecía la ciénaga con su sonido de parranda y alegría.

Después, cuando llegaron las empresas comprando cueros, también los matamos para ganar unos pesos. Esto último hizo que los caimanes se acabaran rápido... muy rápido.

Cogerlos no era fácil pero tampoco algo del otro mundo. La caza en grande la organizaban en verano, cuando el animal encontraba menos agua para esconderse o luchar. Una o dos canoas con sus arponeros lo buscaban y seguían en el agua mientras tres hombres lo jalaban y hostigaban desde la barranca. Los arponeros debían dispararle al comenzar a hundirse porque si los alcanzaba a ver se daba cuenta del arpón y era capaz de pararlo con la boca o la cola haciéndolo pedazos.

Ya con el arpón en el cuerpo del caimán los arponeros pasaban la cuerda a los hombres de la barranca. Estos empezaban a jalarlo, a sacarlo del agua, el animal resistía y volvía al agua. Los de las canoas lo seguían, recogían la cuerda y de nuevo la entregaban a los de tierra firme, todas las veces que era necesario, hasta que el animal se rendía cansado. Era entonces cuando abría la boca y con cabuyas le sujetábamos con fuerza sus mandíbulas de hierro. Sintiéndonos prisionero el animal berreaba como ternero. Si molestaba mucho lo rematabamos con hachas.

En Betancí le ponían trampas en los playones. Casi siempre la carnada era una iguana muerta con un arpón filoso adentro, unido a una cuerda larga y resistente. Cuando el caimán tragaba la iguana y le desbarataba sus carnes quedaba al descubierto el arpón y por tanto movimiento no tardaba en clavarse en sus entrañas. Luego lo jalaban, lo molestaban hasta el cansancio y finalmente lo agarraban.

Fui caimanero y lo reconozco pero siempre me dio tristeza matar a las hembras. Pensaba en ellas cuando abandonaban el agua y dirigían a los promontorios de las playas o las barrancas a poner sus huevos en hoyos como laberintos que hacían con sus patas de atrás y cubrían con sus patas delanteras. Enseguida volvían al agua para regresar dos o tres meses más tarde a presenciar el nacimiento. Recién nacidos son como lobitos y no pueden ocultar el miedo que les causa arrojar al agua por primera vez. Pensando en la dicha de la caimana al momento del nacimiento de sus hijitos y en la angustia de estos al momento de tirarse al agua, sentía un remordimiento raro cada vez que mi brazo lanzaba un arpón... y para desgracia de ellas... y mía también, todos los que arrojé fueron ciertos.

SERPIENTES, VENENOS Y CONTRAS

Jesús María Martínez es un afamado curandero de mordeduras de culebra que, al contrario de la opinión de mucha gente, nos dio a conocer sus secretos sin que hasta el momento haya muerto por acción de algún mal desconocido y maldito. A él, pertenecen estas declaraciones:

Clases de serpientes

Las más peligrosas son: veinticuatro, toche, tigrera, parcorao, coral, paloma, mata boga, verrugoso, panoco alazano, víbora de candela y todas las mapanás conocidas: barba amarilla, prieta, blanca, rayo biche, equis, comején. Y las menos peligrosas: panoco mapanao, panoco de agua, boa, bejuquillo, birri, amarilla, candelilla, mata caballo.

Plantas medicinales o contras

Son aquellas que sirven para curar mordeduras de culebras y otras enfermedades. Son frescas, sacan la ardentía o el calor de la sangre. Las más conocidas son: hierba rana, verdolaga blanca, mata Andrea, sapollo, jobo, pichingué, bejuco San Juan, cola de caballo canutillo, cola de caballo rabo de zorra, celedonia, limón, naranja agria, guineo agrio, coco, matamba, contra hierba, desinchadora, yuca coneja, yuca común, mona loca, asauco, pringamosa hembra, abraza palo, lengua de vaca, arroyuelo, guartinaja, diente de león, corozo de chicha, bretónica, valdivia tapa camino, cadillo de burro, cadillo de bolsa, cadillo, amor seco, verbena, hierba mora de la grande, fruta colorada, hierba mora de la chiquita, fruta morada, vende aguja, caña india, bejuco Urabà, cariacá.

Dentro de las depurativas figuran: crucetos morados y blancos, guacos de árbol y de bejuco, hombrosolo, cedrón, carrito mamellón, china, zarzaparrilla, contragavilana, cabeza de negro, guanacón, solita, frutas de burro y yacabó, santa Catalina, barbasco de árbol, valdivia, mejorana,

zorro, plateada, ajeno, martinica, barba de sapo, coralilli, chocoana, pepo amargo, balsamina, mulata, helecho, balsa, caña blanca, cabalonga y todas las capitanas conocidas: prieta, curarina, la reina, blanca, patoquillo, sapo, llorona flor grande, flor buchona, chupadera, lengua de venado.

Cuidado y dieta para los mordidos

Con un mordido hay que tomar las siguientes medidas:

-Con el mayor cuidado el paciente debe permanecer en un cuarto o pieza bien abrigada, donde no haya gallinas cluecas ni ninguna clase de fetidez. A este lugar no pueden entrar amigos o amigas que hayan tenido contacto sexual la noche anterior, ni mujeres embarazadas, incluyendo sus maridos.

- Si el mordido tiene a su mujer embarazada, esta debe echarse salvia en las manos apenas lo reciba en casa y darle masajes en la parte afectada de arriba hacia abajo. Después le dará baños de plantas.

- No puede tomar leche, ni jugos de frutas de ninguna calidad, ni queso, ni huevos. Puede comer arroz con coco, carnes de res y cerdo saladas y desaguadas, nada de frescas, plátano, caldo de pollo sin pechuga ni molla. Aprovechando los caldos le pueden dar purgantes, sean de magnesia picot o sal de glover.

Cuando la culebra ha mordido sapo

Si la culebra ha mordido un sapo y luego a una persona le inocula veneno de aquel, lo normal es que le produzca ronchas alrededor de la mordedura. Es necesario rajarlas a todas de inmediato para que sangren y luego darle baños preparados con hierbas de capitana sapo, bejuco de sapo, barba de sapo y de otras plantas. Los baños deben aplicarse tibios y con un poco de sal.

Cuando la culebra está preñada

Es conocido porque el paciente pasa durmiendo o presenta sombras en las plantas de las manos y los pies. A las sombras hay que picarlas y untarles ron con sal. Al tiempo le dan a beber una taza de café amargo y después unas gotas de la preparación de la camarguina.

En caso de persistir el sueño rayar las raíces de capitana, cruceto morado, mejorana, guanabanito oloroso, plateada y limón-limón hasta completar una libra de polvo. Al paciente lo acuestan boca arriba y le van echando todo el polvo desde la cabeza hasta la cintura. Después le agregan unas gotas de ron blanco encima del polvo y de inmediato envolverlo en una sábana grande, tapándolo bien para que el olor le penetre por la boca, la nariz, el oído y todos los hoyos que tenga. De esta manera le desaparece el sueño.

El tratamiento puede prolongarse durante tres o cuatro horas.

Cuando la culebra ha estado metida en el agua

Si a un mordido le da un frío bastante intenso que lo hace temblar y luego una fiebre que le pone los ojos colorados y el pulso violento, es debido a que la culebra estuvo metida en el agua. La fiebre significa que el animal cuando salió del agua se soleó un rato.

Preparación para matar el veneno

Para combatirle el veneno a un recién mordido de culebra hay que preparar de inmediato una toma con el polvo de la fruta cabalonga y lo que coja con la punta de los dedos del polvo del colmillo del caimán. Al tiempo que recibe la primera toma debe rajarse o sajar la parte afectada, lavarla con agua de sal y ponerle un parche de canturrión, hecho con los polvos del colmillo de tigre, el colmillo de caimán y la fruta de cabalonga. En caso haya pasmo debe procederse a quemar el cuerno del ciervo para aplicarlo en la parte del mal. Esto le quita el dolor y le va controlando la furia del peligroso mal.

Preparación para curar llagas

Si a un mordido de culebra le aparecen llagas hay que conseguir urgentemente cáscaras de huevo de gallina criolla y hojas de cadillo de bolas y quemarlas sobre una lámina de zinc. Ya quemadas hay que molerlas lo más menudito posible. Antes de aplicar este polvo a la llaga o úlcera, debe lavarse primero con agua de sal, después ponerle fomentos del líquido que produce el ñame del guineo agrio y desinfectarse con dioxigen. Enseguida siguen los polvos. Pueden aplicarse solos o juntos los polvos de las cortezas de la quina y del mangle colorado y el diente de león.

LAS BRUJAS DE EL CERRITO

Magalis tuvo su noveno hijo el pasado primero de enero la una en punto de la tarde. Dos días permaneció en el hospital de Montería antes de regresar a El Cerrito, su pueblo de toda la vida. Estaba feliz porque el niño le había nacido completo, bonito, narizón, carita chiquita y bastante rosadito.

Por esta razón tal vez le prestó poca atención a los cuchicheos de las brujas que escuchó apenas pisó el polvo de su pueblo. Pero esa noche no sucedió nada, ni las siguientes tampoco. El hecho de dormir ella con el vestido al revés y el niño con la batica también al revés es una costumbre que oyó desde niña y sigue al pie de la letra desde cuando la hicieron madre. De ninguna manera fue una precaución deliberada, estaba confiada. No temía a nada ni a nadie. Sabe por convicción que las criaturas sin bautizar son las preferidas por las brujas para ejercitar sus maleficios. Pero ella confió en dormir con la ropa al revés. No pidió que le rezaran la casa, ni colocó cruces hechas con tallos de yuca hendidos por la mitad, ni puso la escoba al revés en la cabecera de la cama, ni las chanclas al revés y en forma de cruz, ni debajo de la almohada depositó abierta una tijera pequeña. No son necesarias tantas cosas, se dijo a sí misma.

Así pasaron los días y así llegó la noche del día cinco. El niño tomó seno a las seis de la tarde y a las doce de la noche. Apenas terminó a esta hora madre e hijo se quedaron profundamente dormidos. A las dos de la madrugada Magalis sintió entre sueños que el niño lloró. Ya medio despierta notó que el llanto era quedito y lastimero. En la oscuridad lo palpó y algo viscoso le quedó en los dedos. Se asustó, llamó con desespero a Dionisio, su marido, pero él no respondía. Extraño en un hombre que siempre ha tenido el sueño livianito. Siguió llamando con más fuerza, nada, no escuchaba.

Desde otra cama, la abuela del niño escuchó los gritos y levantó sobresaltada. ¿Qué pasa? preguntó y encendió la luz eléctrica. Al tiempo revisaban el niño mientras lo desvestían. Las primeras manchas de san-

gre que encontraron en los pañales les paralizó la respiración, temblaban. La sangre salía de un punto localizado en el vientre ¡Es el ombligo! Exclamaron. Pero no, no era el ombligo. Entonces repararon con más atención y descubrieron dos centímetros debajo del ombligo un agujero delgado por donde salían las últimas gotas de sangre.

Dionisio, atontado por el sueño y los golpes que le dieron para levantarlo, llamó con desespero a los vecinos. Algunos de estos estaban despiertos, escuchando el corrinche de comadres que tenían las brujas desde hacía rato. En la plaza y en los callejones se les oía jugar y reír. Algo están celebrando, le dijo Rafaela Luisa a sus hijas mayores. Por eso, cuando oyó que Dionisio la llamaba, enseguida reaccionó: ¡El niño! ¡Qué le habrán hecho! Y ella, con el niño arropado, junto con Fernando conduciendo una motocicleta a esa hora salieron para Montería porque al niño el corazón se le había detenido por completo. Encima de ellos y durante todo el recorrido los chiflidos de las brujas no dejaron de inquietarlos.

Cuando entraron a la ciudad el niño intentó quejarse pero no pudo. La muerte le había tapado la boca para siempre. En el hospital el médico se asombró por la pérdida total de sangre. Lo examinó minuciosamente y no fue capaz de indicar la causa. Tampoco le dijeron que habían sido las brujas. Cuando regresaron con el niño muerto las risas y los juegos de las brujas continuaban. Dionisio, lleno de coraje salió al patio y les gritó: ¡Dejen la bulla, si están contentas porque mataron al niño, ya se pueden ir tranquilas a formar alborotos en otra parte! El día seis en las horas de la tarde enterraron el niño.

De todas maneras Magalis y Dionisio han colocado cruces de tallo de yuca en las culatas de la casa y detrás de la puerta principal. Y con frecuencia en cada una de las cuatro esquinas de la casa pronuncian la oración de San Silvestre:

San Silvestre el Mayor
quiero que me resguardes mi casa
y todo mi alrededor
chista que chista no chistes más
chista que chista no chistes más
chista que chista no chistes más.

LAS TIERRERAS Y LAS VOLANTONAS

Ya acostados, Arnulfo le contó a su mujer con voz apagada y triste el gran secreto de su vida. Sin llegar todavía el día y aún en la cama, el pueblo lo estaba comentando a grandes voces.

Comenzando la noche, Leonidas, el gran conocedor de la zona, salió de su casa a visitar su compadre que queda a doscientos metros de distancia. Cuando llegó a la cerca del patio la vegetación y todas las cosas cambiaron de repente. Se sintió en un monte espeso. Seguro de sí mismo comenzó a buscar los caminos de salida pero todos los que ensayó lo llevaron al mismo punto de partida. Decidió esperar el día para orientarse. Y con las primeras luces cayó en cuenta que estaba en frente de la cerca del patio de su compadre.

Estos y muchos hechos más son comunes en los pueblos nuestros. Suceden todos los días y las responsables son las brujas, sean tierreras o volantonas. Porque son las tierreras las que caminan el pueblo averiguando chismes pegadas a las paredes enterándose de los secretos más recónditos para hacerlos correr de boca en boca.

Mientras las volantonas, convertidas en aves de distintas especies pero con el mismo chiflido de siempre, son las que chupan sangre de los niños recién nacidos, atemorizan y hacen que los caminantes pierdan el sentido de la orientación. Pero no son del todo malas porque a veces, si el andariego le pide compañía, ellas lo hacen gustosas, sin causarle percance o sirven para llevar mensajes, en lo que han llamado el correo de las brujas. Basta oírlas chiflar para que la persona interesada les grite ¡acompañame para que no me pase nada! O ¡Pasa por la casa de Pascual Orozco y avísale que la mamá está grave!

Normalmente las brujas son mujeres jóvenes o viejas, solteras o casadas, que saben artificios malignos. Durante el día son mujeres hacendosas, serviciales y las hay hasta muy lindas. En la noche se transforman y salen en grupo a hacer sus diabluras. En ocasiones van acompañadas del

que las dirige, a quien muchos lo conocen con el nombre de zángano. Con él forman fiestas de pitos y tambores en los puentes, en los encuentros de caminos o en los revolcaderos de burros.

Pero así como hay brujas también hay hombres que las conocen y saben tratarlas. No importa que se transformen en micos, lechuzas, patas, garzas, burras, cerdos, menos en gallos o gallinas. Por algo que no le cuentan a nadie, los que saben las conocen y las agarran. Si apenas quieren castigarlas les pegan con balsas o tallos de yuca con la mano izquierda y en número impar. Si las agarran hacen que vuelvan a su condición de mujer y dialogan con ella sobre muchos aspectos de su vida. Al final, si le gusta, hacen el amor con ella por detrás porque por donde es debido lo tienen flojo y repugnante como una plasta de excremento de ganado.

VIVO POR TI, PALOMA MÍA

Cuando el hombre llegó al pueblo con las primeras penumbras de la noche después de recorrer quince kilómetros a galope tendido, lo primero que sintió fue la fragancia de los azahares, del jazmín y de la flor del amor. Enseguida oyó todos los ruidos de la ciénaga y luego vio la calle larga, las casas y las lámparas y mechones ya encendidos. Al final, la casa de la novia, a quien visitaba desde hacía un año, tres veces por semana.

Se quitó el sudor, arregló su sombrero y avanzó tranquilo. Apenas tocó le abrieron la puerta. En la sala los viejos conversaban. Vino el saludo y de inmediato los hombres empezaron a hablar de cosas del campo. Pasado un momento apareció ella, silenciosa como una mariposa y risueña como una flor. El se levantó de inmediato, se quitó el sombrero y la saludó cortésmente. Enseguida se sentaron en un rincón de la sala, al lado de la ventana, por donde llegaban los sonidos del patio inmenso.

Hablaron en voz alta de los quehaceres de ella y de él durante un buen rato pero cuando los muslos se juntaron y el hombre sintió en sus nervios aquella tibieza de paloma enamorada, las palabras se aflojaron y el pecho se apretó. Ella siguió hablando como si nada, hasta que él, juntando una a una las palabras y acercándose lo más que pudo alcanzó a decirle, no sigas hablando mujer que no te oigo, apenas veo el movimiento de tu boca, como si tus labios fueran palomas volantonas que no quieren que nadie las agarre... Paulina, si quieres te robo esta noche y mañana mismo en la tarde venimos a arreglar con los viejos el asunto del casorio. Di que si mujer, tú bien sabes que vivo por ti, paloma mía.

Ella, entre complacida y enojada le aconsejó, no te desesperes, ya falta poco. Mis padres tienen mucha confianza en mí y no les voy a fallar después de un año de estar en esto. Y yo te lo he dicho muchas veces: de esta casa solo salgo con un hombre el día que me case con él como Dios manda. Yo sueño con un vestido bonito, lleno de encajes y una gran fiesta que haremos ese día. Vendrán amigos y parientes, vecinos y fo-

rasteros. Habrá comida en abundancia y el patio lo llenarán de hamacas por todos los lugares.

Las mujeres nos pondremos bonches y astromelias en el pelo limpio y bailaremos hasta el cansancio. En la media noche nos saldremos del jolgorio para la pieza de nuestra primera noche. Desde allí seguiremos yendo la fiesta pero de otra manera porque la nuestra será de nosotros solos. Y bien temprano, cuando todavía la fiesta esté viva yo saldré orgullosa con la sábana blanca manchada de sangre a colgarla en el alambre de tender la ropa para que todo el mundo sepa que tú te casaste con una mujer virgen. El mayor orgullo de todas las mujeres de mi familia y de mi pueblo.

ANAMÚ

La anciana atravesó con dificultad el cauce reseco de la quebrada y con su acostumbrado andar parsimonioso llegó hasta la tumba de su hija, enterrada cinco días atrás en aquel cementerio tan lleno de silencios y malezas.

Erótida, hija, ¿cómo te sientes? ¿Te extraña verme aquí, verdad?, pues sí, resolví salir de la casa por primera vez desde que me casé apenas para decirte una cosa y pedirte otra. Déjame contarte que hace dos meses supe que te ibas a morir. Me lo dijo tu madrina cuando descifró aquellas figuras que se formaron en el pocillo con el residuo del café que te bebiste. Estas figuras eran tu porvenir. Y ahí vio clarito que te ibas a morir, según tu madrina que también es comadre mía.

Yo nunca te dije nada. Tú fuiste la que comenzaste a decir que te dolía la vida y a contarle al niño, a tu único hijo de cuatro años, esas cosas raras que le contabas. Todavía no entiendo por qué le decías a todo momento que después de muerta regresarías a buscarlo para llevarlo a vivir contigo a un lugar que tú pintabas muy bonito. De veras, muy bonito. Yo te conozco Erótida. Sé que te llevarás el niño el día que decidas. Pero debes saber hija que siempre le pido a los muertos que no regresen por sus seres queridos, que no se afanen, que tengan calma. Allá donde están ustedes nosotros también llegaremos, tal vez más temprano que tarde.

Perdóname por lo que te voy a decir: nosotros no queremos que te lleves al niño. El mismo día de tu muerte, por encima del cajón dónde estabas metida pasamos el niño de tu cabeza a los pies y del lado izquierdo al derecho, en forma de cruz, para evitar que te lo lleves. Desde el día siguiente, hasta hoy, siempre lleva puesta una prenda de vestir de color rojo y, para asegurar mejor las cosas, todos los días le damos baños con anamú y el cuarto donde duerme lo tenemos rodeado con ramitas de esta mata. A ti nunca te gustó el anamú por la hediondez de su olor pero a veces te encantaba jugar con sus flores verdes.

¿Recuerdas? Yo no digo que el anamú hieda, no hiede Erótida, lo que pasa es que su olor es lo único que puede mantener retirado a los muertos. Y si a los muertos no les gusta debe ser porque es el olor de la vida ¿no te parece?

Hija... Erótida... ¿me oyes? Perdóname hija por todo lo que estamos haciendo para que no te lleves al niño. Con el anamú lo protejo a él pero a ti te mantengo retirada y yo no quiero tenerte tan lejos de mí. Déjame al niño quieto, hija, te lo suplico. Yo estoy vieja, ya no aguanto mucho... por el tiempito que me queda déjame el pelao... fuel lo único que me dejaste porque tu risa también se fue por el anamú... mira Erótida cómo es la vida: ¡tu tumba está rodeada de anamú! y yo no quiero seguir llevando anamú para la casa pero me tienes que prometer que no te llevas al niño, ¿me lo prometes Erótida, hija mía? ¿Sí? ¿Me lo prometes?

SANTO DOMINGO VIDAL

1

Ese medio día de fuego la gente se asustó cuando vio llegar aquel grupo incontable de garzas de distintos colores que taparon el sol, formaron una inmensa cruz en el cielo limpio y luego se marcharon ruidosas haciendo sonar las alas y los picos largos. Enseguida escucharon el llanto de un niño que a todos hizo estremecer sin saber por qué.

¡Había nacido Santo Domingo Vidal!, ese 19 de julio de 1841, en una de las tantas casas rústicas de ese pueblo de río y ciénaga que era entonces Chimá. A pesar de existir versiones que aseguran la falta de progenitores de Santo Domingo porque él es hijo de la ciénaga, lo cierto es que su padre fue un campesino de nombre Gaspar Villadiego y su madre una panadera de nombre Rafaela Vidal, de quien tomó su apellido.

Era mestizo pero se destacaban sus rasgos indígenas.

2

De sus primeros años no se conoce nada. Solo que a la edad de siete una misteriosa y breve enfermedad le paralizó casi todo el cuerpo, dejándolo acostado boca arriba, con las piernas encorvadas, el brazo derecho inmóvil, moviendo apenas dos dedos de la mano izquierda.

Ya adulto alcanzó a medir un metro y cuarenta centímetros. Era delgado, de rostro fileño, cabellos negros con entradas, ojos pardos, boca pequeña, labios delgados y nariz recta. La tradición lo recuerda como un hombre sobrio, sencillo, de buenos modales y hablar pausado, comprensivo, noble, enemigo de las lisonjas y las exageraciones. Leía y meditaba mucho. Devoto creyente de San Emigdio, patrono del pueblo. Sensible y carismático. Vidente. De risa dulce pero enigmática. La soledad de la parálisis le impidió hacer muchas cosas pero le benefició en la capacidad de la reflexión profunda y serena.

Nadie sabe cómo aprendió a leer y escribir. Ni cómo fue que se hizo maestro, pintor y escultor. Por declaraciones de sus últimos alumnos, muertos hace algún tiempo, es sabido que le gustaban mucho las matemáticas y averiguar el por qué de las cosas de la vida. De sus cuadros, pintados en madera, cartón y tela, han sido recuperado dos: San Emigdio y Santa Verónica. Se habla, incluso de un autorretrato que no ha podido hallarse. Algunos suponen que los elaborados en madera los deben conservar familias de pueblos de Córdoba, de Bolívar y del exterior. De su obra como escultor no tenemos todavía ninguna prueba.

Germán Morales, pintor con estudios universitarios y paisano del santo, le encuentra a su pintura un gran parecido con lo que estaba haciendo en Europa por estos mismos años el maestro de arte moderno Paul Klee. Asegura que la calidad, los temas místicos y la expresión del rostro y las manos son aspectos donde coinciden de manera sorprendente.

Las tres últimas décadas del siglo pasado y la primera del actual fue la época grande de Chimá, en especial cuando el río Sinú pasaba por el pueblo. Llegó a convertirse en el pueblo más importante de la zona. El arribo de grandes barquetones y barcos de regular calado era cosa frecuente, lo mismo que la visita de personajes de Cartagena y el exterior. Con muchos de ellos se entrevistó Domingo Vidal: educadores, pintores, sacerdotes, filósofos, bohemios, charlatanes. Las casas de balcones con dos pisos y las mujeres vestidas con la elegancia de las cortesanas, complementaban este cuadro de grandeza y de bonanza, hoy desaparecido del todo.

Mientras el mundo era esto en sus alrededores Domingo Vidal, sujeto de por vida a una cama sencilla, mantenía su cabeza sobre un leño que le servía de almohada, una tabla de cedro colocada sobre el pecho hacía las veces de mesa, escritorio y taller y con dos garabatos de distintos tamaños espantaba las moscas y rascaba las partes del cuerpo.

En vida comenzó a hacer milagros y a recibir la adoración de la gente. Siempre le disgustó que lo llamaran santo, que lo sobaran para alcanzar la paz y la salud y le prendieran velas que lo hacían sudar copiosamente.

Cuando murió el sábado de gloria de 1989, hubo una gran consternación en Chimá y en todos los pueblos de los alrededores. Tres días y tres noches duró la velación, sin sufrir su cuerpo ninguna clase de descomposición. La devoción aumentó produciendo la exasperación de la Iglesia católica, sobre todo de los sacerdotes de Lórica. La incompreensión de este comportamiento, típico de los pueblos de ciénagas con fuerte penetración indígena y el celo exagerado de la iglesia ocasionó desde antes de la muerte de Domingo, agrios y peligrosos enfrentamientos con los creyentes del santo.

Durante muchos años sus restos no encontraron quietud de ninguna clase. Primero los depositaron en una bóveda particular, luego dentro de las paredes del lado sur de la iglesia, más tarde en el suelo dentro de la iglesia, después en casa de Antonio Oliveros, con el paso del tiempo le construyeron una casilla de techo de zinc en la misma plaza y por último una pequeña capilla en una esquina del cementerio. Actualmente lo encontramos en el mismo sitio pero la capilla ha crecido considerablemente en tamaño y belleza.

A pesar de contar Chimá con una de las iglesias más bellas que existe en el departamento, la capilla o casa de Santo Domingo es el lugar por excelencia de la devoción popular, el encuentro alegre, la recreación sana, donde disfrutan la vida que corre feliz por el jardín y en cada risa y cada promesa de los enamorados que en las noches visitan el lugar. Por ser tan dados a la vida los creyentes de Santo Domingo perdonaron ya al padre Lácides Caferino Bersal Rossi de Lórica por cometer contra el santo el acto brutal y bárbaro que nadie haya cometido en Chimá: el despedazamiento que hizo con hachuela y martillo del cadáver intacto el mismo día que lo sacaron de la fosa donde había permanecido por varios años.

5

Los creyentes son incalculables. Los consiguen en cientos de comunidades, pertenecen a todas las edades y condiciones sociales, vienen solos o en romerías, muchos llegan arrodillados, con las carnes destrozadas pero con la conciencia y el alma en absoluto reposo. Siempre lo han hecho así. Desde las primeras ferias que le organizaron en el pueblo, pasando por las fiestas donde exponían y “jugaban” el ganado, hasta llegar a la fiesta de la Candelarita el 2 de marzo, utilizada para hacerle visitas tumultosas. Cada vez que lo visitan para solicitarle o pagarle milagros realizados le llevan flores, velas, dinero, le rezan oraciones y le entregan figuritas de oro o plata donde representan el milagro recibido.

Normalmente el creyente que llega saluda a los que están en el recinto, se dirige al centro donde reposan los restos en una urna de concreto y sobre ella un cuadro pintado por el desaparecido pintor Uliánov Chararca que representa al Santo. Se detiene delante de él, le musita unas oraciones, le toca una parte del cuerpo, deposita el dinero que desea en una alcancía, le enciende velas, entrega las figuritas correspondientes, anota en el libro de registro de visitas su nombre, la petición que desea formularle, lugar de donde vino, fecha y motivo por el que está ahí.

La petición que hace es amigable, dulce, como a un viejo amigo o a un padre comprensivo. Algunos de los que prenden velas las apagan cuando van por la mitad, las llevan para conjurar los malos espíritus y los suestes devastadores. Otros llevan algodón, lo soban y lo guardan para aplacar algunos malestares. Y hay quienes llevan agua en botella para después usar en caso de dolores de cabeza y del estómago.

6

El 2 de enero de 1956 los creyentes y simpatizantes del santo se reunieron para designar la “Junta de canonización de Santo Domingo”. Además de esta función tendrían la de mejorar y embellecer el lugar, recibir e invertir los bienes y dineros obsequiados y acrecentar la devoción y el reconocimiento al santo. Actualmente los miembros de la Junta son

10 personas conocidas ampliamente por la comunidad. Después de un tiempo las figuritas son vendidas a precios razonables según disposición de la Junta.

Los milagros que más le solicitan o pagan son:

- Porque no me vuelva a dar la apretazón que me daba.
- Porque me quites la bolita del cuerpo que me está creciendo.
- Por ser más atento en el estudio.
- Por la venta de la casa.
- Porque nuestros cultivos salgan bien.
- Porque el niño salga bien de la operación.
- Te traje cinco fracciones de la lotería La Sabanera, el número 8589, ¡partimos si gano!
- Te traje un coco y la manotada de arroz por el milagro que me hiciste.
- Te pago 12 manos de maíz, es decir, 60 mazorcas.
- Te felicito por tu cumpleaños, hoy 19 de julio. Para que me mantengas bien de salud y borres mis tristes pensamientos.
- Te traje seis paquetes de velas, te quedo debiendo cinco.
- Porque mi carro marche siempre bien.
- Por ayudarme en ese combate.
- Por vender la finca.
- Por salvarme del paludismo cerebral.
- Por salir bien del parto.
- Porque tuve la niña que deseaba.
- Por haberle expulsado el hueso que tenía atravesado en la garganta
- Porque me cures del flujo que tengo.
- Porque apartes a todo el que me desee mal.
- Porque me protejas en el trabajo fuerte que tengo y de la Policía.

- Cúrame lo más pronto de todos mis males del cuerpo, te dejo una foto mía de recuerdo, la promesa que te hago es traerte un paquete de cigarrillos Kent y dejar de fumar en toda mi vida.
- Por los 31 años que he estado como empleado oficial sin tener ningún tropiezo en mi camino.
- Porque le quites esa postema que le salió a Luis en la nalguita.
- Porque mi tío se encuentre bien en Venezuela.
- Mi corona de matrimonio a cambio de tu bendición toda la vida.
- Porque ganen mis gallos de pelea.
- Porque se reanuden las clases en los colegios este año.

LA VIRGEN BLANCA

Cuando María de los Ángeles Jiménez se acercaba con su burro cargado de leña a la bifurcación del camino próximo a su casa, un presentimiento fugaz le hizo tomar el atajo más largo y dificultoso, obedeció automáticamente, sin detenerse a pensar en aquello.

Luego se inquietó un tanto cuando una fuerza misteriosa le dirigió los pasos y mirada hacia unos arbustos espinosos. Allí, sin mucho esfuerzo, encontró una diminuta imagen de medio centímetro de longitud levantada sobre un pedestal minúsculo con una pila delante de los pies hecha de un material parecido a la porcelana.

El hecho sucedió hace unos 60 años en Purísima, una de las cabeceras municipales del Departamento. Y a María de los Ángeles aquel encuentro no le causó ninguna sorpresa. Simplemente lo tomó, le pareció bonita, más bien curiosa y la guardó sin exageradas precauciones.

Con el correr del tiempo María de los Ángeles y su familia decidieron vivir en Tierralta, corregimiento del municipio de Lorica en el bajo río Sinú. Y un día, por pura casualidad, mientras registraba el fondo de su baúl encontró de nuevo la imagen que ya daba por perdida. Pero descubrió desconcertada que la imagen había crecido y los rasgos finos y hermosos de una virgen se notaban con nitidez.

Enseguida dio aviso a los familiares y antes de pasar una hora el pueblo se concentró en casa a admirar la imagen y comentar lo sucedido. Ahí mismo algunos creyentes le pidieron milagros y le ofrecieron mandas. Otros les encendieron velas. Unas pocas señoras se arrodillaron y rezaron en voz alta. Los incrédulos se hicieron a un lado en busca de explicaciones satisfactorias.

Y antes de salir del asombro general comenzaron a llegar los primeros reconocimientos o pagos por milagros realizados: la que había solicitado curación para un cáncer en los senos le trajo una figurita donde

aparece esta parte del cuerpo; el que había salido bien de la operación de los ojos también le trajo su figurita respectiva; el que encontró su caballo después de buscarlo por todas partes; la que pidió que el hogar no lo desbaratara una “querida” intrusa le regaló una figurita simbolizando una pareja agarrada de manos; el que salvó la cosecha de algodón contra la acción de las plagas; el que le esfumó la espina de pescado que tenía atravesada en la garganta; la que le protegió su lote de gallinas contra la peste loca; el que le pidió le hundiera el ombligo porque lo tenía muy afuera.... En fin, hay más de 200 figuritas hechas en plata representando manos, piernas, dedos, ojos, nariz, pies, garganta, seno, ombligos, gallinas, cerdos, burros, vacas, caballos, algodón, arroz, maíz y parejas.

Hoy nadie duda que esta imagen es milagrosa. Y todos la llaman la Virgen Blanca de Tierralta. Ahora mide tres centímetros y medio. Hace seis años le construyeron una capillita de madera y vidrio que la conservan en casa de los descendientes de María de los Ángeles. En la parte superior de la capilla, en una cinta que la rodea completamente, están sujetas con hilo blanco una buena cantidad de las figuritas de reconocimiento.

La gente del municipio de Lorica y todo el bajo Sinú le organizan procesiones y fiestas en su honor todos los 8 de diciembre. La prestan a pueblos y familias que desean agradecerla o pagarle mandas. Y allí, en Tierralta, juran y rejuran que ellos tienen la virgen más milagrosa y bella que conocen.

EL FLECHADOR DE PESCADOS

En la tarde o en la noche nos poníamos de acuerdo para ir a pescar al día siguiente bien temprano.

Todo quedaba arreglado: quien llevaba el canaleta, quien iba de flechador y la canoa con los aperos necesarios. Cuando hablo de aperos me estoy refiriendo al arco y la flecha. El arco es de guayabo montañero y la flecha la compone una vara de caña flecha y una punta metálica que nosotros llamamos clavo flecha, es decir, una punta principal y cuatro ganchos para que el animal no pueda zafarse. La vara y la flecha las empatamos con puro alambre dulce y la cuerda la sacamos de la penca del higo.

Para mí, salir a flechar pescado significa tener una gran paciencia, buena puntería y, sobre todo, conocer a fondo los movimientos de estos animales. La canoa debe desplazarse por el agua con sumo cuidado, lentamente, pulgada a pulgada, como si apenas le rozase el viento escaso del medio día. Hasta la palabra más silenciosa puede asustar al pescado... hay que hablar entonces con señales.

El pescado a flechar puede estar a la vista, escondido o medio escondido; en todos los casos hay que tratar de cogerlo. A la vista no hay problema porque lo vemos con claridad hasta medio metro debajo del agua. Si está escondido hay que sacarlo... tres golpes dados al agua con la palanca o el arco son suficientes. El pescado se asusta al principio y huye veloz, luego, ante el silencio y la quietud total, por ser loco o ignorante, regresa a ver qué sucedió y allí mismo, en muchos casos, encuentra la muerte.

Nosotros decimos que el pescado está medio escondido cuando mueve las aletas, abre y cierra la boca y las agallas o cuando está comiendo o espabilando. En este último caso es casi imperceptible. Pueden imaginar los movimientos que producen en el agua o en las hierbitas, son tan suaves que los pueden producir el vuelo tranquilo de un ave que se aleja,

una pluma de colibrí cuando cae al agua, el viento mañanero del verano o cuando estalla el botón de una flor cienaguera. Todo esto puede pasar, el flechador que es bueno no se confunde. Distingue con precisión cada movimiento y con base en él imagina el tamaño y la posición en que se encuentra el animal.

Antes daba gusto flechar porque el pescado era grande y lo había en abundancia y hasta era un bonito juego de observación y de inteligencia. Hoy, con peces tan escasos y tan pequeños, da lástima cogerlos con flechas. Por lo menos yo no lo hago. No soy capaz de hacerlo. Y me perdonan si creen que les estoy mintiendo.

EL MANATÍ DESAPARECIÓ DEL TODO

Ese animal no lo vemos hace tiempo por ninguna parte de esta ciénaga Grande. Desapareció del todo dejando apenas el recuerdo en algunos viejos como yo. Y digo algunos porque otros también se fueron para siempre como los manatíes. Y yo y los viejos como yo moriremos pronto y entonces sí, ni manatí, ni recuerdos... nada.

A pesar de mi vista borrosa puedo verlos en el recuerdo. Eran animales grandes: dos metros y medio de largo, un ancho tal que no hubo hombres de brazos largos capaces de rodearle el cuerpo y un peso de trescientos kilos. La cara parecida a la de un cacucho; la boca, la nariz y la cabeza a la de un cacó o chigüiro y los bigotes a los de un bagre. Tiene los ojos chiquitos, el cuero duro, grueso y de color azuloso; dos aletas como si fueran brazos pequeños y la cola es como una pala de canaleta en forma horizontal.

La hembra tiene senos y órganos sexuales como los de una mujer adulta, con la única diferencia que la raja es un poco más larga, no está rodeada de pelitos ensortijados y se le consigue a tres cuartas después de la cola en dirección al vientre. Tal vez por tanto parecido hay quienes creen que menstrúa como cualquier mujer y muchos nunca consumieron su carne. Pero todos estamos de acuerdo que cuando la hembra entra en calor alborota a los machos y a las parejas jóvenes en los pueblos de los alrededores. Cada vez que la luna está para menguar y para venir la hembra entra en calor. Entonces el olor del deseo lo riegan por el agua y el aire y llega a los machos que disputan con furia el derecho de poseerla. Y mientras pelean, la hembra vuelve su vientre a la luz de la luna, iluminándole aquella cosa que de tanto calor parece fuego.

Luego llegaba el macho vencedor con su órgano parecido al de un burro pequeño, se le colocaba encima o lo hacían de lado, sumando a sus ansias de pelea esa otra ansia que parece violenta y desde lejos daba la impresión que se abrazaran con sus aletas como si fueran brazos. En los ranchos cercanos las parejas sintieron el olor, oyeron la algarabía

de la disputa e imaginaron lo que hacían en medio del silencio... casi enseguida interrumpían los oficios, el corazón brincaba sin remedio, la boca quedaba seca y bastaba una mirada, un suspiro o un roce para que siguieran el ejemplo.

Yo también sentí eso cuando joven. Ahora, cuando viejo, me da tristeza que a estos animales no los vuelva a ver. Eran mansos, comían vegetación de ciénaga: oreja de mulo, lama y canutillo en los mismos comederos de siempre. Comían a las siete de la mañana, a las doce del día y a las seis de la tarde. La pareja y su pequeño hijo andaban siempre juntos... y una cosa que siempre me llamó la atención: tosían como vaca.

Lo que me duele hoy es que yo también los maté a punta de arponaos. Bastaba con irnos a los comederos, en los rincones de la ciénaga a esperar que aparecieran echando sus chorros de agua para ir a arponearlos. Con desespero trataban de desprenderse de aquello que les impedía huir. Después los hostigábamos hasta cansarlos y traerlos a la canoa donde le apretujábamos los hoyos de la nariz con hierbas para poder ahogarlos. Luego los amarrábamos a la embarcación y lo llevábamos a tierra.

Allí lo esperaban hombres expertos en descuartizarlos, capaces de sacarles los grandes bollos de manteca que tienen por la cola y separar las tres clases de carne que poseen: de manatí, de ganado y de cerdo. La manteca es blanquísima, la vendían por lata y sirve para quehaceres domésticos y quemaduras. Pero todo acabó. Y yo todavía no entiendo para qué me pongo a recordar estas cosas si mi alma no aguanta con más tristezas.

EL ARPONEADOR DE SÁBALOS

Yo pensé que a estas alturas de la vida nadie estaba interesado en mis recuerdos y nostalgias y resulta que ahora vienes tú a decirme que te cuente cómo cogíamos nosotros los grandes sábalos que ya hace tiempo desaparecieron de la Ciénaga Grande. Y en el fondo te lo agradezco porque los recuerdos alientan un poco la existencia monótona que llevamos los viejos.

Te cuento entonces que los grandes sábalos los cogíamos con arpón, los arponeábamos y todo arpón se componía de punta, vara y boya. Los sábalos eran de dos y dos metros y medio de largo con un peso aproximado de cien libras cada uno. Aquí en la zona hubo arponeadores famosos. Los primeros fueron Manuel y Cirilo Guzmán, Idelfonso Correa y Juan Hernández, después vinieron Francisco Miguel y Juan Berrocal, Prisciliano Correa, José Felipe Llorente y yo, Juan de Dios Berrocal Lagares.

Cuando el sábalo salía en la mañana, entre las siete y las diez, lo hacía tranquilo, descansado, bonito. Los saltos eran ágiles, esplendorosos, rápidos... tardaban el tiempo exacto que necesitaban para respirar. Luego repetían la operación y así indefinidamente todos los días. Estas eran las mejores horas para arponearlos porque después de diez en adelante se dedicaban a comer. Perseguían los peces que les servían de alimento moviéndose nerviosos, resollaban maluco y las aletas del lomo parecían un cuchillo cortando el agua.

Nosotros los arponeadores conocíamos sus mañas y costumbres. Desde lejos los divisábamos por sus saltos briosos. El del canaete dirigía hacia ellos la canoa y el arponero iba listo a disparar en cualquier momento y posición. De pronto escuchábamos algo que salía raudo del agua en cualquiera parte: los ojos, la imaginación y el instinto alcanzaban a verlo, mediamos el salto, disparábamos el arpón y empezando a hundirse el animal ya lo llevaba clavado en sus carnes blandas y blancas. La vara se desprendía, desenredaba la pita o el cordel que iba enrollado en la boya al tiempo que el animal trataba por todos los medios de zafarse el hierro

filoso que le maltrataba la vida. Daba unos vuelcos furiosos o se hundía profundo buscando la calma pero la presión de la boya lo jalaba hacia arriba. Con la canoa lo seguíamos sin prisa, esperando el agotamiento o la muerte. Todo dependía de la fortaleza del animal o lo certero del arponazo. Cuando lo recogíamos y no estaba muerto del todo le arrancábamos el corazón. Los arponazos más precisos son en el lomo y en la barriga. Más en la barriga porque se llena de agua y muere más rápido.

Otra cosa: el sábalo por tener la carne blanda no se le debe jalar la boya en sus movimientos de agonía porque puede desprenderse la parte donde penetró el arpón. Hubo hombres que cogieron sábalos con anzuelos que parecían anclas pero era muy peligroso. Algunos murieron porque el animal, sintiéndose cogido, se tiraba de lleno contra el pescador, lo golpeaba y hubo casos en que ambos perecieron.

ELIDA

La gente de El Cerrito, ese pueblo de ciénaga que todavía visito inexplicablemente se enteró primero que yo que Elida fue familia mía. Y esto bastó para que ocultaran la verdad todas las veces que fui donde cada uno de ellos, parientes o no, a pedirle que me hablaran de ella puesto que estaba decidido a averiguar tantas cosas disparatadas que decían.

Confieso que me costó trabajo pero al final logré conocer, pedacito a pedacito, la historia completa de su vida. Después, cuando se las conté y les reclamé su poca colaboración simplemente dijeron ahora entenderás por qué no hablamos, tener una mujer así en la familia es peor que todos los pesares y desdichas juntas.

Eso dijeron. No más, cualquier palabra o gesto de ahí para adelante sobraba. Elida, fallecida veinte años atrás, seguía siendo la más grande vergüenza de una familia de pioneros y de este pueblo de remotos pescadores y cosechadores de arroz que se resistían a ser piadosos con el paso del tiempo y la pobreza.

Solo el viejo Silvestre Enamorado, sin mucho esfuerzo de su memoria y condolido tal vez por mí preguntadera me llamó una tarde para contarme la historia hecha y derecha: Elida pintó desde chiquita que iba a ser endiabladamente bella. La recuerdo cuando correteaba feliz por el pasto suavcito de los playones o entretenida jugando con las aguas grisosas de la ciénaga. Tenía una chispa de luz en los ojos y una cosa como canto de pájaro en la risa que a nosotros, ya unos hombres de mundo, nos entraron serias sospechas del camino torcido que le tocaría recorrer a esa muchacha.

Y dicho y hecho así sucedió: no había pasado mucho tiempo cuando empezaron a oírse los primeros cuentos de las pérdidas frecuentes de Elida con muchachos de su edad en las espesuras del monte o en esos montones de oscuridad que hace la noche. Después, fue cosa de todos

los días y no solo con muchachos. A los hombres maduros también les dio por perseguirla sin descanso. Y al final, a nadie le extrañó que al pueblo llegaran hombres de todas las clases y edades preguntando dónde vive Elida por aquí.

El pueblo terminó acostumbrándose a oír a cualquier hora del día o de la noche aquella risa de Elida que no tenía con qué compararse, a verla salir de cualquier matorral con el pelo revuelto, lleno de flores de chenque y pajitas de nido y las manos repletas de jacintos y lirios cienagueros. Una vida así como la que llevaba Elida es muy propensa a los problemas. Siempre hay mujeres resentidas y hombres despechados que inventan cuentos o exageran otros. Y de ella siempre se habló y habla todavía.

Pero hubo un cuento terrible que hizo que Elida muriera joven, antes de tiempo. Una mujer con quien tenía pleitos permanentes, en una de las acostumbradas riñas que sostenían le gritó en plena calle y a todo pulmón: ¡Qué tanto hablas Elida, si a ti las ganas no se te quitan y como ya no hay hombres suficiente, estás haciéndolo con tu papá! Enseguida se tiró al suelo con los brazos en alto como si estuviera suplicando y la remató diciéndole: ¡Ruego a Dios, para castigo tuyo y el de todas las mujeres como tú, nacidas y por nacer, que relinches como mula el día de tu muerte!

Lo que siguió después fue para no creerse. Una rara enfermedad se apoderó de Elida. No hubo médico de escuela, ni santiguadora, ni curioso, ni curandero que llegara con su ciencia donde estaba el mal. Aquello no tenía cura. Fue una enfermedad larga y mala. Y no sé por qué cuando todos los del pueblo sentimos el aroma de la flor del amor esa mañana de verano estuvimos seguros que Elida moriría ese día. Ya en la tarde no hubo ninguna duda porque el yacabó, ese pájaro de presagios malignos, no dejó de cantar un instante en la cerca de un patio vecino.

Pero el susto se nos empezó a meter en el alma a la hora del encierro, cuando el ganado dejó a un lado el camino de los corrales y precipitó asustado por las calles del pueblo. Era un bramido de ruego y de espanto lo que salía de aquellos animales enloquecidos que hubo necesidad de

llevarlos hasta la plaza y buscar a la señora Benita para que los apaciguara con dulces cantos de vaquería.

En el cuarto donde Elida agonizaba, los familiares y amigos no sabían qué hacer con tantos murciélagos despavoridos ni cómo mantener en su sitio las llamas que abandonaban por momentos las mechas de los mechones ni cómo aplacarle ese hipo que le salía del corazón. Así estuvo largo rato. Pero fue justo a la media noche, al momento de morir Elida, que todos en el pueblo oímos el relincho de una mula.

EL CURANDERO DE MORDEDURAS DE CULEBRAS

El hombre que nace con la inclinación de curar las mordeduras de culebras pinta desde chiquito por la manera estafalaria como vive la vida. Parece que no le importara el mundo. Su apariencia es la misma en todas partes: anda siempre con ropa sucia y vieja, abarcas y una mochila llena de plantas y botellas de ron y de “compuestos”. Casi nunca deja de fumar tabacos bastos. La dentadura amarillenta, la mirada recelosa y poco hablador de su oficio cada vez más extraño y pernicioso.

Los curanderos afamados comienzan desde pequeños a estudiar y practicar bajo las orientaciones de verdaderos veteranos. Deben conocer en los detalles más insignificantes de la vida, las costumbres y la carga mortal de los venenos, en especial de culebras peligrosas como la mapaná, guamera, prieta, rabo biche, barba amarilla, blanca, comején y rayo.

También deben distinguir con precisión las plantas claves para preparar compuestos como guanabanito, guayo, zorro, valdivia, crucero y muchas más. Saber preparar la miel que suelta la hoja del maguey después de cocida y ser muy hábil para sacar y limpiar la hiel de las culebras grandes. Esta hiel con alcohol la debe tragar el mordido para poder empezar a sentir alguna mejoría por donde va pasando esa clase de candela que es el veneno.

Estos conocimientos los enriquecen cada vez más con la búsqueda, recolección y preparación de plantas conocidas o por conocer y la atención de los mordidos, puesto que cada víctima de las culebras es un caso particular que depende de las condiciones del animal y de la persona.

Lo que les cuento no siempre ha sido así. Antes, cuando el curandero sabía todo esto y aspiraba dominar los secretos más sorprendentes y extravagantes del oficio, tenía que pasar por pruebas difíciles, casi imposibles de superar. Lo primero era marchar a la Villa de Ayapel, la flor y nata de la brujería por estos contornos. Ya preparado cogía rumbo al Chocó y

más tarde a la Sierra Nevada de Santa Marta. La permanencia en estos lugares eran etapas de adiestramiento para la prueba definitiva: ¡Tocar, sin mover ninguna, el nido de avispas que tenía el diablo por barba en las cuevas de Salamanca!

Ya sabía morir y resucitar, matar y “asegurar”, amarrar y soltar brujas, manejar a su antojo los animes, los niños en cruz y los mojanos, comer toda clase de culebras por venenosas que fueran... en fin, se creía capaz de salir airoso pero el solo hecho de encontrarse cara a cara con el maligno era ya motivo de preocupación y temor.

Muchos fracasaban y no volvían. Otros, más tercos y resueltos a todo, se quedaban por un tiempo en las cuevas hasta que lograban tocar el avispero sin que ninguna se moviera.

Pasada la prueba grande el curandero regresaba a su pueblo. Y ya no solo curaba mordeduras de culebras, atendía hombres y mujeres con llagas, ceguera, brotes en el cuerpo, empautos y todo lo que tiene que ver con brujería en general. Algunos llegaron a poseer varias casas en distintos lugares donde concentraban a los pacientes hasta su curación definitiva y con garantía.

Todavía hoy los curanderos saben bastante pero no tanto como los de antes. Y es una lástima carajo que hasta esta clase de gente se vaya para no volver jamás... jamás.

CAPÍTULO 3

1994-1999



TU DESEO ESTÁ CUMPLIDO

Viejo Negrete... hace cuatro años te sepultamos y ahora veo cómo rompen la bóveda, bajan el ataúd y lo abren con cuidado... y ahí estas tu otra vez, entero pero convertido en huesos. La mortaja llena de máculas por el tiempo y el silencio, me deja ver apenas tu cráneo sin miradas ni sonrisas, con unas motas doradas en reemplazo de tu abundante y níveo pelo; las manos abiertas pero desarticuladas, imposibilitadas para agarrar ninguna ilusión por pequeña que sea y los pies desmoronados, sin planta para afianzarse y tomar impulso para llegar a cualquier lugar.

Este eres tú viejo Negrete después de cuatro años sin vida, alejado de nosotros... confiado que estabas bien porque a todos los que te visitábamos nos decías eso, que estabas bien, preocupado por nosotros tus hijos y la vieja Sara, tu mujer y nuestra madre. Pero enterado de todo te tranquilizabas y hablábamos entonces de los nietos y bisnietos que no conocías, de las matas con flores que dejaste en el patio, de tus prisas y enojos que solo calmabas viendo la belleza del río y las mujeres.

Tú, viejo Negrete, aunque no conociste padre porque los abandonó temprano, fuiste feliz con tu madre y dos hermanos por un tiempo corto porque uno tras otro marcharon adelante. Tú me dijiste que cuando murió ella, ustedes los hermanos acordaron que al final de las vidas los restos de todos estarían en el mismo sepulcro. Por esta razón la urna que mandaron a hacer es espaciosa y cómoda para todos.

Luego murió Eliecer, el hermano querido, humilde y buen mozo como un santo. Domingo, el otro, fue un andariego empedernido, polémico, ilustrado, orgulloso... murió solo, lejos de la tierra y del único hermano que tenía: tú, viejo Negrete, que hablabas con él en los sueños y con frecuencia le rogaste que viniera a morir junto a ti pero no te hizo caso, te engañó con el cuento que estaba mejor cuando en verdad estaba muriéndose. Lo supiste el mismo día, durante el breve sueño de la siesta cuando apareció para despedirse y recordarte la promesa. Después de

muchas pesquisas localizaste su tumba en un cementerio de Medellín y así pudimos recuperar sus huesos y depositarlos en la urna familiar.

Ya solo, sin ellos, tus visitas al cementerio todos los domingos fueron más prolongadas y con frecuencia noté las ganas de hacerles compañía. Muchísimas veces lo dijiste, no sólo a nosotros, también a amigos y al propio sepulturero, que tus huesos llegarían al mismo sitio donde están los de tu gente. Y ahora lo acabamos de hacer viejo Negrete. Terminamos de echar tus huesos junto a los de tu madre y tus hermanos.

Sentí en el corazón una muda alegría porque al fin cumplimos tu deseo. Imaginé tu regocijo al sentir el contacto con los restos de tu madre después de cincuenta años de ausencia y la emoción de tus hermanos dándote la bienvenida, dispuestos a estar juntos, ahora sí para siempre. Aunque nos haces falta, estamos contentos porque de nuevo los Negrete Pineda volvieron a encontrarse.

PISA LA RAYA

No hay pueblo de la Costa que se respete que no tenga o haya tenido un afamado grupo de vagos, ociosos y malandros. Los hay o los hubo integrado por jóvenes y adultos, aunque los viejos también han tenido participación.

En un momento de la historia de estos grupos, cansados de fechorías y picardías, decidieron divertirse organizando peleas y concursos con animales. Así, cada fin de semana o día feriado montaban espectáculos en la plaza pública donde, con árbitros traídos de otras partes y música de pitos enfrentaban burros mejor dotados, las gallinas más cacareadoras, las ranas más saltonas, las burras más morisqueteras después de orinar, las parejas de perros que más tardaban en despegarse, los pericos más comedores de mamón, los gallos más rápidos con las espuelas y los polvos, las marranas más chillonas, los pavos más tragadores de maíz, los perros más carniceros, los gatos más sanguinarios, los pájaros de cantos más prolongados y los pollos más comedores de cucarachas entre un centenar de números que variaban todas las semanas.

El éxito fue tal que convocaron otro tipo de concurso: el que orinara más rápido y más lejos, el de la cagada más grande, el del pedo más largo y hediondo, el del eructo más estruendoso y el del moco más amarillo. La concurrencia exigía novedades, los participantes se esforzaban cada vez más y los organizadores no dejaban de buscar nuevos y llamativos eventos. Hasta que uno de ellos propuso poner a pelear niños. De inmediato montaron la estrategia: el censo de niños del pueblo por grupo de edades, las rivalidades entre los niños y sus familiares y la disposición psicológica a la querrela. De esta manera seleccionaron los grupos de contendores.

El siguiente paso consistió en preparar las condiciones para generar las disputas. Acordaron al final emplear varios métodos. Los más eficaces fueron: inventar o exagerar chismes, haciendo correr comentarios y opiniones directas y certeras que dejaban entre dicho la personalidad y

orgullo del niño o de cualquiera de sus familiares. Azuzar acciones ofensivas como el coger la barba, las nalgas y el jopo o culo. Empujar con las manos y el pecho. Mentar la madre o la madrina o desbaratar con los pies cualquier signo trazado en el suelo en representación de ellas. Pisar la raya dibujada en medio de los contrincantes como acto de poder en dominio ajeno.

Todo fue tan bien calculado que las peleas sucedían a cualquier hora y en cualquier lugar. Lograron convencer a la comunidad que las riñas de esta clase era la mejor manera de demostrar quién poseía la verdad y la razón. Niño que no peleara quedaba estigmatizado para el resto de los días y era objeto de burlas y discriminación permanente. Esta situación obligó a los niños, atosigados por los adultos, a aprender a pelear, a asumir conductas de pendenciero y acudir, a veces, a oficios de brujos para que le rezaran las manos y así, hacerlas demoledoras en el golpe.

Mientras los niños se lastimaban y las familias y espectadores pedían más y más acción, a un lado los vagos, ociosos y malandros preparaban los próximos combates.

EL AGUA DE COCO

Cuando los primeros hombres vieron el árbol del coco quedaron sorprendidos. No entendían cómo siendo tan delgado, alto y frágil podía soportar la fuerza increíble de los ventarrones locos que arrancaban de raíz bosques enteros y los hacían volar como pelusas ni por qué conservaba el verdor luminoso en medio de los calores veraneros y el desierto. Lo creyeron fuerte y soberbio.

Admiraron el penacho de palmeras inquietas y los racimos compactos como adornos de un rey invencible que no se puede ver de frente y para contemplar su rostro de Dios hay que levantar la vista al cielo. Lo creyeron bueno y juguetón.

Solo entonces decidieron conocer el fruto. Ninguna de las aves a las que acudieron pudo desprenderlo con el pico; solo el mono después de grandes esfuerzos logró echar el primero a tierra, biche todavía. Lo tocaron y manosearon largo rato y jugaron con él hasta que un niño gritó que guardaba algo en su interior. Silenciosos y apenados lo tomaron y acercaron al oído... nada escuchaban al principio... pedían más silencio... nada... pero apenas lo movían con cuidado escuchaban un tierno rumor de algo que no sabían qué era.

Después de mucho discutir acordaron abrirlo. Con cuñas de palos y hachuelas de piedra hendieron y despedazaron la concha o envoltura gruesa y fibrosa y ante los ojos maravillados apareció el coco propiamente dicho, pelado de forma ovalada y cáscara dura de color blancuzco que ennegrece con el tiempo, lo acariciaron... le fueron quitando uno a uno los residuos de fibra que todavía le quedaron y el rumor de algo que no sabían qué era se hizo evidente. La ansiedad no pudo más. Un golpe seco lo hizo estallar en mil pedazos y una lluvia de gotas tenues salpicó sus rostros y las bocas abiertas. Algunos temerosos, sintieron la gota y con cuidado la probaron una y otra vez la relamieron. Nada de lo que habían comido y tomado tenía parecido. Plenos de gozo celebraron el descubrimiento del líquido opalescente más sabroso de todos, el agua

de coco. Y alrededor del árbol del cielo cantaron y danzaron durante varios días ahítos con el olor, el aroma y el sabor del agua mágica de su fruto sagrado.

El hombre, sobre todo el actual, no ha resistido la tentación y busca y ensaya con insistencia fórmulas para hacerla artificialmente. Y lo más que ha logrado es el suero Pedialite y el refresco Gatorade en cuanto algunas sales minerales.

EL OJO DE PESCADO

Cinco días fueron suficientes para que los moradores del vecindario sintieran brotar sin dolor alguno y en distintas partes del cuerpo unas carnosidades parecidas a tetillas de machos.

Al principio no hubo preocupación, les pareció simpático y pronto fue motivo de juego entre niños que disfrutaban largas horas pintándolas con colores resplandecientes. Pero con el paso del tiempo y en vista que no desaparecían sino que aumentaban de tamaño y reproducían, la inquietud empezó a molestarlos. Entonces los jefes de familia convocaron una reunión para tomar determinaciones.

Todos hablaron: los que habían visitado otros lugares dijeron que eran mezquinos, los más silvestres prefirieron el nombre de verruga y los más imaginativos los llamaron ojo de pescao. Los andariegos aseguraron que era producto de la suciedad de la sangre o cierta propensión a la sífilis, mientras los místicos clamaban con tono airado que era el principio de un castigo mayor por tanto vicio y libertinaje.

Solo las ancianas, libres de esos pecados, preguntaron con humildad ¿qué debemos hacer para quitarlos si los tenemos alrededor o debajo de las uñas, en las palmas de las manos o las plantas de los pies, en los labios, codos y rodillas? ¿Significa algo que tengan esas formas medio redondas o alargadas y que sean lisos o rugosos?

¡Yo sé cómo! dijeron muchos y hubo necesidad de imponer orden para que pudieran hablar. De esta forma empezaron a explicar que con cerdas de crin de caballo brioso sujetan el ojo de pescado por el pegue y apretándolo poco a poco o de un solo tirón lo estrangulan y hacen saltar sin contemplación alguna. Coge granos de sal de ganado y arrójalos al fogón encendido, el estallido que produce es señal curativa. La leche es la mejor solución: puede ser de papaya, del plátano llamado papoche, cuatro filos o mafufu o del cactus conocido con el nombre de mariapalito, mezclado con sal. Mi abuelo me enseñó cosas más prácticas y segu-

ras: la pomada de indio, los rezos de brujo o los remedios de curiosos, son precisos y rápidos. No creo en fórmulas de avivatos y parlanchines porque en nuestro cuerpo están las contras de los males: les recomiendo que al momento de despertar en la mañana, aún en la cama, mojen el dedo índice con saliva y frótenla en el mezquino; también pueden utilizar la orina, sobre todo de la primera en la mañana o de la última antes de acostarse. En mi casa acostumbramos a amarrarlos con hilos resistentes desde que principian a salir de tal manera que a medida que crecen se parten solos.

Oigan todos, yo conozco dos maneras que no fallan nunca: cortarlos en rebanadas con un cuchillo desinfectado o atravesarlos en cruz con espinas de naranjo. Déjense de curaciones bárbaras y estrambóticas, ya es fácil desaparecer esas verrugas con nitrato de plata, yodo, jarabe de rábano yodado o ácido de batería. Por último habló el más viejo, saben una cosa: yo me libro del ojo de pescado con la sugestión, estoy convencido que estos ben a falta de fuerza en el cuerpo y de voluntad en la mente, lo demás es como los nidos de pájaros: mierda y paja.

EL SECRETO DE LOS DIENTES DE LECHE

Era todavía niño cuando me contaron por primera vez que el estado de la dentadura definitiva de las personas depende de lo que hagamos con los dientes de leche recién arrancados. Es todo un ritual que debes aprender, me dijeron; sin embargo no accedí porque estaba indeciso, parecía interesante pero difícil de creer.

Después lo olvidé y solo cuando llegó mi primera hija y empezó a rascarle la encía, señal inequívoca de la pronta aparición de los dientes, recordé el viejo suceso y me impuse la tarea de indagar sobre aquello que entonces rechacé.

Los odontólogos me informaron que normalmente los dientes de leche empiezan a brotar a los seis meses y a los seis años son reemplazados. Mis amigos fueron más explícitos al recordar que cuando los primeros dientes principian a perder nutrientes y quedar sin raíces se debilitan y aflojan. Los niños notan el vaivén y proceden. Los decididos se afanan por moverlos de un lado a otro con ritmo y rapidez hasta que los hacen saltar de los alveolos. Los miedosos, en cambio, avisan alarmados a los padres y en medio de un llanto inagotable no permiten que nadie se aproxime con intención de ayudarles.

Los padres, preocupados, se ven obligados a inventar tretas, juegos, embustes increíbles o, en últimas, si todas las anteriores fracasan, a hacer uso de la fuerza y con procedimientos de domador de tigres le desprenden la pequeña y resbalosa pieza, ayudados con algodón, pañuelos o un pedazo de hilo resistente.

Hay padres, debemos reconocerlo, que no han vivido este suceso doméstico, familiarmente íntimo y han optado por una simple y fría visita al consultorio odontológico. De esta manera va quedando atrás este acontecimiento familiar que conmociona a toda la casa por la preocupación, el llanto, la rabia, el dolor y finalmente la alegría profunda que causa cuando el hijo o la hija muestra con orgullo el causante de semejante agitación.

Ya con el diente en la mano, indistintamente puede ser incisivo, canino o molar, suceden los siguientes casos de acuerdo con la sensibilidad, creencia o formación de los parientes más cercanos:

1. El padre en presencia de todos, con tono solemne y generoso lo entrega al hijo y le dice: ve al patio, arrójalo al techo y pronuncia estas palabras:

Ratoncito, aquí le tiro este dientecito para que me
hagas uno más fuerte y bonito.

Pero debes tener presente que el ratoncito necesita de tu ayuda. Sin ti, el no puede hacer mucho. El niño, si lo hace con sinceridad, adquiere el compromiso sagrado de cuidar sus dientes.

2. El padre, la madre o el dentista hace entrega al hijo o al paciente de la pieza extraída y le sugiere que al momento de dormir en la noche la deposite debajo de la almohada con esta petición:

Ratoncito, te dejo este dientecito para que me regales una monedita.

En efecto al día siguiente obtiene la moneda y no es extraño que el dientecito aparezca después engastado en oro y plata haciendo parte de collares, aretes o pulseras. El niño adquiere la creencia que no solo es importante cuidar y prevenir los daños en la dentadura, sino curarla cuando haya necesidad.

3. El padre, la madre o el dentista que lo consideran una parte inútil, sin valor ni significado de ninguna clase, por lo regular lo arrojan en las canecas de la basura o los abandonan en cualquier parte.

El cuidado o no de la dentadura de estos niños depende exclusivamente de ellos y los parientes. El Ratoncito de los casos anteriores es útil en la medida que refuerza esta responsabilidad.

VOY DESENTERRAR MI OMBLIGO

Decía mi viejo que los hombres tienen consignados sus destinos en las posiciones de los astros, en los surcos de las manos y en las cicatrices de los ombligos. Por fortuna, agregaba, muy pocos saben interpretarlos, de lo contrario la mayoría enloquecería de tristeza o alegría cuando se enterara anticipadamente de todo cuanto le tocaría sufrir o gozar en la vida.

Me contó, además, que hubo brujos en el Sinú que aprendieron a hacerles trampas al destino, al modificar a sus antojos los caminos de la vida de los hombres. Pero estos brujos recibieron la amenaza maligna de no contar a nadie los secretos y hoy lo que sabemos, aunque importante, es insuficiente.

Del ombligo cuentan, por ejemplo, que una vez desprendida la última porción del cordón umbilical los padres la guardaban y entregaban al hijo o a la hija con capacidad de decisión acompañada de las siguientes instrucciones:

Si quieres ser navegante arrójalas al mar o al río; si anhelas la libertad de los pájaros lánzalas al viento con los ojos cerrados; si buscas la sensibilidad del arte, ofrécela al arcoíris después de la lluvia; si te entusiasma la creación de las cosas, llévala a un campo fértil; si deseas obtener el coraje y humildad de los sabios y justos, consérvala en tu mano sin hablar una noche de invierno; si aspiras a ser amada siempre déjala caer en un jardín florecido; si ansías ser viajero incansable y regresar a morir donde naciste, entérrala superficialmente o profundamente en caso de pretender permanecer en el pueblo la mayor parte de tu vida.

A mí me sucedió algo muy particular: mi padre, recién nacido yo, tomó la decisión de enterrar mi ombligo superficialmente, pues quiso que uno de los hijos, yo, viajara mucho, conociera países y de vez en cuando en mis retornos periódicos, los encantara con relatos inverosímiles de

mundos increíbles. Pero hubo una falla o tal vez el mismo destino se opuso a que alguien cambiara mi rumbo.

Me enteré después que cuando mi padre retiró las hojas secas y abrió la arcilla fresca con sus dedos, depositó con cuidado mi ombligo envuelto en cuero reseco de guatínaja y lo cubrió con ternura, no se percató que una pequeña semilla estaba mezclada con la tierra pródiga del patio. El resultado es un monumental árbol de mango de paloma que, con sus raíces, enterró profundamente mi ombligo.

Lo cierto es que a pesar de mis viajes y espíritu andariego, muchos de los que me conocen aseguran que quiero tanto a Montería y a Córdoba que no soy capaz de vivir, amar, escribir, conocer e investigar en otras partes de la Costa colombiana. Esta opinión es verdad a medias. Nadie desconoce cuánto quiero a estos pueblos pero estoy seguro que puedo vivir y trabajar fuera de ellos. Y justamente por esta razón desde hace dos años estoy tratando de encontrar mi ombligo, revisando con cuidado las raíces y tierra donde está sembrado el palo de mango.

Apenas lo encuentre me lo llevaré conmigo porque no sé si regresaré.

EL DESCONCIERTO DE LOS PECES

Al momento de desviar el cauce del río Sinú para poder continuar con las obras civiles que demanda la construcción de la hidroeléctrica de Urrá la expectativa fue enorme.

Conscientes o inconscientemente todos sabíamos que a partir de ese instante la suerte del río, como la de nosotros los cordobeses, estaba echada para bien o para mal.

La lucha contra las aguas para atajarla y conducir las a través de los túneles produjo asombro en los moradores y trabajadores, satisfacción en los técnicos e ingenieros y risas en los burócratas y administradores. Todos miraron maravillados cuando el agua, ya dócil, penetró por las bocas y salió con fuerza seiscientos metros después, en una especie de reencuentro con el cauce de siempre.

Como es obvio no faltaron las declaraciones de todo está bajo control y las cosas están saliendo como fueron planeadas. Sin embargo esto no es cierto. Bastó llegar al lugar y echar un vistazo rápido a los túneles de salida. Allí, amontonados, desconcertados, impotentes y sin saber qué hacer ni qué camino coger, miles de peces de todos los tamaños, incrédulos, no entendían qué había pasado con el río de corriente tranquila ni por qué ni quienes lo habían metido en tubos estrechos y oscuros que les impedían su viaje ritual hacia arriba en busca de la reproducción para poder perpetuarse.

Fuera de no poder hacerlo, les causaba pavor aventurarse por esa extraña galería subterránea. Y allí estaban casi enloquecidos, mostrando sin ningún temor el lomo delgado y flexible como una lámina y las escamas relucientes al contacto con la luz. Nadaban desesperados como presintiendo un peligro inminente, se lanzaban al fondo y decepcionados salían de nuevo a la superficie. Y otra vez lo mismo, el paso bloqueado, el instinto de vida tratando de encontrar una salida inexistente.

Ante este sacrificio las explicaciones me parecieron irresponsables, elementales y bárbaras. El biólogo dijo con la frialdad de la academia que no sabían qué hacer, ignoraban el comportamiento de estos peces, no conocían si tenían cualidades para vencer la presión que trae el agua a la salida ni qué podían experimentar al movilizarse por entre los túneles.

¡Una improvisación total a pesar de ser, según dicen el proyecto más estudiado del mundo! Luego afirmó con mentalidad bancaria que, mediante el empleo de algunas técnicas podrían transferirlos al otro lado de los túneles pero resultaban muy costosas.

Ya para terminar aseguró que estaba en proceso de estudio lo sucedido y no debíamos preocuparnos porque los peces eran pequeños e inmaduros. Este solo hecho pone de manifiesto que el proyecto adolece de debilidades en la parte biológica y ambiental. Los estudios sobre emigración al parecer no fueron suficientes, los expertos desconocen la verdadera población de peces y no presentan soluciones inmediatas a emergencias como estas.

¿Qué alternativa ofrecen nuestros hombres de ciencia a la creciente población que va a seguir llegando al lugar sin poder continuar a cumplir su ciclo vital? Que no nos vengan con consuelos de bobos a asegurar que está previsto para el futuro tratar de conseguir que algunas quebradas del área sean reconocidas como santuarios de fauna y flora y cosas por el estilo. Lo cierto es que no hay nadie que esté siquiera moviendo la idea y mucho menos preparando proyectos y haciendo gestiones.

Empiezo a preocuparme de veras por lo que vi y oí. Estoy seguro que a medida que nos sigamos enterando de los otros programas, vamos a tener sorpresas desesperanzadoras. Y lo digo con toda seguridad porque cuando pregunté al geólogo y el biólogo, nuestros guías en la visita, si ellos como cordobeses qué pensaban del proyecto, el primero calló y el segundo juró que todo estaba estudiado.

LA CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO

Asistí, hace poco a la celebración de un matrimonio civil. Además del parentesco con uno de los cónyuges, tenía la curiosidad por saber cómo son estos acontecimientos.

Minutos antes tuve la oportunidad de hablar con la juez encargada de la ceremonia: joven, alegre, bonita e imaginé algo especial. Estuve atento a todo y creo que este tipo de actos para bien de la ley, los desposados, familiares y amigos pueden mejorarse notablemente.

De manera didáctica le repitió a los contrayentes y de ñapa les informó a los asistentes todos los pasos que hubo necesidad de adelantar para lograr los requisitos exigidos. Habló de los compromisos morales, éticos y económicos que adquirirían a partir de ese momento. A estos últimos les dedicó mucho tiempo, confundiendo a veces el matrimonio con una empresa de bienes y capital que debe mantenerse el mayor tiempo posible.

Por ninguna parte oí la referencia poética y el vocabulario romántico ni vi los símbolos tan comunes en estos sucesos. Fue un episodio seco, sin gracia. Yo, tan sensible a todo hecho humano, no sentí ninguna emoción. Por poco le doy a conocer mis opiniones pero mi hermana me contuvo disgustada.

Ya casados intervino la hermana de la nueva esposa y exclamó que su familia también es católica y leyó el pasaje de una epístola donde afirma que la mujer le debe sumisión al marido. Quedé sorprendido. De parejas mercantilizadas por el matrimonio civil pasamos, en cuestión de segundos a sociedades atrasadas, donde uno de los miembros tiene derecho a subordinar el otro sin mayores fórmulas de juicio.

Me sentí en medio de dos ceremonias imperfectas: la una, carente de romanticismo y simbología; la otra muy apegada a la tradición. Es indispensable mejorar lo existente o crear una nueva versión de unión entre

parejas sin importar el tipo de matrimonio. Me interesa el rito, la celebración.

Yo, por ejemplo, propongo lo siguiente: enfrente a una fuente de agua, que bien puede ser el mar, el río, la ciénaga o la quebrada formaría un gran círculo de flores y en su interior, descalzos y sentados, los invitados cogidos de las manos. Los enamorados mirando al agua y en medio de ellos un anciano o una anciana que con voz tierna contaría todo lo que es el amor valiéndose de anécdotas y parábolas.

En un momento les miraría a los ojos y les pediría ser límpidos como el cielo y creativos como el líquido vital. Se levantaría con ellos tomándolos de las manos, ofrecería la unión a la vida y el amor y los entregaría a un par de adolescentes: la niña con un clavel rojo y el muchacho con un clavel blanco. Y los cuatro tomados por la cintura, en los extremos los acompañantes, se meterían en el agua hasta la altura del pecho. Los jóvenes tomándolos por los hombros los hundirían simultáneamente y cuando aparecieran les entregarían los claveles. Ellos los unirían y mirando a los invitados y luego al firmamento los depositarían en el agua. Los observarían un momento, se buscarían las miradas y darían un beso profundo y prolongado.

De regreso a la orilla estallaría la música y todos con collares y guirnaldas de flores bailarían dentro del círculo oloroso. Y ya en el éxtasis, ebrio de dicha, confundirían los cuerpos en un abrazo nupcial parecido al acto mismo de hacer el amor.

LOS PÁLPITOS DEL CORAZÓN

Son inevitables. Aparecen a cualquier hora y en cualquier lugar. Los hay de esperanza o satisfacción y de temor o dolor. Algunos creen que las mujeres los sienten más que los hombres; que empiezan a aparecer con la mayoría de edad, aumentan progresivamente con los años y luego decaen hasta llegar a desaparecer casi del todo durante la vejez.

Hay quienes opinan que estos presentimientos son expresiones de otro u otros sentidos existentes en las personas pero desconocidos o desaprovechados por ellas o el resultado de análisis elaborados con base en el conocimiento, la experiencia y la corazonada. En todo caso, sea cual sea el origen y funciones de ellos, está comprobada su existencia.

Los más comunes son los que anticipan penas o congojas. Las personas que los sienten experimentan una diversidad de sensaciones que van desde el susto momentáneo hasta la meditación prolongada, pasando por el nerviosismo, la tristeza o la preocupación. El llanto, la ira, el mutismo y la risa nerviosa son algunas de sus manifestaciones.

Una vez suceden los hechos, los presentidos u otros parecidos o se comprueba que fueron falsas alarmas, la persona vuelve a la normalidad. Los viejos por lo general toman estas premoniciones con calma, sobre todo si tienen relación directa con ellos. Primero sienten como si alguien les tocara un punto cualquiera en el corazón, lo extendiera y cubriera por completo; luego le recorriera todo el cuerpo acompañado de un frío tenue o una fiebre ligera para terminar finalmente en los sentidos.

Es entonces cuando los ojos tratan de encontrar algo en los alrededores, los oídos buscan sonidos extraños, el olfato inhala todo pretendiendo descubrir nuevos olores, el paladar se reseca y las manos abiertas intentan agarrar algo invisible. Y algo debe suceder con estos mensajes porque de inmediato dan órdenes, toman medidas y hacen recomendaciones a los familiares y amigos.

Los otros pálpitos, los que presagian los buenos momentos se caracterizan por la alegría y el gozo que producen. Irradian entusiasmo por doquier. Son algo así como señales que no se sabe de dónde proceden pero el corazón acoge y reparte generoso a todo el cuerpo que, dichoso, quiere contarle a todo el mundo lo que siente.

Hay algunas personas, en especial las mujeres deseosas de amar, que lo reciben de manera peculiar:

arribita de la puntica del corazón les prende un puntico titilante que semeja un clavel de color lila en sus orillas y allí lo mantienen, vivo y fragante, hasta que desaparece lo que vaticinó el presentimiento.

Pero también hay muchas personas que confunden los presentimientos con otras manifestaciones corporales, privándose de estas sensaciones que, aunque dolorosas algunas, nos brindan la oportunidad de ver y sentir los que nos traerá el destino.

CAPÍTULO 4

2000-2015



EVER CORDERO

Mi nombre es Ever Antonio Cordero Oviedo, tenía 42 años cumplidos cuando me mataron el mismo día de las marchas por las víctimas, ese martes nueve de abril a las 6:45 de la mañana en una de las calles de Valencia, la cabecera del mismo municipio en el departamento de Córdoba.

La marcha por las víctimas era muy importante para nosotros. La preparamos con mucho cuidado y entusiasmo. No dejamos nada al azar. Queríamos mostrarle al señor presidente Santos que contara con nuestro respaldo masivo y organizado en favor de las víctimas. Él, como era sabido, llegaría el día siguiente a entregar escrituras a campesinos despojados por la llamada Casa Castaño (Fidel, Vicente, Carlos) del predio Santa Paula, situado cerca de la cabecera de Valencia. Por estas razones todo era alegría y ajeteos.

El jueves cuatro en horas de la tarde dejamos todo listo. Así que regresé a mi casa a las seis de la tarde. El viernes lo pasé en casa poniéndome al día por las ausencias reiteradas de mis constantes salidas. El sábado salí con mis hijos mayores a inspeccionar el apiario que tenemos. El domingo acompañé a mi mujer a revisar los frutales y los animales, nos metimos a la hamaca en compañía del hijo menor a recordar y a planear lo que vendría. El lunes asistí a la reunión de padres de familia y a la entrega de alimentos por parte del Plan Mundial de Alimentos. Como el volco que llevó los alimentos regresaba desocupado aproveché para trasladarme a la cabecera. Llegué en la tardecita. Esa noche dormí donde un hermano y a las seis de la mañana del martes ya estaba listo para salir a la plaza a verificar los preparativos. Cuando lo hice, a pocos metros de la casa, escuché los disparos...

Me velaron en Fabra y enterraron en Santo Domingo el día jueves 11 porque en el pueblo no hay cementerio. Me di cuenta que numerosos amigos y funcionarios conocidos no estuvieron presentes en ninguno de los actos... Por esta partida inesperada, obligada y definitiva dejé a

mis padres, esposa, ocho hijos, una nieta que estaba a mi cargo, hermanos y hermanas con hijos, primos, sobrinos, amigos y conocidos. Con todos ellos tengo pena por no despedirme. Espero me sepan comprender porque no fue culpa mía.

Ahora quiero contarles que estoy tratando de acomodarme en el lugar donde me encuentro. Aquí, como el tiempo no pasa, es fácil recordar detalles que parecían olvidados o no les prestábamos atención cuando sucedían. Todos los días pienso en Fabra, el caserío de más de cien años donde nací, del corregimiento Santo Domingo en Valencia. Es un pueblito como muchos: con su quebrada larga, angosta y mansita pero traicionera cuando crece. A lo largo de ella, como un pesebre campesino, 61 casas dispersas, casi todas con techo pajizo y paredes de madera.

Los caminos del pueblo, así como las trochas que comunican con otros lugares cercanos y lejanos las mantienen en mal estado; no tiene puesto de salud, agua potable ni energía eléctrica; cuenta con un aula hecha de bloques con arena y cemento y dos ranchos con techo de palma donde apretujan a 105 estudiantes de preescolar hasta quinto de primaria y tres profesores. También, como muchos creemos en brujas, espíritus malos y agüeros. Nos gusta echar cuentos, comer, enamorar y tratar de disfrutar la vida, aún en medio de la pobreza, la tristeza y el abandono.

No todo es malo en mi pueblo. La mayoría de las familias disfrutan de parcelas entre tres a cinco hectáreas en promedio mientras las fincas grandes son escasas; cultivan y venden maíz, plátano en cantidades, cacao y en los últimos años la apicultura la están volviendo una actividad rentable para la familia. Hay Acción Comunal, una iglesia evangélica, un parque infantil, la cancha del colegio y una pequeña acondicionada por los muchachos.

El jornal es uno de los más altos de la zona: nos lo pagamos entre nosotros a 13.000 pesos por jornada de seis de la mañana a doce del día. Nuestra parcela debe conservar los árboles con mangos, mamón, guanábana, tamarindo, naranjas y mi mujer muy contenta me dijo dos días

antes de mi muerte que ya teníamos seis carneros, tres burros, ocho marranos, cincuenta gallinas, dieciocho patos grandes y quince pequeños, tres perros, un gato, cuatro morrocoyes, dieciocho palomas y un pavo. ¡Toda una fortuna para campesinos como nosotros!

Yo estudié apenas hasta tercero de primaria. No teníamos más oportunidades y a mí me faltó interés, es la verdad. Fue gracias a mi mujer que continué estudiando el acelerado todos los sábados en la cabecera. Cuando me faltaban dos meses para culminar los estudios de bachillerato sucedió algo que nunca he podido olvidar. Durante una fiesta en el pueblo alguien formó una pelea, algo común en estos pueblos y sin querer terminé involucrado.

Dos días después hombres armados llegaron a la casa con el cuento que me iban a sancionar por lo de la pelea. Así que me llevaron a la finca donde ellos permanecían y desde el 13 de noviembre hasta el 8 de diciembre de 1999 me mantuvieron trabajando gratis, sin darme comida, ropa ni cama. En esa ocasión cerca de 25 hombres estuvimos en esta situación. Dormíamos en un rancho en canillas (con techo y horcones), donde colgábamos las hamacas que nos llevaban las familias, junto con ropa y comida preparada o cruda. El que no tenía le tocaba dormir sobre tablas de madera colocadas en el suelo.

La jornada de trabajo era de seis de la mañana a dos de la tarde. Nos tocaba macanear, arrancar pajones, arreglar portillos, mejorar vías. No había manera de quejarse ni de pedir explicaciones. El tiempo de permanencia, el trabajo a realizar y el trato dependían exclusivamente de ellos, sin apelación alguna.

En ese tiempo yo era presidente de Acción Comunal. Lo primero que hice cuando regresé a casa fue decirle a mi mujer que había perdido la moral, la tenía por el suelo. De inmediato convoqué una reunión para presentar mi renuncia puesto que me sentía indigno después de lo ocurrido pero no la aceptaron. Seguí en el puesto pero no volví a terminar mi bachillerato. Cuando acabó mi periodo me nombraron delegado, cargo que ocupé hasta el día de mi muerte. Fui además secretario de la

Cooperativa de compra y venta de plátano, miembro de la mesa de junta de la Alcaldía y directivo de la mesa municipal de víctimas.

Aquí donde estoy tengo tiempo suficiente para recapacitar. Algo que me produjo mucha rabia y dolor fue la violación de mi hija de doce años por parte del profesor que nombraron los señores de la finca. Sólo vino a saberse del abuso continuado dos años después por el embarazo que tuvo. Fue algo difícil de enfrentar. Yo lo denuncié ante las autoridades legales y el abusador terminó en la cárcel.

Lo otro en que medito mucho es en la presencia de los grupos armados ilegales. Siendo adolescente vi muchas veces pasar grupos de guerrilleros del Ejército Popular de Liberación a pie o a caballo o cuando hacían reuniones en el pueblo. No recuerdo bien lo que decían.

Después en 1994 hizo su aparición la gente de las Autodefensas. Pasaron de largo, casi nadie sabía de ellos. Aunque hubo muchas conjeturas al principio poco a poco los fueron olvidando hasta que meses después, en el mismo año, llegaron, mataron a cuatro miembros de la familia Padilla, un trabajador y a dos de los Arrieta. Esa fue la manera que escogieron para presentarse. A mí me tocó ayudar a recoger los muertos... muchos ayudamos, sabíamos de ellos y creo que nadie esperaba que terminaran así.

¡Llegamos para quedarnos! nos advirtieron a todos y en efecto así ha sido, con un pequeño receso del 2003-2005 con motivo del proceso de negociación que hicieron con el gobierno del presidente Álvaro Uribe en Santafé Ralito. De tal manera que un poco más de la mitad de la población, me refiero a los menores de dieciocho años, han vivido bajo el gobierno de estos grupos aunque la autoridad e instituciones oficiales estén presentes. No sé si pocos o muchos comparten su forma de pensar y actuar ni cuántos están en desacuerdo pero su influencia ha sido grande, demasiado digo yo.

En ese ambiente y bajo esa presión siento una gran congoja en el corazón cuando me enteré que mi gente fue forzada a salir del pueblo por

amenazas, supuestas o reales da lo mismo, dos meses después de lo que me hicieron. En total fueron 34 personas llenas de miedo e incertidumbre que no saben si regresarán algún día ni cómo será su vida de ahora en adelante. Sé que nos acostumbraron a vivir de esta manera pero no es la correcta ni la deseada. ¿Cuántos años más han de pasar?, me pregunto a cada momento.

LAS MADRES Y ABUELAS DE LA RESTITUCIÓN DE TIERRAS

Vivían en pueblos campesinos de cualquier lugar de Córdoba, Urabá, bajo Cauca y otros cercanos y lejanos. A pesar de la escasez de servicios y oportunidades se sentían satisfechas, unas con más comodidades que otras. Entonces eran niñas, adolescentes y “entradas en años”. Hoy están entre los 30 y 80 años con hijos, nietos o bisnietos pasando la vida, la mayoría de ellas, en barrios populares o asentamientos subnormales.

Algunas reflejan las formas de vida que han llevado y los dramas padecidos en sus ojos oscuros, opacos y cansados; las arrugas en los rostros y las manos duras, cubiertas con venas gruesas a punto de reventar; el cabello desteñido; la voz sosegada y nostálgica cuando habla del campo que debió abandonar o amorosa cuando consiente o duerme a los hijos y nietos. Pasan desapercibidas, nadie sospecha lo que hay en esos cuerpos vitales, convencidos de sus derechos porque las apariencias son de fragilidad, humildad y parsimonia a veces, “mujeres del campo o campesinas”, las llaman ciertos funcionarios.

Salieron de sus lugares de origen muchas veces de manera inesperada, brusca, “con lo que llevaban puesto”, sin una última mirada de súplica a las imágenes de la Virgen del Carmen y el Sagrado Corazón de Jesús, sin una flor de icaco o bonche en el cabello; sin tiempo ni ánimo para mirar los cultivos, los marranos, el ganado, los animales, la represa; no sintieron los aromas de los lirios, la flor del amor ni de los matarrones florecidos; el tiempo no importó si era de mañana, tarde, noche o madrugada. ¡Lo importante era salir completos o con los que quedaban vivos todavía! Los responsables de estos hechos no tuvieron en cuenta si eran niñas, viejas, enfermas o discapacitadas. Ellos llegaron a amenazar, matar, violar, desplazar, quemar, robar, despojar. Y así lo hicieron.

Luego vino el desamparo en pueblo ajeno, implorar ayuda, soportar o silenciar los traumas y angustias... la sobrevivencia del desarraigo.

“Fueron años terribles, muchas creíamos que no soportaríamos pero lo fuimos logrando poco a poco, solas o con maridos o familiares, sobreponiéndonos a las adversidades de todo tipo, a la indiferencia y el señalamiento. Las que llegamos a Montería contamos con la suerte de encontrar organizaciones como María Cano y Prodesal a principios de los años 80, a ellas es mucho lo que le debemos. En estos últimos 30 años recibimos capacitación, nos ayudaron a organizar, sufrieron y gozaron con nosotras ante las adversidades y los éxitos.

La lista es larga, sólo queremos mencionar, además, a Benposta, Pastoral social de las Diócesis de Montería y Montelíbano, Corsoc, las mujeres de Valle Encantado, Asocordim, Organización de mujeres víctimas del desplazamiento forzado, la Nelson Mandela, Comfavic, Adepsa que creó Yolanda Izquierdo; también hemos recibido ayuda y formación de la Defensoría del Pueblo, los organismos de cooperación internacional y algunas universidades”.

Muchas de estas mujeres, en especial las abuelas, todavía conservan el pelo negro y abundante, según ellas, por el uso de la manteca negra, elaborada con una variedad de corozo y el lavado con jabón de monte que usaban en el campo antes del desplazamiento; lo recogen con moños, peinetas o pedazos de tela; las que usan aretes los prefieren discretos y pequeños. El maquillaje es escaso, con polvo y coloretes y los labios los pintan de rojo carmesí; los collares son de artesanías, a unas les gustan los escapularios. Las combinaciones son de popelina o dacrón blanco; las blusas debajo de la cadera y las mangas al codo, de colores blanco, negro, morado, verde o azul; los cinturones de la misma tela de las blusas; las faldas le llegan a media pierna; usan mochilas, bolsos y en algunos casos la cédula y el dinero los guardan en bolsitas plásticas que acomodan en los senos; el calzado preferido son sandalias y tenis; los perfumes son colonias con fragancia. Las madres visten diferentes, más actuales pero conservando la sencillez, sobriedad y algo de coquetería.

Estas mujeres tienen sus momentos de intimidades, generalmente en los atardeceres y amaneceres. Es entonces cuando les llegan los recuerdos,

con tal fidelidad, que creen estar viendo a los padres afanados en sus quehaceres, la algarabía de los animales, los saludos del vecino, el zarzo repleto de gajos con arroz, los cuentos y quejas del abuelo, la comida exquisita, los colores del firmamento, el paisaje multicolor y la lluvia leve de verano. Cuando alguien llora, habla o pregunta rompe el momento, cae en cuenta de su realidad tan distinta y sin querer las lágrimas aparecen silenciosas.

Ya conscientes repasan lo del día: reuniones con las instituciones del gobierno, asistencia a las versiones de los victimarios, encuentro con los compañeros de organización, actividades personales o familiares, atender visitas de medios de comunicación, organismos de cooperación internacional y funcionarios del Gobierno, recibir y hacer llamadas, no olvidar los protocolos de seguridad: el celular, el chaleco que no usan, los escoltas y el carro, orientar y dar órdenes en la casa, tranquilizar a los familiares, observar el disgusto de algunos vecinos inconformes por su situación de inseguridad, las rondas de la Policía y las motos sospechosas.

De estas mujeres depende en gran parte el proceso de restitución de tierras en Córdoba. Ellas son las que alientan, las que empujan. Les ha tocado estudiar las normas, los procedimientos, las rutas, hacer gestiones, viajar, velar por la organización, estar pendientes de la seguridad, llorar los muertos, buscar apoyos, discutir, hacer valer los derechos que tienen como víctimas. Hay maridos e hijos que no están de acuerdo con lo que hacen; compañeros de lucha “que no son constantes, descuidados con el conocimiento y la aplicación de las normas y las leyes, creen que con gritar y exigir es suficiente para lograr los propósitos que queremos. Esta labor es exigente y peligrosa pero no tenemos otro remedio. Lo hacemos por nosotras, las familias y la misma sociedad. Esperamos que el gobierno entienda nuestra situación, así como nosotros lo hemos entendido y apoyado”.

LOS NIÑOS DE LAS GALLETAS

Cuentan las versiones de los pobladores que sucedió en la vereda Pueblo Cedro, corregimiento Santa Marta del municipio de Tierralta en marzo de 2002. La vereda hizo parte del área de la llamada Zona de Ubicación donde hubo la negociación entre el Gobierno y las Autodefensas Unidas de Colombia durante los años 2003-2006.

Como todas las comunidades de la zona era pobre y abandonada, bajo el control férreo de los paramilitares. No contaba con los servicios básicos, apenas con una luz eléctrica pálida y momentánea, rodeada de haciendas ganaderas, con vigilancia armada para espantar intrusos y jornaleros en busca de trabajo. No sólo les negaban trabajos también les restringían el acceso a la leche y la carne. Esta última la consumían cada quince o veinte días cuando el matarife lograba reunir el total de lo fiado de la res anterior.

El pueblo tenía entonces más de medio centenar de casas dispersas, muchas de ellas situadas a lo largo del camino de herradura por donde entraban y salían a hacer diligencias y visitas. En la mitad estaba la plaza que hacía las veces de cancha de fútbol rodeada de la iglesia evangélica, la tienda de abarrotes y la escuela elemental. A un lado el árbol de mango con su enorme sombra dando frescura a personas y animales agobiados por los soles y calores de los veranos de principio de año y del otro lado la quebrada generosa que proporcionaba peces y agua para distintos usos.

Era un pueblo con autoridad y disciplina paramilitar con presencia esporádica de policías y militares. Todos conocían las reglas y normas de obligatorio cumplimiento, las sanciones contemplaban advertencias, desplazamiento, confinamiento, trabajos forzados, maltrato físico y verbal y hasta la muerte. El hecho de convivir tantos años con los grupos armados ilegales convirtió el abuso en rutina y la ilegalidad en aspiración.

La tarde de los hechos, como era costumbre numerosos niños con edades entre diez y doce años jugaban fútbol en la plaza. La algarabía que producían la escuchaban en medio pueblo. Todos descalzos, con pantalonetas y sudorosos lucían cansados y felices. A determinada hora el dueño del balón dijo que ya estaba bien, pararon el juego y poco a poco regresaron a sus casas.

Cuatro de ellos permanecieron en la cancha, hablaron un rato y decidieron comprar galletas y dulces en la tienda. Cuando llegaron llamaron al propietario varias veces sin obtener respuesta. Ante la oportunidad decidieron tomar algunas galletas y salir sin pagarlas. Al parecer nadie los vio y ellos no pensaron haber cometido una falta grave.

Temprano al día siguiente, ya en clases, llegó a la escuela el paramilitar encargado de las relaciones con la comunidad. Uno a uno y con nombre propio los fue sacando de los salones. ¡Vamos a la plaza! les dijo. Los profesores y compañeros guardaron silencio. Nada ni nadie podía interceder. Muchos salieron a ver lo que sucedería. El paraco, así les decían a los miembros del grupo ilegal, en una esquina de la plaza los colocó uno detrás de otro y les ordenó trotar con el siguiente estribillo:

¡Somos los ladrones, nos robamos las galletas!
¡somos los ladrones, nos robamos las galletas!
¡somos los ladrones nos robamos las galletas!

Los padres y familiares, angustiados no sabían qué hacer. En varios momentos trataron de ayudarles cuando los veían desfallecer pero los llamados de atención del paramilitar los frenaban en seco. Agotados, los niños oyeron otra orden ¡Sigán por el camino hasta la hacienda sin dejar de gritar!, se refería al lugar donde tenían el puesto de mando, situado a casi un kilómetro de distancia. Todos enmudecieron presintiendo lo peor. Los padres de inmediato empezaron a buscar los contactos necesarios para llegar hasta los jefes, únicos que podían solucionar el problema.

Mientras, por el largo camino que debían recorrer los niños la gente salía a verlos con emociones y sentimientos diversos: ¡aguanten mucha-

chos! les pedían algunos; Dios los ampare, suplicaban otros; los ojos de muchos se nublaron o en silencio musitaron una plegaria. Alguien dijo después que cuando llegaron a la hacienda los hicieron pasar por un predio lleno de pringamoza, el arbusto cubierto de pelusas urticantes que produce una rasquiña desesperante sólo calmada con orina o arena calientes.

Los niños vieron la playa de la quebrada cerca y sin pensarlo se arrojaron desesperados a la arena frotándose con fuerza las piernas y brazos durante un buen rato hasta dejarlos rojos y ampollados por el maltrato. Esa noche no hubo noticias de los niños. En el pueblo todos comentaban, hacían conjeturas, daban consejos y recomendaciones, calmaban a los padres e informaban de diligencias particulares que estaban adelantando, en especial el pastor de la iglesia. La mayoría no durmió tranquilo, la incertidumbre no los dejó en paz.

En los días siguientes la escuela y la plaza permanecieron calladas. En voz baja los comentarios decían que los habían visto haciendo oficios, que los llevaron a otros sitios, que estaban enfermos, que pensaban reclutarlos. Gracias a los buenos oficios del pastor al cuarto día los padres recibieron la noticia que podían ver a sus hijos de acuerdo con el procedimiento de visitas: el pastor recogía a los niños cada tres o cuatro días, los conducía hasta la plaza de la vereda Flórez, próxima a la hacienda, donde se encontraban con los padres, allí conversaban y les entregaban mudas de ropa y alguna comida o detalle especial; luego el pastor los devolvía al campamento. Así pasaron veinte días.

Al momento de la entrega la alegría de los padres fue inmensa: les preguntaban, los abrazaban y besaban, los registraban. La de los niños fue menos emotiva. Cuando les dijeron bueno, regresemos a casa, los gestos no fueron de aceptación plena. Entendiendo que algo había pasado en ellos los padres preocupados hablaron más fuerte: “¿Qué pasa?, ¿nos vamos para la casa ahora!”. Ya en el hogar, pasados los abrazos, lamentaciones y aclaraciones, solos, el padre le preguntó ¿por qué no querían volver al pueblo a estar con sus familias? El niño, sin pensarlo mucho respondió con naturalidad:

Allá tomábamos leche y comíamos carne todos los días.

¿QUÉ QUIERO CUANDO MUERA?

Hace poco conversaba con mi hija acerca de las personas que dan a conocer indicaciones precisas a familiares y amigos sobre qué hacer con el cuerpo y los recuerdos que quedan después de la muerte.

Hablábamos de esto por la decisión de Manuel Zapata Olivella de pedir que cremaran su cuerpo y esparcieran sus cenizas en el río Sinú. De esta manera, pensó él, ya convertida en polvo su carne, su espíritu regresaría al lugar de sus ancestros africanos. Un ritual muy hermoso, dijo mi hija. Y sin pensarlo, como si fuera lo más natural del mundo me preguntó y tú ¿qué quieres que hagamos cuando mueras? No sé, no lo he pensado todavía, le dije un poco sorprendido. Y para no especular, en vista de mi incertidumbre decidimos darnos un tiempo prudente para meditarlo. Veintiún días después de esa conversación ya tenía claro lo que quiero que hagan con mi cuerpo y mis recuerdos; espero no causarles molestias por esta pretensión mía.

Durante mi velación quiero escuchar, ojalá no sea la última vez, la voz de mis amigos y familiares. Debe ser una conversación amena y sincera, salpicada con anécdotas y bromas donde hablemos, yo con mi voz muda por supuesto, de lo que alcanzamos a hacer, la concepción que nos animó, las ilusiones que perseguimos, las dificultades y retos que siempre enfrentamos, el apoyo de la gente, el desinterés de los apáticos y las enseñanzas que deben perdurar. En fin, hablemos de todo lo que hemos vivido, amado y luchado... de la vida, las mujeres, la poesía, los hijos...en el lugar o los lugares que ustedes escojan.

Si es posible y me gustaría mucho, deseo que mi sepelio sea en el viejo cementerio de la calle 29 de Montería, cerca del lugar donde nací y donde están los restos de mis abuelos, mis padres y mis tíos paternos. Este punto que lo conozco muy bien, porque lo recorrí muchas veces durante mi infancia y adolescencia, sería ideal para seguir creando y compartiendo preocupaciones y propuestas nacidas a diario y con las cuales, si

las siguiéramos, seríamos mejor en todos los sentidos.

Al día siguiente, a la hora que ustedes quieran o puedan, depositen en las aguas de los ríos Sinú, San Jorge o cualquier otro balsas pequeñas, repletas con flores autóctonas, con una bandera azul anunciando que los espíritus de los defensores de las fuentes de agua están eufóricos por el reencuentro con los ríos amados más allá de la vida y el tiempo.

Permítanme explicarles un poco más. Las balsas deben ser aproximadamente de un metro de largo por sesenta centímetros de ancho con barandillas o bordes de quince centímetros para que las flores no caigan al agua. Las flores pueden ser bonche, astromelias, corales, jazmín, azahar de la india, flor de amor, tacana, anturio cienaguero o las de los árboles de camajón, matarratón, bongo o guásimo. La bandera azul debe tener este mensaje con letras blancas: “No hagas daño a las fuentes de agua, los espíritus las necesitamos para seguir viviendo”. Los sitios seleccionados para este homenaje póstumo deben ser escogidos por ustedes.

Les confieso algo muy íntimo que no quiero callar aunque suene pretencioso. Si en cada aniversario de mi muerte y de otros ambientalistas pudiese hacerse algo semejante en ríos, ciénagas, quebradas, caños, pantanos y humedales en cualquier lugar del departamento, la contribución que haríamos a la protección de nuestras fuentes de agua sería importante. Es obvio que los mensajes de las banderas cambiarían de acuerdo con la situación de cada sitio.

Yo, que hasta ahora he recorrido la mayor parte de los ríos Sinú y San Jorge y las ciénagas grandes del bajo Sinú y Ayapel, guardo la esperanza de hacer lo mismo con los ríos cercanos al Nudo de Paramillo, el caño Carate, la quebrada de Uré y otros que ejercen sobre mí un encantamiento especial. Si no puedo hacerlo o no me alcanza el tiempo, mi espíritu se encargará de navegar sobre las balsas con flores y banderas que construirán y echarán a andar los guardianes del agua acompañados con sus sueños que le darán la fe y la esperanza suficientes para seguir haciéndolo todas las veces que sea necesario.

Espero que así sea.

EL REZANDERO

Soy Roque Batista Ruiz. Nací en San Francisco del Rayo, municipio de Montelibano, hace 44 años. Mis padres son de María La Baja, departamento de Bolívar. Hace 19 años la violencia nos sacó de San Francisco del Rayo y nos vinimos para Tierralta. He recorrido el municipio y estoy radicado en la cabecera desde hace varios años.

Esto de rezar me gustó desde niño. Principié a los doce años cumplidos, cuando me di cuenta de que me agradaba ir a los velorios a ver, oír y sentir este mundo de la muerte, el dolor y los efectos que causa en la gente. Sin que nadie me mandara repartía tinto y me ponía a disposición de la familia en duelo para hacerle mandados.

A mí me enseñaron Lorenza Flórez y Manuel Beltrán: me explicaban una sola vez y la cogía de una... ¡Todo lo aprendí rápido! Pero una cosa es ver y otra bien distinta hacerlo. Y esto precisamente me tocó con el primer velorio. Fue el de la señora Elena Guevara de 110 años de edad. Murió a la una de la mañana, era vecina mía y como no tenía a la mano ningún rezandero conocido, resolvieron dejármela a mí.

Apenas la fuimos a meter al cajón oímos un pujío, un quejido de dolor y un fuerte olor a azufre. De más está decirle que todos nos asustamos: unos corrieron a esconderse, otros empezaron a llorar y rezar y poquitos nos quedamos a su lado, fríos y temblando de miedo... fue una experiencia dura pero provechosa.

Pero aquí no terminaron las cosas. El día del novenario, cuando despedimos el muerto, o sea, cuando le dicen que ya no puede seguir en la casa, que vaya a su nueva morada, este día a las cuatro y media de la mañana el pujío salió debajo del altar y enseguida esa hedentina con olor a azufre y barro podrido. Para ser la primera vez que despedía un muerto, fue una prueba embarazosa pero por suerte la pasé, con miedo y todo lo que semejante caso produce.

Como rezandero que soy me tocó aprender de memoria las oraciones el Padre Nuestro, Ave María, Dios te Salve, el Credo, el Bendito, los Misterios (dolorosos, gozosos y gloriosos), cinco de cada uno de ellos, la Salve del diluvio que es la oración para despedir a los muertos y las 62 letanías. Saber arreglar el altar de las nueve noches y tener incienso y mirra para esparcirlos y con el olor retirar al difunto. Tener la camándula con sus 58 bolitas, unidas con pita de amarrar atarraya. Antes las bolitas las hacían de cañaguada pero las que conseguimos ahora son metálicas y plásticas. Disponer de ropa presentable durante ocho días y el último, el noveno, vestir de pantalón negro, camisa blanca y corbata negra y si es mujer, blusa negra y pollera blanca o viceversa. Permanecer tranquilo durante los nueve días, en especial cuando muere, durante la velación, cuando lo llevan a enterrar y en la despedida. Para poder controlar estos momentos, los deudos nos dan una botella de ron. Y en verdad que con esto logramos cierta tranquilidad en medio del drama.

La prestación del servicio la acuerdo con los familiares, incluye los preparativos, horarios, otras arandelas y por último el precio. Por lo regular el horario de los rezos el primer día es a las seis de la tarde, ocho y diez de la noche. Desde el segundo hasta el octavo día los rezos son a las seis de la mañana, a las doce del día y los mismos del primer día. El noveno día es especial, más adelante lo explicaremos con detalles.

El valor lo dividimos en dos partidas: la mitad para empezar y el resto cuando terminan las nueve noches. En algunas ocasiones, y esto pasa más en los pueblos, me regalan o pagan con arroz, gallinas, yuca, ñame, plátano, huevos o cualquier otra cosa de valor. Cuando el servicio es en los pueblos me tiene que costear, además, alimentación, alojamiento, lavado de ropa y transporte.

En los velorios nuestros reparten tinto, aromática (toronjil, boldo, jengibre, limonaria, canela) y cigarrillos. Yo, durante la noche, alcanzo a consumir diez tintos y una cajetilla de cigarrillos. Me cuesta trabajo decir no cada vez que pasan repartiendo, sobre todo cuando al rezandero es al primero que le brindan. Cuando no estoy rezando, converso con los deudos y los asistentes; hablamos de todo, contamos anécdotas, echa-

mos cuentos y chistes. Todo en un ambiente de respeto, porque eso sí, al rezandero la gente le tiene respeto y aprecio.

Si el altar no está hecho me toca ayudar y a veces preparar y vestir el cadáver. El altar es obra más que todo de mujeres pero al rezandero le toca muchas veces colaborar. Consiste en una mesa cubierta con una sábana blanca pegada a la pared a la que le cubren, también con sábana blanca, el pedazo que queda descubierto.

En la sábana de la pared, tanto arriba como abajo, le hacen dos fajas con pliegos de papel crespón negro y en la mitad le colocan una cruz y las iniciales del difunto. En la unión de la mesa con la pared le riegan pedacitos de papel conocidos con el nombre de aleluya y alrededor de la mesa acomodan los ramos, coronas y arreglos florales que reciben. Sobre la mesa el vaso de agua y un poco de algodón en su interior para que el ánimo del difunto calme la sed mientras permanezca en casa, un Cristo y una cruz.

El cadáver lo mandan a preparar cuando debe durar dos o tres días sin enterrar, a la espera de la llegada de familiares que se encuentren lejos. Si es para dos días hay que conseguir tres frascos de formol de 500 gramos cada uno, un inyector de 20 centímetros, algodón, agua florida y cal. Le inyecto formol por las vísceras, estómago y muslos de las piernas y el cuello, por ser las partes más fáciles y rápido de dañar; le riego cal por todo el cuerpo, lo vestimos y encima le echamos el agua florida. Cuando es para tres días o más hay que sacarle las vísceras y rellenar los huecos con bastante algodón y cal. En estos casos cuento con bisturí, aguja y guantes. Las vísceras las entrego a los familiares para que las entierren.

Esto de preparar cadáveres o ayudar a hacerlo exige poseer un buen estómago para no vomitar, no tener aspavientos con el olor pegajoso de los muertos ni ser propenso a creencias y pesadillas. Casi siempre me ha tocado hacerlo a mi solo y las pocas veces que lo he hecho acompañado es por un varón. Cuando el olor es muy fuerte me ayudo con un pañuelo empapado en alcohol para la nariz y gafas oscuras para resistir el efecto del formol en la vista.

Ahora hablemos de la vestimenta de los muertos. Si es hombre debe ponerse camisa blanca, pantalón negro y medias blancas; si es mujer vestido entero blanco con un gorro del mismo color. Si no cuentan con estas prendas puede ser ropa de otro color y una sábana blanca para cubrirlo. Por lo general el rezandero ayuda a vestir, acompañado por los familiares, cuando el muerto es hombre; si es mujer, normalmente lo hacen los familiares solos.

Déjeme contarle que cuando el muerto es un niño menor de doce años no es necesario rezarle porque aún se conserva sano, puro. El altar es más pequeño, el papel no es negro ni morado y no le ponen imagen. A mayores de esta edad hay que celebrarle la novena con un rosario todas las noches, siendo el último a las doce. Un rosario tiene una duración aproximada de 20 minutos y el de la despedida de 30, sin importar si es para niños o adultos.

El primer día y la última noche del novenario son los más dolorosos y conmovedores. El primer día por la muerte en sí y la última noche porque el ánima del muerto nos deja para siempre, se va para la otra morada. Los preparativos para la última noche comienzan temprano. Hay que contar con comida y algún espacio de la casa para los familiares y amigos que llegan de otras partes. Aprovisionarse de suficientes sillas, taburetes o bancas; pocillos, cigarrillos, tabaco, algunas botellas de ron, juegos de dominó y barajas, café, azúcar, aromáticas y ofrecer desayuno a quienes amanezcan. Cambiar el agua del vaso entre las seis y siete de la noche y a la media noche colocar en el altar las imágenes de San José, Virgen del Carmen, Corazón de Jesús, San Gregorio y la Mano Poderosa de la herida.

La despedida por lo general comienza a las 4:30 de la madrugada. Lo primero que hace el rezandero es tomar el vaso con agua y regarla en forma de cruz en la mitad de la sala como un símbolo que el muerto no puede seguir bebiendo más en tierra y en este caso tiene que marchar a otro lugar. Sigue la oración de la Paloma Blanca, una especie de mensaje de despedida y deseo de descanso y la oración del Diluvio, una Salve como elogio de cada una de sus partes y virtudes.

Al llegar aquí los familiares gritan y lloran desconsoladamente indicando con ello que el muerto se dispone a salir. Apagan las luces, abren la puerta, los que están dentro y fuera de la sala se hacen a un lado dejando el camino despejado para que salga el difunto. Si el muerto tiene hijos, estos, antes de despedirlo, rezan el Bendito con velas encendidas. Apenas terminan, el rezandero les echa la bendición con el Cristo en la mano. Ellos apagan las velas y sitúan los varones a la derecha y las hembras a la izquierda del camino por donde saldrá el padre.

Muchas personas me preguntan ¿qué pasa si al muerto no le rezan?, pues su ánima permanece en la casa porque no quiere irse, no desea abandonar el mundo donde vivió ni la familia y los amigos con quien pasó la vida. El ánima de cada uno de nosotros presiente la llegada de la muerte primero que nosotros mismos, es decir, primero que nuestro cerebro y los palpitos del corazón. Por esto creo que antes de la muerte el ánima sale a recoger los pasos o lo que es lo mismo, a visitar de nuevo lo que no quiere olvidar y nunca más volverá a ver.

Las ánimas no son del todo invisibles, en una u otra forma adquieren la forma y el olor de las personas a las que pertenecen. Por esta razón en su recorrido de visita a lugares y personas espantan los animales, tocan puertas y los vivos aseguran verlos haciendo cosas que les agradaban, oírle los pasos, la voz o sentirle los olores característicos. Algunos que ven o sienten estas visiones les tienen miedo, otros, los que saben de ánimas y muertos, dicen que les hablan y hasta logran entablar conversaciones.

En mi experiencia me he dado cuenta de muchas cosas que quiero contarles. Todavía en las veredas y caseríos, cuando muere alguien, los vecinos se mudan o trasladan para la casa del muerto durante los nueve días. Como cualquier miembro ayudan a los deudos en los oficios diarios: cocinar, lavar, planchar, barrer, estar pendiente de animales y cultivos, hacer mandados, preparar las bebidas que reparten, recoger las flores, arreglar y limpiar el altar, cuidar los niños, buscar el alcohol, menticol o los ungüentos para sobar en caso de desmayos, lo mismo que echarle

fresco con abanicos o trapos, darle ánimos, acompañar en los rezos. Y en medio de todo esto también están pendientes de lo que ocurre en su propia casa. Estos son gestos de solidaridad que me gustan mucho.

Los esposos e hijos manifiestan el dolor de distintas maneras: las mujeres, sean esposas o hijas, lloran con desespero y siempre están acompañadas de otras mujeres para controlarlas. Los hombres, sean esposos o hijos, lloran en silencio o no lo hacen, permanecen callados, fumando o tomando licor. Casi todos los familiares quieren ver el rostro del muerto; algunos lo acarician o lloran encima de él. Los rostros no son iguales: dependen de la enfermedad, lo que le tocó sufrir, el terror de ver la muerte de frente o si llegó cuando la esperaba o estaba dormido. Por estas causas los rostros, además de pálidos, pueden estar sonrientes, desfigurados, tranquilos, asombrados o asustados. Pero para los familiares eso no importa, de todas formas lo lloran.

Hay hombres, ya viejos, que en su cuerpo tienen niños en cruz o animes que alguna vez se metieron para tener fuerza, caminar, burlar la policía, torear o conseguir mujeres y con ellos en su interior no pueden morir. Permanecen en agonía siempre. Hay que hacer lo posible para que los boten. Por aquí acostumbran a ponerlos boca abajo en el suelo y rezarle la oración del Santísimo de la virgen del Carmen. A medida que avanza el rezo los animes y niños en cruz se agitan y mueven presurosos por todo el cuerpo hasta que van calmándose lentamente. Luego dejan de moverse...hay quietud... están muertos. Los traspocan y enseguida muere también la persona.

Como le dije antes el oficio me gusta y me da satisfacciones porque comparto el dolor ajeno pero no da mucho dinero. A los pobres les cobro por velorio cuarenta mil pesos y a los acomodados el doble. Si toca preparar al difunto, incluyo materiales y trabajo, cobro ciento cincuenta mil pesos, a los pobres les cuesta más barato. En promedio atiendo a cuatro o cinco velorios cada mes. Ahorita en Tierralta nos encontramos cinco rezaderos: cuatro hombres y una mujer. Cada uno tiene su método de trabajo.

Hasta el mes de julio le he rezado a 2.632 hombres y 1.344 mujeres durante 37 años. ¿Pocos o muchos? No lo sé. Lo importante es que me siento tranquilo, en paz con los vivos y los muertos, más con estos últimos porque con los otros nadie sabe lo que están pensando.

LA COMADRONA

Mi nombre: Nazaria Gómez Caré, nací hace 75 años en una finca situada en la boca de la quebrada Táparo. El lugar ahora lo llaman vereda Puerto Nuevo, pertenece a Tucurá y es del municipio de Tierralta. Tucurá antes quedaba en un terreno plano pero un día cualquiera apareció un viento fuerte, un ciclón y lo desbarató por completo; la gente, preocupada por el caso, resolvió mudarlo a un sitio alto donde permanece hasta el día de hoy.

Todas las familias tenían sus fincas sembradas con maíz, yuca, ñame, caña, cacao, mango, plátano y guayabo. La gente vivía bien, sin tantos apuros... por suerte yo nací ahí pero no duré mucho, apenas seis meses, porque mi bisabuela decidió llevarme a vivir con ella a Tierralta. Aquí me mantuve hasta que me hice una mujer alta, delgada, con bonito cuerpo, pelo largo negro, llena de vida, con ojos muy despiertos y una voz fuerte pero con encanto. No tengo que decirle que soy negra porque lo está viendo.

Durante todo este tiempo fui muchas veces a Tucurá y regresaba a Tierralta. En una de estas visitas, ya con mis diecisiete años encima, un hombre me enamoró, me gustó y terminé yéndome con él a Montería, donde vivimos dos años. Cuando nació el primer hijo desapareció sin ninguna explicación. Al año regresó y nos juntamos de nuevo. Volví a quedar encinta... perdí el hijo, desapareció de nuevo y adiós luz que te guarde el cielo, nunca más lo vi. Yo regresé donde mi mamá, tuve una aventura y como no me cuidé quedé otra vez preñada. Recién salida de este parto me junté con un cachaco con quien pasé seis años y tuve dos hijos, uno murió y el otro ya es un hombre, vive también por estos lados.

Aquí donde ustedes me ven todavía lavo, plancho, hago galletas, cariscas, hojaldras y natillas, que fue lo que más hice cuando joven y adulta. Pero la gente por estos lados me conoce más como comadrona. Este oficio nadie me lo enseñó. Yo tenía mis propias experiencias y lo que logré sacarles a las parteras que me atendieron gracias a mi costumbre

de hablar con ellas durante horas mientras me revisaban. Me sirvió de mucho cuando lo hice por primera vez. Sucedió con una cuñada en la montaña... en ese momento tenía 56 años. Ni ella ni el marido habían tenido la precaución de prepararse... tenía dolores... era de noche... el pueblo más cercano estaba a varias horas de camino... no tuve otro remedio que atenderla. Así que me llené de coraje. Suerte que la cuñada tenía experiencia de dos hijos y las cosas podían ser un poco más fáciles.

Le tomé el pulso agitado y me di cuenta que el parto ya estaba encima. La acomodé y lo primero que salió fue el piecito izquierdo. Me asusté y sin pensarlo dos veces le apreté la raíz de la uña del dedo grande... enseguida lo metió... y ya con él adentro le fui acomodando el cuerpecito con masajes para que sacara los piecitos juntos. Yo sabía que esta no es la posición correcta pero no había tiempo, así que me encomendé a Dios para no tener problemas... y justo pasó lo que me temía: con la barbita quedó atorado, no podía salir, le faltaba la cabeza y corría el riesgo de ahogarse o lastimarse. Me tuve que mover rápido y pedirle a la parturienta que también ayudara... después de varios minutos de angustia pudimos salir del atolladero. El niño nació bien.

Pasado esto, la gente empezó a conocerme y a buscarme como comadrona. Al principio les explicaba cómo sucedió la primera vez, con toda sinceridad les pedía que buscaran a alguien con experiencia que yo no me responsabilizaba si algo salía mal... pero era inútil, la gente insistía que debía ser yo. De esta manera, forzada por las situaciones y apremios más diversos, seguí trayendo pelaos al mundo y con cada parto aprendí más y más y cada vez que tenía la oportunidad hablaba con médicos, enfermeras y comadronas veteranas. Hace poco, ya vieja como estoy, asistí a un curso que hicieron los médicos a las parteras del municipio con el fin de prepararnos mejor en el oficio.

En esos años en Tucurá o en cualquier otro caserío o vereda retirada de los pueblos grandes, las mujeres, próximas a dar luz por lo general no se preparaban para el parto. A cualquier hora llegaban a la casa o me mandaban a llamar de urgencia. Llegaban o me esperaban con la ropa que tenían puesta y nada más.

Después de un chequeo completo y de hablar con ellas, ya sabía lo que tenía que hacer. Si es primeriza, explicarle cómo no dejarse vencer por los dolores y el nervio, saber pujar, sostener el pujo el mayor tiempo posible y no cerrar las piernas.

Las bebidas calientes de canela con yerbabuena de castilla sirven para que pujan con más fuerza. Los baños de la cadera para abajo con agua tibia sola o con bicarbonato sirven para calmar la frialdad o irritación que dificulta la salida del niño. La frialdad es una especie de mucosidad en la vagina... hay que sacarla para tener un buen parto. Los baños tibios con las hierbas mora y membrillo son muy buenos. Tomar la bebida hecha con la hierba ultimorreal durante el día sirve para limpiar la vagina.

Los niños pueden llegar en buenas o malas posiciones. Estas últimas son: de pie, atravesados, boca abajo o de nalga. Son posiciones difíciles que pueden ocasionar la muerte del niño, torceduras, fracturas o deformidades en la cabeza. En estos casos yo me comprometo hasta donde pueda. De ahí para adelante ya es obra de médicos con equipos. Desde el principio les digo si puedo o no hacerme cargo.

Yo soy de las comadronas que arreglo la posición del niño con masajes, sobos y movimientos pero nunca me he atrevido, como hacen otras, de meter la mano y adentro buscarle una mejor postura al niño. Me parece peligroso. Entre nosotras no es costumbre que el marido o compañero esté al lado de la mujer durante el parto. Además de la partera casi siempre hay otra mujer al lado, familiar o amiga, que le sirve de soporte para aguantar los dolores y pujar en mejores condiciones. Acostumbro recomendarle a las paridas que tomen agua de panela con leche, chocolate, avena y sopas de carne fresca.

El calostre, o sea, la primera leche amarilla que sale de las recién paridas no debe botarse, hay que dársela al niño porque sirve para purgarlo y hacer que boten la caca negra y pegajosa que todos traen. Si no tiene leche, como sucede a veces, porque los senos están secos, al niño hay que darle bebidas de agua con azúcar o panela hervida. Algunos niños nacen con tabardillo y por el calor no pueden orinar. Hay que darles

bebidas de hojas de col o ponérselas tibiecitas en la verija. Al rato están que orinan como chicharras.

La mayoría de los niños lloran cuando nacen y es necesario darles el seno o un buen baño pero otros no lo hacen, llegan al mundo en silencio y eso preocupa. Si con la palmada en las nalguitas tampoco lloran, -colocarlos boca abajo sobre la barriga de la mamá mientras ella respira con la boca abierta. Así, el niño empieza con el llanto.

Yo antes no usaba medicamentos ni drogas, con trapos limpios y una tijera hervida me tenía que defender. En ocasiones me tocó cortar el ombligo con cuchillo raspador de arepa. Y desde hace cierto tiempo procuro tener a la mano la bañera, ponchera, algodón, gasa, isodine y cura umbilical.

Cuando el niño sale hay que tener cuidado porque, como es resbaloso, puede deslizarse mucho y partirse el cordón, ya sea por los pegues del niño o de la placenta. Yo corto el cordón o la tripa del ombligo a una distancia de tres dedos del pegue pero antes lo sobo para sacarle la sangre que tiene adentro. Ya limpio, lo amarro y cubro con una franja. El pedacito de tripa se le desprende entre los tres y ocho días.

Otro desperdicio del parto es la placenta. Hay gente que me pregunta qué hacer con ella. Bueno, por acá por estos lados algunos las entierran, otros la botan lejos y hay quienes mandan a hacer un hoyo en la tierra, le echan en el fondo brasas encendidas de fogón, depositan la placenta, le tiran encima un puño de sal, la cubren de tierra y la pisan. Este procedimiento hace que la mujer no rabie ni coja aire.

Para terminar le quiero hablar de los niños que nacen con las cabezas puntiagudas, panchas, con cachos o cualquier otra desfiguración... estas cabezas, aplicándoles sobos con aceite durante ocho días las pueden arreglar, redondearlas, hasta quedar normales. Después de ocho días el tratamiento es difícil porque los huesos están duros.

La cuenta de los niños que he traído a la luz hasta el mes de julio son doscientos cinco. Pocos son los padres y pocos los hombres y mujeres que traje al mundo que recuerden o sepan que fui su comadrona.

Pero no me preocupo por eso... a mí me gusta el oficio... casi nadie sabe la satisfacción que siento al traer, o mejor, el recibir un nuevo ser para la vida. Es algo maravilloso, placentero.

EL SOBANDERO

Soy Ovidio Machado Lázaro. Nací en Tucurá, Alto Sinú, hace 44 años. A los nueve años ya trabajaba la agricultura; a los dieciséis me dediqué a aserrar en los Llanos del Tigre, una tierra bendita y hermosa; a los veinte me hice cargo de mi primera mujer con quien viví once años. Con ella conseguí algunas cositas, tomé trago, anduve, nos separamos y hace diez años conseguí otra, con la que vivo en la actualidad.

Ahorita tengo una motosierra y de vez en cuando hago algunos trabajos pero también soy sobandero o componedor de descomposturas. Hay componedores que apenas soban y otros que soban y secretean. Yo soy de estos últimos. Este oficio mío lo traigo en la sangre o se me pegó por tanto estar viendo a mi papá y mi mamá sobando gente de toda calaña y edad, quejándose por golpes, partiduras, desgarramientos y descomposturas.

Llegaban de todas partes, en todos los estados y encima de cualquier cosa: en hamacas, taburetes, burros, caballos, mulos, con bastones, muletas o acompañantes; dando gritos o callados pero con lágrimas en la cara o con un rostro de lástima. Por lo general la parte afectada envuelta en trapos, hojas de varias clases de plantas, relucientes de menjurjes de toda procedencia, con hinchazones pequeñas, regulares o grandes.

El dolor de las descomposturas es cosa de machos. Pocos lo aguantan sin llorar. Como le dije hace poco, a la edad de cinco años comenzó a interesarme este asunto de los masajes. Permanecía atento a todo cuanto hacían o decían mis padres. Ellos comprendieron que tenía vocación y a medida que trabajaban me explicaban con detenimiento. Así me fui enterando de muchas partes del cuerpo: músculos, tendones, coyunturas, huesos, ligamentos, movimientos en distintas direcciones y con presiones diferentes, ungüentos, plantas y distintas cosas para hacer ejercicios. Incluso, en poco tiempo hay que tratar de descifrar qué clase de persona es a la que estamos sobando para saber cómo trabajarle mejor. Es más,

hay que tener en cuenta la naturaleza y condición de la piel para saber cómo tratarla. Esto no es solo sobar y sobar. Y si uno no conoce la clase y disposición de los huesos, músculos y otras partes del cuerpo podemos dañar antes que componer.

A los dieciséis aprendí el secreto para componer. Me lo dijo otro componedor que se volvió evangélico y como ellos no creen en oraciones ya no lo necesitaba. Quiero aclarar que a mí me lo regaló porque sabía que componía y le caí bien. El me lo dictó, yo lo copié en una hoja de cuaderno, me lo aprendí y la quemé. Desde entonces lo uso con éxito. El rezo consiste en el secreto que es una oración, acompañada de tres padres nuestros, tres avemarías y tres veces gloria al padre, al hijo y al Espíritu Santo, amén. A medida que lo estoy aplicando, en voz baja para que no lo oiga nadie, voy sobando en forma de cruz la parte afectada. Las mejores horas para aplicar el secreto son de cuatro de la tarde en adelante, claro que el primer día lo aplico a la hora que llegue el paciente, del segundo en adelante, después de las cuatro. El tratamiento es durante tres días seguidos y tres de convalecencia. Si en este lapso no hay mejoría, debe ir al médico porque ya no es descompostura.

Los cuidados a tener en cuenta durante el tratamiento son: no mojarse y no tener relaciones sexuales. No mojarse por el uso de pomadas calientes que, con el baño o las aguas de la tardecita o el anochecer, pueden producir espasmos. Y no tener relaciones sexuales porque disminuye la energía del cuerpo y el secreto no actúa con la debida fuerza. En otras palabras, el baño y las relaciones sexuales en los días de tratamiento debilitan la efectividad del secreto, lo van dañando hasta hacerlo inoficioso. En estos casos hay que conjurar el secreto para que recupere el vigor perdido.

El conjuro es para evitar que el secreto se pierda o no sirva. Es más, así hayamos cumplido al pie de la letra los cuidados del tratamiento, es obligatorio conjurar el secreto cada año, porque este se va desgastando de manera natural. Para conjurar el secreto hay que escribirlo en una hoja de papel común y corriente con tinta negra; doblarlo bien y enterrarlo a una cuarta de profundidad en el punto de encuentro de dos

caminos en forma de cruz, para evitarle daños la envuelvo en bolsa plástica bien amarradito. No, no importa que la gente pase por encima, más bien le sirve, le da fuerza a la oración.

No vaya a creer que esto puede hacerse cualquier día. Existen fechas especiales: debe enterrarlo a la seis de la mañana del primer viernes de cuaresma y sacarlo a las doce del día del Viernes Santo. Si no hay contratiempos el secreto queda conjurado. Al sacarlo toca limpiarlo, quitarle la bolsa, leerlo para que me fortalezca y guardarlo. A veces sucede que el secreto está tan dañado que ni siquiera el hecho de enterrarlo surte efectos; entonces hay que acudir a los indios guajiros o de San Andrés que sean conjuradores para que lo pongan a funcionar. Por lo general le dan baños a las personas o lo ponen a hacer inhalaciones de plantas.

De más está decirle que estas cosas hay que hacerlas con cuidado, que la gente no vea porque después lo saca o empieza a inventar cosas raras. El secreto lo tengo yo hasta cuando quiera, nada ni nadie me obliga a mantenerlo, menos contra mi voluntad. ¿Qué hago para deshacerme de él? Simple, lo olvido voluntariamente. Si no puedo olvidarlo entonces lo escribo, lo enrolló o doblo que quede lo más pequeño posible; voy a los terrenos donde los comejenes han hecho sus montículos de tierras o sus nidadas y como tienen hoyitos por todas partes, lo meto por cualquiera... con el trabajo de los comejenes al poco tiempo desaparece. Pasados tres meses máximos, ya no lo recuerdo. El secreto quedó en el olvido para siempre.

Hay personas que me preguntan si les puedo regalar o vender el secreto. Si, si es posible regalarlo o venderlo. Yo he hecho las dos cosas con personas que de verdad lo van a utilizar. En la actualidad el valor del secreto está entre cinco mil y diez mil pesos. Yo les explico las instrucciones de cómo usarlo pero no como conjurarlo. Así nos aseguramos que el secreto no lo “perrateen” o ande de boca en boca. La gente cree que el secreto lo es todo y no es así. El secreto lo uso si es necesario... muchas veces con el sobo basta porque con él ponemos los huesos, los músculos, los ligamentos en su lugar y el secreto lo que hace es acomodarlos mejor.

Los ingredientes que yo uso para sobar son: las distintas clases de mentoles Bengay, Rompe el dolor, Chuchuguaza y la Número Cien y si la hinchazón es muy grande, empleo las hojas del algodón morado o del tabaco verde, soasadas con sal y mentol, colocadas en la parte estropeada. Hay que esperar que baje la hinchazón porque así no debe sobarse ni aplicarse el secreto.

Es normal que los descompuestos del pie sientan dolor al pararse o caminar. Lo recomendable en estos casos es acomodar la planta del pie en un objeto que pueda mover hacia adelante y hacia atrás. Entre los que yo más uso están las botellas, la tusa de mazorca de maíz y los rodillos de madera o metal. Yo atiendo descomposturas de tobillo, de los dedos de la mano o los pies, codos, hombros, rodillas, caderas; huesos salidos de las coyunturas, tendones encogidos, coyunturas abiertas y músculos desgarrados.

Uno de los compromisos que adquirimos cuando aceptamos recibir y aplicar el secreto es el de no cobrar y tomar lo que voluntariamente nos reconozcan porque si cobramos la oración no surte efecto. La mayoría de la gente me paga dos mil pesos, sólo una persona me entregó diez mil pesos y no faltan los que apenas me dan las gracias. Yo entiendo que este oficio no es para enriquecerse pero me gusta y lo que nunca deja de asombrarme es el misterio del secreto.

¿Cómo una sencilla oración puede actuar sobre una descompostura y ayudar a ponerla en su sitio? No basta con creer que esto no existe como hacen muchos... hay demasiadas verdades que todavía están ocultas y lo que debemos hacer es estudiarlas para entenderlas y usarlas para provecho de la gente.

EL GALLERO

Mi nombre es Benito Sedán Peinado, nací en el municipio de Moñitos hace 62 años. Soy hijo de siriolibanés, turco nos dicen por acá, con criolla, moñitera.

Mi padre vivía en Cartagena, tenía una embarcación y cada semana llegaba al pueblo a comprar ñame, plátano, coco y cerdos que llevaba a vender a Cartagena y regresaba. Cuando tenía ocho años mi mamá se casó con otro, cansada de esperar el regreso de mi padre. Mi padraastro estaba dedicado a la agricultura y poco a poco fue adquiriendo cabezas de ganado y otros animales. Me entusiasmé con los caballos. A los once años ya los montaba, arreaba ganado y ordeñaba.

Cuando tenía dieciséis años me gustó una muchacha y me la saqué. La llevé a una finca recién comprada por mi padraastro en Pasacaballo, cerca a Tierralta. Recuerdo que de Moñitos llegamos a Lorica y en la lancha Sansón subimos hasta Tierralta. La familia de ella, enterada donde estábamos mandaron un hermano a buscarla. Hablé con él, le conté que no la había encontrado virgen y por eso no me casaba, que si me salía buena lo haría. Ella reconoció que un muchacho la perjudicó, no me dijo nada por pena. Me dediqué a la agricultura: sembré plátano, yuca y arroz. Con la muchacha que me traje tuve cuatro hijos, falleció uno; me conseguí otra con la que tuve tres y con la que vivo en la actualidad otros cuatro.

A los veintinueve años dejé Pasacaballo y me vine a vivir a Tierralta. Un día cualquiera, por casualidad, visité un amigo que tenía gallos de peleas... desde el primer momento sentí algo especial por estos animales: su belleza, coraje, su disposición al combate... no se que fue, lo cierto es que le dije que yo quería tener gallos.

El estuvo de acuerdo, me explicó lo que tenía que hacer y me entregó cuatro gallos para empezar. Así me convertí en cuidador de gallos finos y de pelea: es un oficio que algunos llaman vicio pero en realidad es dedicación por el animal y pasión por el combate, la riña.

El cuidado del gallo comprende descrestada, motilada, preparación y alimentación. Y la mejor edad para empezarlo es cuando el animal tiene un año de edad, entonces hay que amarrarlo y durante un par de meses seguir un riguroso entrenamiento que lo prepare para aguantar y ganar la pelea que le pongan. Antes de esta edad anda suelto por el patio sin ningún cuidado, comiendo lo que encuentre, cubriendo gallinas y molestando por todos lados.

Ahora les voy a explicar cada uno de los pasos que le dije. La descrestada es quitarle los pedazos de carne parecidos a cueritos blanditos de color rojizo que le cuelgan al animal de la cara y la cabeza como la cresta, las mejillas y la barba. Esta especie de adorno natural puede que haga ver al animal más hermoso pero para las peleas le sobran, le pesan, es más lo perjudican, porque el contrario tiene más por donde picar para apoyarse y repeler, es decir, tirar con las espuelas. El corte lo hacemos con tijeras de peluquería o navaja. Lavamos las heridas y lo dejamos quieto, sin lastimarlo; al cabo de quince días debe estar completamente cicatrizado. La cresta es babosa. Algunos la comen en sopa, otros la frotan en las encías de los niños para que los dientes le salgan rápido y bonitos y hay galleros que las pican en trocitos y las dan de comer a los mismos gallos, gatos y perros.

La motilada es quitarle las plumas y las lanitas o moticas que tienen en los muslos y el lomo. Les dejamos las del pecho, la cola y las alas. La peluqueada es para darle la figura de peleador y además para hermosarlo. El color amarilloso de la piel que tiene al principio le va cambiando a rosado hasta terminar en rojo gracias a las rociadas con agua, los baños de sol, la alimentación, los ejercicios, los masajes y otros ingredientes. En las galleras no aceptan gallos peludos ni a la gente le gusta apostar a favor de ellos. El gallo lo motilamos con tijeras y el encargado de hacerlo es el gallero o su ayudante, aunque puede ser otro.

La preparación es una serie de ejercicios para darle fuerza al animal, hacerlo macizo, musculoso, de carnes apretadas. Antes de iniciar los ejercicios es recomendable taponarle las espuelas con unos guantines para que no puyen.

Por lo general el primer ejercicio es el correteo de derecha a izquierda y viceversa en el trayecto que hay entre los dos brazos extendidos. Sigue el trampolín, volteándolo en el aire para que caiga parado. Si está gordo se monta en una cuerda floja y el esfuerzo que hace para no caerse le va quitando peso o si es para fortalecer las patas hay que subirlo a un columpio o velillo por ratos durante varios días y mantenerlo hasta cuando no tambalee o se pare firme, solo entonces está bien.

Estos son ejercicios duros que ponen a prueba la cría o capacidad del animal. Aquí es donde se sabe si sirve o no. Cada ejercicio tiene su tiempo y días para hacerlo... no es cada rato ni hasta que el animal quede cansado. Antes de los ejercicios me gusta darle masajes, rociarle agua con la boca y ponerlo al sol cuando no esté tan fuerte, cinco minutos en la mañana y cinco en la tarde.

Después del columpio lo pruebo con la mona. Esta es un gallo fino que no sirve para pelar por falta de cría o porque perdió, quedando reducido a servir de monigote para que otros ensayen. Cuando el gallo es de verdad le llamamos mona viva y mona muerta cuando hacemos la figura del gallo con trapos y algodón. A la mona viva hay que cuidarla para que el gallo no le rompa la cara con el pico. Después del ensayo hay que limpiarla y soltarla en el patio hasta cuando esté bien y sirva para otra prueba. Son animales que sufren mucho porque se les estropea bastante.

El gallo hay que mantenerlo alzado, subido sobre varas delgadas que usamos con este fin, a la altura de la estatura del gallero. Aquí pasa las tres cuartas partes del día, sólo seis horas en promedio permanece en el suelo: el tiempo suficiente para comer, beber, descansar, caminar, dar vueltas, estirarse y estar más tranquilo. Hay otras razones por las que no puede estar en el suelo: no coma insectos o cualquier cosa que le tiren y la creencia que si pisa su propia caca le afloja las patas.

La alimentación es dos veces diarias: desayuno y cena. En la mañana le doy una mezcla de maíz molido con leche y panela hasta llenarse y en la tarde maíz y agua hasta que quiera. Hay otras dietas pero las uso poco: corazón de res picado con cebolla; concentrado o jarrete, una car-

ne dura con tendones que sacan de atrás de la rodilla o chocozuela de las patas traseras de la res.

Hasta aquí la preparación... ahora sí me permite quiero agregar otros detalles. El color de los gallos por ejemplo. Hay cinco variedades: colorao o jabao (varios colores pero sobresale el negro), gallino (café con amarillo y negro), camaguey (blanco con rapé), giro (más amarillo que negro), negro y blanco. Son los que más abundan por aquí. Los picos son de colores: blancos, amarillos o negros y los hay largo y mochuelo; este último es corto, parecido al del loro y su agarre es más fuerte. Las espuelas son naturales o postizas, de carey. Si las que usan en la pelea son postizas, el que calce el gallo o le ponga las espuelas debe ser experto en colocarlas en la posición correcta, que queden fijas y completamente seguras, cualquier error en la calzada lo pagan con la derrota. El peso viene en libras y onzas. El primer número corresponde a las libras y el segundo a las onzas. Los mejores pesos son 2.12, 2.13, 2.14, 2.15 y 3.1 Cuando un gallo pasa de tres o cuatro riñas bien hechas, demuestra que es bueno y debe conservarse.

Las tierras del alto Sinú han dado buenos gallos y la tradición le viene desde hace cincuenta años cuando comenzaron Marcos Rodríguez, Galindo Díaz, Enrique Anaya, Toño Cura y Joaquín Arrieta... después siguieron otros hasta el día de hoy.

Por esto debe ser que aquí hemos tenido gallos como la Caja Negra que ganó diecinueve riñas, Kilométrico también con diecinueve, El Milagro con trece y La Ley del Embudo con once. Y en la mayoría de los pueblos grandes, regulares y chiquitos hay galleras, gallos y galleros.

De nosotros los galleros han dicho muchas cosas, en la mayoría son mentiras y exageraciones: el de asegurar que es un oficio del diablo porque algunos usan oraciones, secretos y contras para debilitar y extrañar los sentidos de los gallos contrarios; el cambio de la piel a un color amarilloso por efecto de la cercanía con la cara de los gallos, el uso de sustancias raras que le echamos en los picos y espuelas o por chuparle la boca y las heridas; ser un vicio que llama la pobreza. Pero no todo

es malo, al menos nos reconocen que la palabra de gallero tiene valor cuando dicen que las promesas y compromisos del gallero son de estricto cumplimiento, aunque en muchos casos no es así.

Lo que yo digo es que la pelea de gallos es un deporte o un juego con mucha tradición entre nosotros y ser gallero es un oficio como cualquier otro, incluso mejor que jornalero, rebuscador y parecidos. El gallero tiene un incentivo que lo mueve todos los días a ser mejor: la fama. Por ella hacemos hasta lo imposible con nuestros gallos y nuestro oficio.

Yo me la he ganado limpia y honradamente y mi nombre de gallero es La Mata de Lata porque mis animales puyan, atacan y matan. Mis gallos no alcanzan a ensuciarse por lo rápido de su ataque y hasta ahora ninguno ha salido con la cola entre las patas.

A mí me entregaron este oficio con honor y orgullo... lo he mantenido sin ninguna mancha y ahora, ya casi para retirarme, no quiero dejarlo tirado en cualquier parte y menos con la fama que tengo.

EL PESCADOR

Soy Pedro Nel Rodríguez Garcés, nací en la vereda Los Tigres del corregimiento Las Palomas en el municipio de Montería hace 49 años. A mi abuela la mató un caimán el día que estaba descuidada en la orilla del río.

No alcanzó a llevársela porque oímos sus gritos a tiempo pero alcanzó a desprenderle algunas partes del cuerpo. Fue doloroso y es un recuerdo que no he logrado olvidar todavía. Nosotros, es decir, mi familia, vivíamos de la agricultura, ganadería, pesca y la cacería de hicoteas. Cuando era niño todo esto abundaba pero con el tiempo fueron escaseando.

Mi papá no quería que sus hijos terminaran de peones en cualquier hacienda; por esta razón, cuando ya no teníamos otras posibilidades, decidimos buscar tierra donde trabajar. Marchamos a las montañas de Tierralta, al Brillante para ser más exacto en el año 1968. Y dos años después de recorrer la zona, mi viejo decidió que debíamos quedarnos en Callejas. Compró una territa y la pusimos a producir. Gracias a ella nos hicimos hombres y mujeres de verdad.

Aquí, por estas lejanías, nos sorprendió saber que la religión católica no era la única que existía. Había muchas evangélicas y de verdad me desconcertó. Quedé confundido. Y a esto le teníamos que agregar los problemas de orden público que me molestaban bastante porque uno no podía andar y trabajar en paz. Cuando entablé relaciones con los evangélicos terminaron de desorientarme. Me aseguraron que todo lo que creía sobre la Semana Santa, los padrinos, los entierros, los niños en cruz, los animes, los daños, los espantos, las invocaciones y todo lo demás son puras cosas de imaginación sin oficio o del demonio.

Yo todavía no sé quién tiene la razón pero no me preocupo porque sigo viviendo, prestándole atención a todo lo que veo, oigo y leo. Además de decimero y pescador hago cosas tradicionales: ranchos, atarrayas y aperturas de canales.

Tierralta tiene todas las condiciones para que haya pescadores: el río Sinú, las quebradas Pirú, Tay, Juí, Quimarí, Bony, Tuis Tuis, Tucurá, Flores y otras menores y las ciénagas Jaraguay, Barú y Betancí. En las aguas vivas o corredizas como las del río encontramos bocachico, yalúa, bagre blanco, charúa dorada, barbú, rubio, liseta y cachana. En las aguas quietas o mansas como las madre viejas, ciénagas, caños y quebradas encontramos mojarra, bocachico, yalúa, moncholo, cacucho o coroncolo, agujeta, chipi chipi, bagre sapo, mantecudo o barbú ciego.

Las épocas de mejor pesca en las ciénagas son en invierno y en el río Sinú durante la sequía que dura de diciembre a mayo. Los aperos que necesitamos son varios. Vamos por parte.

Empezamos por la canoa. Por lo general es de 70 centímetros de ancho y siete u ocho metros de largo. Debe ser liviana y de madera fina, resistente al sol y el agua. Entre estas maderas recomiendan la ceiba colorada o tolua, ají, balaustre, carbonero, hediondo, caracolí, campano, ceiba blanca... lo normal es que duren de diez a quince años. Hay otras que antes del primer año hay que abandonarlas porque ya no sirven, son las hechas con maderas de los árboles chitú, jobo, tambolero y caracolí pichón.

Una buena canoa vale bastante plata, por esta razón hay muchos ladrones de canoas. Las roban de noche o a plena luz del día, cuando descuidan su vigilancia. Lo primero que hace el ladrón es esconderla para que el dueño no la encuentre en su búsqueda desesperada. La mete en los cauces viejos o en las bocas de quebradas que son lugares poco visibles o la llena de piedras para hundirla y después que pase el alboroto la saca. Termina llevándola a Montería o a los pueblos del bajo Sinú a usarla o negociarla. Claro que la tiene que camuflar para que no la reconozcan. Y lo logra desarmándola un poco para meterle franjas de madera según el largo y ancho que le apetece. Después la pinta, le pone nombre... y listo, nadie es capaz de asegurar que es la robada.

El remo o canaleta es una especie de pala corta con una mano ancha, ovalada y lisa que sirve para impulsar y orientar la canoa. La fabrican

con madera resistente, en especial roble, ceiba colorada, balaustre, cedro y caoba. Estas dos últimas son las mejores maderas pero nadie las utiliza para hacer remos por el valor que tienen. Más bien las dedican a la fabricación de camas, muebles y estantes costosos.

La puya o palanca es una vara larga que ayuda a impulsar la canoa. La mayoría la prefiere que tenga entre seis y siete metros. La sacan de palos sencillos que por nacer bajo la sombra de árboles más grandes y frondosos no reciben plenamente el sol sino los resplandores en ciertas horas del día. Por esta razón nacen con limitaciones, crecen con lentitud, buscando por dónde meterse en medio de tanto follaje. El tronco lo adelgazan para poder aprovechar cualquier rayito de luz que aparezca y lo alargan hasta donde más puedan, tratando de quedar más alto que los árboles que lo tapan. Cuando logran salir, el sol les da de frente y entonces sí, le aparecen en abundancia ramas, flores y hasta frutas, si es que producen. Los más conocidos son las yayas prieta y de escobilla, vara de piedra, lengua de venado, moscofán y guayabo colorado.

Quiero explicarle que el del remo es quien maneja la canoa, por eso le decimos boga o patrón y el de la vara es el ayudante o puyero. Para mover más rápido la canoa el puyero cuenta con la vara y un punto de apoyo donde afianzarse. El punto de apoyo es el fondo del río, ciénaga o quebrada y cuando va cerca de la orilla, la propia barranca o ribera. La vara, además de delgada y larga, es resistente y pesada, así evita partirse, hunde rápido hasta el fondo y no la zarandea la corriente o el viento.

Nosotros los pescadores partimos de una verdad: el pescado está en el agua pero no en todas partes. Y la tarea precisamente consiste en averiguar dónde están esas partes. Con la práctica aprendemos que el pescado tiene metederos, comederos y descansaderos. En estos sitios es donde más los encontramos. Les quiero nombrar algunos. En las barrancas erosionadas del río, donde la tierra se desprende por pedazos, dejando huecos que los peces aprovechan para escapar o esconderse. En los cantiles, que son lugares de aguas profundas, el pez alcanza a escuchar la caída de la red y el plomo cuando tocan el agua y dispone de tiempo para salir del círculo de la atarraya antes de llegar donde se encuentra.

En los alrededores de los remolinos o rebosos el agua es de movimiento circular porque la atrae o chupa la boca del remolino. En estos lugares por lo general hay palos, matas y basuras flotantes de toda clase... y tanto el movimiento del agua como de todo lo que mueve o arrastra, hace difícil, imposible digo yo, de mantener abierta la red para capturar el pescado. Termina enredada o jalada por la boca del remolino y hasta allí llegó.

Los cabeceros son las partes de las barrancas donde la corriente del río golpea fuerte después de cada vuelta que da. Entre más cerradas son las vueltas, más fuerte es la presión del agua sobre la barranca. Por lo regular son lugares donde no hay arena y la gente y las autoridades con el fin de proteger la barranca les echan piedras grandes, pentápodos y hasta clavan horcones de madera fuerte a manera de pared. El pescado, que no es ningún pendejo, aprovecha los espacios que dejan estos materiales para guarecerse.

Los amontonadores de sucios, donde abundan las hierbas como gramalote, cañaflera, elefante y burrona son buenos escondedores porque con la red es poco lo que pueden hacer. Las playas de piedra son sitios de distintos tamaños donde encuentran muchas piedras. El pescado sale a lamer las superficies de estas piedras llenas de alguitas o lamas cuando el sol todavía está caliente... entre las dos y tres de la tarde es la hora preferida. Cualquier buen observador puede reparar estas piedras y encontrar las huellas de sus boquitas

Por todo lo dicho es fácil comprender que al pescado le gusta estar donde halla comida, protección y sentirse bien, a gusto. Pero los pescadores sabemos que esto no es suficiente para cogerlos. Tenemos que aprender a conocer sus costumbres y comportamientos. Si no lo hacemos es difícil que lo cojamos. Preste atención a esto que le voy a decir para que vea lo importante que es.

El pescado duerme de nueve de la noche en adelante. Lo hace arrimándose a las orillas de las barrancas, a los palos o troncos o en los yerbales.

Al bagre blanco le gustan mucho los sitios donde hay o forman chorros de agua para jugar con las corrientes y las burbujas, cuando está cansado o aburrido se recuesta por ratos detrás de las piedras. Casi siempre a las tres de la tarde acude a los chorros a dormir, sobre todo si el agua está turbia, pues no le gusta estar en lugares con agua clara y cristalina porque corre peligro.

La liseta es arisca y muy ágil. Apenas siente que la atarraya cae al agua salta y escapa. El bocachico actúa parecido pero con tan mala suerte que queda enredado en las pitas o el nailon de la red por los espolones que tiene en el lomo.

Cuando el atarrayero coge una charúa y sabe de su comportamiento no debe tensionar la red porque ella se percata que está aprisionada y puede romperla. Más bien la red debe mantenerse floja, así le es más difícil partirla e ir cogiéndola poco a poco... a medida que la va estrechando tendrá menos posibilidades de maniobras.

El barbú es un pescado bravo y esta condición lo perjudica. Imagínese que cuando siente que la red está cerca prepara las puyas que tiene y como estas son largas, filosas y llenas de dientecitos como una sierra se enreda con facilidad. Hay que sacarlo con cuidado porque a todo momento intentará hacer daño a quien lo coja y una herida de barbú duele mucho. Si esto ocurre hay que sobarse la herida con la babita del ojo del mismo barbú, chupar la sangre que está saliendo o restregarse con una sortija de oro. Cualquiera de estos remedios da buenos resultados. Créalo que es así.

Hay muchas maneras de capturar pescados... apenas le he mencionado la atarraya. El chinchorro es una red larga que impide el paso del pescado. Lo colocan en los nacederos, en las partes más estrechas de caños y quebradas o en las puntas de las ciénagas que son lugares con una sola entrada y salida. En épocas de subienda en los ríos forman los lances o grupos de pescadores que se turnan o no para colocar el chinchorro a todo lo ancho de la corriente.

Yo vi en la ciénaga de Ayapel a chalupas con motores arrastrar redes o chinchorros durante un trecho y luego depositar la carga en las orillas. Cogen todo lo que encuentran a su paso. No respetan nada. Como los peces pequeños no sirven para comer ni los devuelven al agua porque tienen rotas las branquias los abandonan en la orilla como cosa muerta, pudriéndose sin remedio.

Los anzuelos o curricán son de acero. Los hay de distintos tamaños, de acuerdo a los peces que quieren capturar: los de una y media pulgadas para barbú, liseta, bagre y de tres pulgadas para babillas y caimanes pequeños. En cuanto el largo de las cuerdas o nailon, la más corriente es de 60 metros, aunque consiguen de 1000 metros de largo para capturar presas de 500 libras. O sea, el grueso de la pita o nailon depende del tamaño y fuerza de lo que se va a capturar.

Por acá, por estas tierras, acostumbramos a pescar con anzuelo durante el día, entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde. Lo que más cogemos son bagre blanco, bagre sapo, charúa, rubio, liseta y barbú cantilero. Las carnadas que usamos son las vísceras u otras partes de los mismos peces.

Las boyas son objetos que flotan y al que le pegan o amarran varios anzuelos. Las más usadas son hechas con pedazos de balsa, que es una madera muy ligera, totumos, calabazos pequeños o algún recipiente de plástico. Estos últimos deben estar perfectamente tapados con cera para que no les entre agua y vayan al fondo.

A cada anzuelo le ponemos carnadas que pueden ser de guayaba, plátano o manzano maduro, carne, jabón de lavar ropa o cebo de ganado. Ya cargados, soltamos las boyas agua abajo y desde la orilla vamos siguiéndolas, pendientes de ellas, hasta que vemos el movimiento producido por los tirones de los pescados cogidos. Entonces nos tiramos al agua o subimos a la canoa, cogemos la boya, le quitamos el o los pescados agarrados, revisamos los anzuelos, ponemos las carnadas que hacen falta y otra vez a la corriente.

La pita o el nailon donde está amarrado el anzuelo es de unos 30 centímetros de largo. Los “perros” son varias varas provistas de pita con anzuelo que colocamos a lo largo de barrancas enmalezadas o limpias a las seis de la tarde. Las varas deben ser resistentes y flexibles, capaces de aguantar las sacudidas de los peces cuando han sido agarrados. Las mejores varas las sacamos del totumo, guayabo colorado, yaya de escubilla, caña flecha, mata culebra y otros. Miden entre dos y medio y tres metros. Las varas hay que sujetarlas bien en la tierra para que el zarandeo de los peces no las saquen o partan. La distancia entre una y otra es de 25 metros.

Los anzuelos no llevan plomo para que hundan. A cambio, la pita que sujeta el anzuelo acostumbramos a enrollarle alambre dulce o de cobre, unos 15 centímetros, para evitar que los pescados con dientes la muerdan y escapen. La pesca es un oficio que requiere paciencia, concentración, conocimientos, destreza y mucho cuidado. No todos sirven para ser pescadores.

Para mí, todo buen pescador debe cumplir unos requisitos mínimos. Por ejemplo: no golpear la canoa por ninguna parte antes de lanzar la red porque el pescado oye bastante; la proa, que es el punto de la canoa desde donde lanzan la red, debe estar en el lugar y distancia precisa para hacer un buen tiro; no producir ruido en el agua con el canaleta; no sacar el canaleta en el momento de lanzar la red porque desequilibra la canoa y acordar un código de comunicación para no hacer ruido en el momento del tiro. Estas señas pueden ser con los ojos, la cabeza y el talón.

Cuando dije que el oficio requiere mucho cuidado es verdad: uno corre peligro y puede hasta morir ahogado cuando lleva por compañero un patrón inexperto o el río aumenta el cauce de manera sorpresiva o es noche oscura de tormenta. Pero el que lanza la atarraya corre más peligro porque amarra la red a su mano izquierda y con un mal tiro, el trastabilleo de la canoa o un enredo, fácilmente puede caer al agua. Es recomendado no llevar camisa con botón para evitar enredos en la red, preferible usar suéter o sin camisa y con mochos o pantalones recortados.

Nosotros los pescadores tenemos nuestras creencias o zetas. Yo creo que muchos las seguimos al pie de la letra. Cuando me hice pescador de verdad ya sabía que no debía recibir dinero por pescado que no sabía si iba a agarrar; tampoco aceptaba que me hicieran encargos antes de cogerlos; no pescar en noche de luna clara, cuando el río está empezando a crecer o con el sol muy caliente; no llevar el chócoro a trasto de sacar el agua de la canoa boca abajo; no contar el pescado que se va cogiendo antes de terminar la faena; soltar los pescados de color negro (cacuchos pequeños o raspa canoas) sólo si se capturan pescado blanco, en especial bocachico o bagre.

Todos los pescadores buscamos la piedra del pescado, una piedrita chiquita de color plomo que está incrustada en la frente de algunos peces. El que la encuentre es afortunado porque siempre que tire la red sacará bastante, aún en épocas malas.

Todo esto que le he contado es producto de muchos años en el oficio pero me retiré porque el pescado está escaso y las necesidades aumentan todos los días. Yo mismo hacía mis atarrayas, a mi gusto y a mis medidas. Hoy tengo vivo todavía todo ese recuerdo pero poco a poco desaparece y mi memoria está llena de otras cosas, no tan queridas como la pesca, pero ¿qué hago si tengo que seguir viviendo?

CARTA A UN CORDOBÉS AUSENTE

Hace poco recibí tu mensaje después de varios años de no saber nada de ti. Recuerdo que un día de mediados de 1999 llegaste hasta mi a decirme que ya no aguantabas más, que te retirabas de las investigaciones que adelantábamos sobre el conflicto social y armado en el departamento por la presión y el riesgo que eso acarrearía y a despedirte porque con tu mujer habían decidido, por la seguridad tuya y el bienestar de ella y las dos niñas, viajar a otro país aprovechando el ofrecimiento de familiares residenciados.

Te escuché en silencio, entendí tus razones, nos dimos un abrazo y nos deseamos suerte. Ahora, cuando leo tu mensaje caigo en cuenta que han pasado once años. Me cuentas que tus hijas, ya jóvenes, quieren ver de nuevo el río, los atardeceres y las iguanas desde la casa de los abuelos; a tu mujer, llena de nostalgias, se le hace agua la boca cuando recuerda las comidas, las frutas y los dulces que siempre consumió con deleite inigualable, y tu, preocupado siempre por la suerte de los pobres y tus padres, ya viejos, cuentas los días y las horas para un regreso que no tiene fecha porque todo depende, según me dices, de la situación de seguridad, empleo y bienestar en Montería y Córdoba, que son y no son los mismos desde que te fuiste.

A Montería, como bien lo sabes, puedes ingresar por varios lugares. Si es por vía aérea, llegas al mismo aeropuerto que conoces pero ahora está recién remodelado y al parecer piensan ampliar la pista para atender la demanda local, del vecino departamento de Sucre y parte del Urabá y bajo Cauca antioqueños. Te recuerdo que de aquí puedes viajar, en sentido contrario, a Cereté, Lorica, Coveñas, Cartagena y el resto de la Costa Caribe. La carretera que conduce a la ciudad es de doble calzada con una hermosa arborización.

A lado y lado están varias universidades, el centro de convenciones, grandes restaurantes, sitios de eventos sociales, culturales y académicos,

clínicas especializadas, estaciones de gasolina, concesionarios de vehículos y hace poco inauguraron un amplio local de una reconocida empresa de comida rápida. A la derecha vas a encontrar el barrio El Recreo con sus tradicionales casas estilo americano y en los últimos años la arquitectura internacional de transparencias y metales es cada día más visible.

El barrio La Castellana, en el lado izquierdo, aunque no tan sofisticado como el anterior cuenta con elegantes y grandes mansiones y a la distancia ya se observan sus primeros grandes edificios de apartamentos. En este trayecto encontrarás dos urbanizaciones campestres, con casafincas espaciosas, llenas de jardines y frutales. Casi enseguida observarás un escenario de modernidad: centros comerciales, la zona rosa con sus discotecas y gimnasios, áreas verdes, en construcción un parque paralelo al río, continuación de la Ronda del Sinú que viene del centro de la ciudad y el que será el cuarto supermercado de las grandes cadenas comerciales.

Este sector del norte es el que más ha crecido urbanísticamente en los últimos quince años. Sorprende el número de urbanizaciones y la modernidad de sus casas de estratos cuatro, cinco y seis con generosos espacios verdes y arquitectura diversa e impactante.

Si llegas por la carretera que nos lleva a Planeta Rica, Caucasia y Medellín encontrarás una enorme bodega de cervezas, coliseo de ferias, subastas ganaderas, el futuro estadio de fútbol, moteles y fincas con ganado seleccionado y búfalos retozones. En la entrada a la ciudad verás el antiguo frigorífico porque hace poco empezó a funcionar uno nuevo en Ciénaga de Oro que atenderá el mercado nacional. Si doblas a la derecha por una reciente avenida de doble calzada observarás la terminal de transporte, bodegas y hotel recién estrenados.

Si decides venirte por la carretera que nos conduce al mar y al Urabá antioqueño tienes dos opciones para entrar a la ciudad: por el nuevo puente de la calle 41 o por el viejo de la calle 20 sobre el río Sinú. Según nos dicen, próximamente tendremos un tercer puente, mientras en el

departamento hay dos en construcción: el de Valencia en el río Sinú que facilitará la comunicación con el Urabá antioqueño y el de Puerto López en el río San Jorge, destruido por la corriente hace tres años, que restablecerá la comunicación entre los municipios Montelíbano y Puerto Libertador.

Ya en el centro de la ciudad podrás constatar el dinamismo del comercio y los servicios representados en miles de negocios, consultorios, oficinas y talleres de todos los niveles y tamaños. Un parque automotor moderno, cada vez más numeroso, que congestiona las calles y miles de motociclistas, la mayoría convertidos en mototaxistas porque no tienen otra manera de ganarse la vida. Construcciones, remodelaciones, adaptaciones y ampliación del sector comercial es lo que percibimos a cada momento, sorprendiendo por la velocidad que ocurren, al tiempo que mejoran los parques, escenarios deportivos y vías. En general, los servicios de acueducto, energía eléctrica, recolección de basuras y transporte urbano son buenos.

Observarás encantado a nuestras mujeres jóvenes, luciendo con desparpajo sus rostros y cuerpos frescos y hermosos al lado de otras mayores que admirarás por su belleza y el vestir coqueto y caribeño. Te llamarán la atención los numerosos lugares al aire libre, improvisados y acondicionados en andenes, para tomar cerveza bien fría y escuchar vallenatos, porros, salsa, rancheras y la llamada de carrilera, especial para enamorados despechados. A simple vista somos una población descomplicada con algo de alegría, no encontrarás en sus expresiones signos de preocupación o miedo por la situación que vivimos. Ya en confianza te contarán lo que han sufrido o lo que han visto y saben. Verás algunos niños pidiendo algo para llevarle a la mamá o preguntándote si tienes algún oficio que hacer, contados pordioseros y muchísimos vendedores ofreciéndote todo lo necesario para vivir tranquilo. Cada vez más gente se queja del calor y las lluvias porque inundan las calles, aunque las agradecen cuando están seguros en sus casas.

Hace pocos años un periodista del interior, asombrado por los cambios, llamó a Montería el Miami Costeño y algunas personas raizales de la

capital y la Costa la califican de metrópolis. Aunque los apelativos son exagerados, no cabe duda que Montería ha mejorado en servicios, infraestructura, vivienda y transporte.

Propios y extraños lo reconocen y la identidad y el orgullo de los monterianos ha crecido ostensiblemente. Ya es evidente que Montería cada día se convierte en un centro subregional que provee recursos, bienes y servicios al resto de Córdoba y a poblaciones del departamento de Sucre, Urabá y bajo Cauca antioqueños.

La otra cara de la moneda

El 72% de los monterianos es pobre. Habitan en asentamientos subnormales y barrios populares, viven del rebusque o informalidad en todas las modalidades posibles; los niños, adolescentes y jóvenes están expuestos a vicios, agresiones, violaciones, delincuencia y reclutamiento por parte de pandillas, mafias y grupos armados ilegales; la violencia intrafamiliar y comunitaria es bastante alta y la inseguridad ciudadana está disparada; los suicidios ocurren con frecuencia, ya tenemos grupos de adolescentes y jóvenes emos con sus peculiares características físicas y su frustración o rebeldía interiores y el número de adolescentes y jóvenes madresolteras crece todos los días a la vista e indiferencia de muchos.

El consumo de estupefacientes va en aumento y el microtráfico se extiende cada día que pasa. Las obras que reciben son pocas y espaciadas: pavimentación de algunas calles, extensión de redes del acueducto, remodelación de estadios y la construcción de tres megacolegios en asentamientos deprimidos.

Ninguna otra cabecera municipal de Córdoba vive el auge de Montería en los distintos aspectos, buenos y malos. Cereté, Loricá y Sahagún, otrora las más dinámicas están rezagadas, viviendo cada una y por distintos motivos estos momentos de escasez y apremio que quieren superar rápidamente; Montelíbano y Planeta Rica experimentan algunos

cambios en infraestructura y comercio en medio de una matazón que no cesa; el alto Sinú que no conoce la paz desde la época de la llamada Violencia bipartidista, lo poco que ha logrado de desarrollo es por puro milagro; la zona costanera, tan olvidada y marginada, no sabe qué hacer con la inseguridad que se apoderó de sus recursos; el resto parece detenido en el tiempo, con los problemas y necesidades de siempre, acompañados ahora del temor y la incertidumbre.

Hace pocos días nos dijeron que cinco alcaldes son extorsionados por las llamadas bandas emergentes y otro está amenazado, resguardado por una guardia de 12 policías.

La situación en el campo es lamentable: sin servicios básicos permanentes, disminución de siembras de pancoger y transitorios, jornaleo ocasional, pérdida de humedales y deterioro ambiental, escasez y mal estado de las vías, falta de tierra y desnutrición. Permanecen expuestos, constreñidos y bajo amenaza por toda clase de delincuencia.

Siempre con miedo y a veces con agradecimiento por lo que les regalan de vez en cuando y la protección que dicen recibir de ellos. Predomina la ganadería extensiva, los sembradíos de madera con especies introducidas, en los grandes cultivos de algodón y maíz emplean variedades transgénicas que a veces han ocasionado pérdidas a los productores, crece el área de palma aceitera y el plátano, a pesar de la gran producción, cuenta con escaso apoyo oficial.

En cuanto la minería, la empresa Cerro Matoso, con el ferroníquel que produce, representa casi la totalidad del valor de las exportaciones del departamento; ya está en marcha la construcción de la termoeléctrica de Puerto Libertador y continúa la explotación de oro en la parte alta del San Jorge sin ningún control ambiental. En el sistema bancario costeño, Córdoba ha ocupado durante una década el tercer lugar de participación en cartera después de Atlántico y Bolívar y últimamente el cuarto en captaciones después de los anteriores y el Cesar.

El conflicto que padecemos

Las caras del conflicto son múltiples y complejas. Trataré de darte una visión a vuelo de pájaro de lo que nos está sucediendo.

Los actores

Partamos de lo que dice el editorial del diario *El Tiempo* (24-3-10). En Córdoba “confluyen el narcotráfico, cuatro frentes del bloque noroccidental de las Farc y nuevas bandas paramilitares que se conjugan con el desplazamiento, los cultivos ilícitos y un irresuelto problema de tierras. La reciente configuración del conflicto interno en este territorio está produciendo alianzas híbridas como la de los frentes 5, 18, 34 y 57 de las Farc con los Paisas, los Rastrojos, y los Urabeños en los distintos eslabones del tráfico de estupefacientes”.

Según la Policía, de 23 bandas criminales que se conformaron después de la desmovilización de las utodefensas Unidas de Colombia AUC, han quedado seis distribuidas en gran parte del territorio nacional. Estas son los Rastrojos, los Urabeños, los Paisas, los Machos, Renacer y Erpac” (Ejército revolucionario popular anticomunista) con influencia en 159 municipios de 18 departamentos. Otros informes de organizaciones nacionales e internacionales señalan que el número de grupos es más alto y su influencia mayor.

En el departamento operan los Urabeños (hombres que estuvieron bajo el mando de Carlos Castaño y los hermanos Fredy y Mario Rendón) y los Paisas (dirigidos por la oficina de Envigado de Medellín) aliados con los Rastrojos, al servicio de los narcotraficantes del Valle. El primero hace presencia, de acuerdo con informaciones de prensa, en 18 municipios de los 30 que tiene Córdoba y los segundos en 8.

Estos grupos recurren a la barbarie mediante masacres, descuartizamientos a personas vivas o muertas y uso de granadas. A pesar de los enfrentamientos a muerte que suceden entre ellos por la producción,

rutas, mercados y aliados relacionados con el narcotráfico y las cada vez más numerosas capturas, dados de baja, decomisos y persecución que sufren por parte de las autoridades, Jaime Cuervo, director del Cuerpo Técnico de Investigación –CTI- de la Fiscalía en Córdoba afirma “...que más y más criminales están llegando de otras ciudades a Córdoba y lo hacen porque aquí en la zona hay lo que ellos necesitan y la topografía de la misma les ayuda” (*El Meridiano de Córdoba*, 20-6-10).

Lo que ellos necesitan es justamente cultivos de coca localizados en el Parque nacional natural Paramillo. Aunque Colombia disminuyó la producción de hoja de coca en el 2009, Córdoba aumentó el número de matas de coca sembradas al pasar de 1.710 hectáreas en el 2008 a 2.700 hectáreas en el 2009. (*El Tiempo*, 8-6-10, pág. 1)

Escenarios de riesgo

El 30 de junio pasado se reunió la Mesa de Prevención de Córdoba, a la que asisten los organismos que tienen que ver con el orden público y la seguridad y algunos voceros de la sociedad civil. Al final dieron a conocer los escenarios de riesgo existentes en el departamento. En su orden son:

1. Reclutamiento forzado.
2. Homicidios selectivos.
3. Confinamiento de varias comunidades y poblaciones.
4. Violación a los derechos humanos atribuida a la corrupción institucional.
5. Desplazamiento forzoso.
6. Accidentes por minas antipersonas y municiones sin explotar.

Otras fuentes señalan que deben agregarse la pobreza, la desigualdad social, las masacres, la violencia sexual auspiciada por los actores armados ilegales y el deterioro ambiental. Ante semejante panorama la seguridad ciudadana y el desarrollo de Córdoba parece ser un desafío casi imposible de vencer.

Alertas tempranas

La Defensoría del Pueblo ha declarado en riesgo a poblaciones de Montelíbano y Puerto Libertador desde el 2006 con cinco notas de seguimiento en el transcurso de los años. A Tierralta en el 2006, 2007 y 2009, con una nota de seguimiento este año. Montería tiene una alerta temprana desde el 2008. San Pelayo, Valencia y Lorica tienen uno de riesgo inminente del 2009. Lorica, San Antero, San Bernardo del Viento y Moñitos tienen informe de riesgo de este año. Buenavista y La Apartada fueron declarados con informe de riesgo inminente hace pocos días.

Homicidios

Después de la desmovilización de los grupos de las AUC que operaban en Córdoba en el 2005, cuando hubo 158 homicidios, la cifra ha venido creciendo con el paso de los años, así: en el 2006, 253; en el 2007, 366; en el 2008, 512; en el 2009, 569 y en el 2010, a la fecha del 28 de julio, 350. Estos datos son del Observatorio del delito de la Gobernación de Córdoba.

Masacres

En lo que va corrido del año los grupos surgidos de la desmovilización han ocasionado cinco masacres con un total de 25 personas muertas. En el municipio de Buenavista dos, en Montelíbano, Puerto Libertador y Montería, una en cada lugar.

Desplazamientos

De acuerdo con Acción Social los desplazamientos individuales ocurridos en el primer semestre del presente año afectan a 389 hogares con 1352 personas. En su orden los municipios con más desplazados fueron: Tierralta, Puerto Libertador, Montelíbano y Planeta Rica. Los desplazamientos masivos, según Acción Social y otras fuentes, sucedieron en Jagua, Ayapel, con 85 personas; Villa Carmiña, Montelíbano, 261 personas; Puerto Belén, Puerto Libertador, 124 personas y El Jague, Saiza, Tierralta, 81 personas.

Resumen

Delitos que han crecido: homicidios, masacres, lesiones comunes, extorsión, venta y consumo de estupefacientes, panfletos, amenazas, prostitución inducida por los grupos ilegales, hurto a personas, residencias y comercio, desapariciones. Estos últimos, según el director del CTI, son 1.150 casos reportados hasta ahora en Córdoba en los últimos cinco años. El 20%, según el funcionario, son forzadas por grupos ilegales y el resto ocurre de forma voluntaria o por establecer. En lo que va del año han desaparecido 182 personas (*El Meridiano de Córdoba*, 17-8-10 pág. 4B).

Los que permanecen: desplazamientos, todo el proceso del narcotráfico, minas antipersonas, apoderamientos de tierras, violación a los derechos humanos y reclutamiento por parte de los nuevos grupos y las Farc, que, según *Semana.com* (19-8-10) están “reclutando menores de edad bajo engaños en las veredas donde hacen presencia”, sobre todo en el área del Parque Paramillo. Han disminuido: terrorismo, secuestros, abigeato y robo de motocicletas.

Aunque incompleto, pienso que es suficiente lo que te he dicho. Creo que con esta información puedes tomar una decisión. Debes conversar con tu mujer, tus hijas y el resto de la parentela. No te sugiero nada. Solo espero que no olvides a tu gente y a tu tierra. Donde estés trata de ayudar, por poco que sea nos servirá de mucho.

Ahora, cuando termino de releer la carta, me pregunto con tristeza cuántos como tú y tu gente están regados en países cercanos y lejanos, viviendo en buenas o malas condiciones, abrumados por la nostalgia o la desesperanza, sin saber si algún día será posible el regreso. Y los que quedaron... los que los esperan, ¿qué es de ellos y su congoja?, ¿quién les ayuda a mitigarla?

EL SILENCIO DE LA VIOLENCIA

Los pueblos de la violencia suelen ser callados y abandonados... viven llenos de susurros, de soledades y de sollozos. La imagen que guardo la contemplé un mediodía de sequía bajo el ardiente sol de la Costa, hace varios años. Eran callejones largos y solos, polvorientos y con terrones parecidos a piedras cortantes. A lado y lado, una tras otra, las casas viejas y averiadas, con árboles y palmeras sin una hoja en movimiento, y en algunas, ascendiendo con lentitud, rastros de humo gris de leña de fogones. Perdido en el follaje, el canto persistente de la torcaza, tan lleno de tristeza que hace llorar de nostalgia a los ausentes.

Alguien se asomó furtivo por una puerta entreabierta y, a lo lejos, un perro en mitad de la plaza se levantó somnoliento y alejó sin prisa, hasta perderse...

El corregimiento

Algo parecido vi hace poco en Bonito Viento, donde funcionó la Zona de Ubicación del municipio de Tierralta. Es corregimiento desde el año 2002, en vísperas del proceso de negociación del gobierno con las Auto-defensas Unidas de Colombia.

Hacen parte de él:

- la vereda Carrizola con 88 casas dispersas;
- Santa Rita o Machuca con 11 casas ocupadas, de 32 que alcanzó a tener en otra época;
- Campamento con 15 casas;
- Cúcuta con 12 y El Torito con 20;
- Los Martínez, compuesta por 15 casas, desapareció durante el proceso por los hechos violentos que allí ocurrieron.
- En cuanto a la cabecera, en el 2002 tenía 26 casas con 30 familias; en la actualidad hay 12 casas habitadas, con igual número de familias; el resto está abandonado, a merced de la maleza.

El pueblo cuenta, además, con una plaza, dos calles (una que conduce al corregimiento Nueva Granada y a Tierralta y la otra a la vereda Cúcuta y al corregimiento El Caramelo), una escuela con 82 estudiantes de pre-escolar a quinto grado, una tienda, un billar y una cantina. A propósito de la educación: en las ocho sedes escolares que funcionan en la llamada Zona de Ubicación, el número de estudiantes pasó de 780 a 630 en el presente año.

El pueblo aunque quiera no puede crecer: está rodeado de haciendas voraces por todas partes, cuyas cercas de alambre con púas y hombres vigilantes o armados no lo permitirían.

El hábitat de la miseria rural

Las casas son de techo de palma, piso de tierra, paredes de tablas y vena de corozza, de donde extraen la manteca negrita o aceite para suavizar el cabello y curar granos y carbuncos. Por lo regular las hacen con dos cuartos, sala y cocina. En los alares cuelgan canastas de alambre o soportes de otros materiales con helechos, begonias o veraneras y algunas veces gajos con manzanos, guineos o plátanos.

La mayoría tiene, al lado de la vivienda, un rancho pequeño que llaman en canillas, o sea, con techo y horcones sin paredes, que usan para colgar la hamaca y descansar, atender visitas, comer, jugar dominó y cartas. En la mayoría de los patios hay matas ornamentales como el bonche, frutales como mangos, tamarindos, naranjas, papayas y hortalizas como habichuelas, berenjenas y ajíes.

Ya en el interior las paredes están cubiertas con afiches de reinas, cantantes y políticos, periódicos con modelos de carros y paisajes y las imágenes de la Virgen del Carmen y el Corazón de Jesús en una esquina del cuarto o colgados encima del baúl. Presiden la sala los retratos de los abuelos, de los padres el día del casamiento o del compromiso y de los niños que han recibido diplomas de estudios.

El mobiliario está formado por taburetes (asientos de madera y cuero de res), sillas plásticas, mesas rústicas, camas de madera, baúles con bases, el tinajero con su tinaja de barro para mantener fresca el agua con sus vasos de plástico, vidrio o metal, las vitrinas o alacenas donde guardan la loza y los utensilios de cocina.

En cuanto a los servicios públicos, el sistema de electrobomba no funciona desde hace cuatro años: debería extraer agua de pozos subterráneos para llevarla a un tanque elevado y distribuirla por presión a través de las tuberías; la energía eléctrica es débil y funciona irregularmente; el baño lo componen la taza del sanitario, conectada al pozo séptico y el tanque con agua para bañarse y evacuar la orina y los excrementos.

Movilidad y trabajo

Los medios de transporte son las motocicletas, una camioneta de 16 pasajeros sentados que sale para Tierralta, municipio situado a 30 kilómetros, desplazamiento que cuesta 7 mil pesos por cabeza y un bus de 28 pasajeros para Montería, capital departamental situada a 98 kilómetros, viaje que vale 10 mil pesos por persona, además de caballos y burros para distancias cortas. Ambos vehículos salen temprano en la mañana y regresan en la tarde, si no llueve. Las vías son destapadas y en tiempos de lluvia terminan por ser intransitables.

No todos los hombres tienen oportunidad de jornalear ocasionalmente, debido a la escasez de trabajo, a la edad o a impedimentos físicos. El valor que les reconocen por día es de nueve mil pesos en jornada de seis a once de la mañana, en labores de desmonte, desmalezado, arreglo de cercas, ordeño y siembra de maíz o arroz. Las mujeres dedicadas a atender el hogar pero ayudan lavando ropa ajena, vendiendo rifas o haciendo oficios en otras casas. En cualquier caso, lo poco que reciben a duras penas les alcanza para sobrevivir.

Los animales que mantienen en la casa y el patio son de gran ayuda en la alimentación, la entretención, la compañía y la atención de otras necesidades, en especial los cerdos, a los que consideran una especie de

alcancía, porque es a lo primero que acuden cuando se presentan calamidades o emergencias. En cada vivienda por lo regular tienen gallinas, patos, perro, gato, pericos, loros, canarios y picogordos encerrados en jaulas. Los burros y caballos son escasos.

La alimentación por lo regular consiste en plátano, yuca, huevo o queso en el desayuno; arroz, sopa con espagueti y huevos en el almuerzo; arroz con queso en la cena, acompañado de vez en cuando con presas de gallina, pato, cerdo o res.

La intimidación del miedo

En el pueblo, como ya es tradición, la presencia de grupos armados ilegales ha dividido a la comunidad en dos sectores:

- los que por ideología, interés, familiaridad, afecto, compromiso, conveniencia o forzados son miembros, colaboradores o simpatizantes del grupo armado ilegal presente en el corregimiento y
- los que evitan tener relaciones estables o frecuentes con ellos sin darles a entender que exista oposición, desobediencia o inconformismo.

Aunque los segundos son más numerosos, los primeros no dejan de crecer. Cada vez hay más gente del pueblo vinculada y por lo tanto con más acceso a jóvenes y adolescentes, a quienes tratan de reclutar a todo momento.

Ambos sectores viven el miedo y la preocupación de diferentes maneras. Los primeros temen la llegada de las autoridades y otros grupos armados ilegales antagónicos, mientras los segundos le temen al grupo presente y a sus enemigos. Aunque hablan y saludan entre sí, puesto que son vecinos y paisanos, las visitas y reuniones entre ellos son escasas y formales. La desconfianza es mutua, pues nadie sabe con exactitud qué están pensando y a quienes sirven.

Desaparecieron las fiestas, reuniones, juegos y festejos ruidosos y francos hasta altas horas de la noche o el amanecer, tan comunes antes. Los comentarios y averiguaciones sobre lo que sucede en el pueblo y sus

alrededores son restringidos a familiares y amistades de rigurosa confianza. Las conversaciones transcurren en voz baja y con cambios de tema cuando alguien se acerca.

En el hogar y en ciertos momentos del día o de la noche, la pareja sola o con alguno de los hijos siente la necesidad de hablar, de expresar sus ideas, sentimientos y presentimientos. En susurros cuentan la presión en que se encuentran, los sueños que han tenido y las señales que han percibido, la tristeza que los agobia, la desesperanza a punto de llegar, el miedo que no los deja, el llanto que los alivia y la oración que los reconforta, también confiesan los malos pensamientos que a veces los asalta.

Hablan de sus relaciones como pareja, de la necesidad de permanecer juntos, apoyándose a todo momento en medio de la pobreza, de las dolencias y achaques por las condiciones de vida y la vejez, de promesas y planes que están seguros no van a lograr pero los anima a seguir...es entonces cuando ella le aprieta las manos y él cierra los ojos.

Cuando llegan al tema de los hijos, el llanto silencioso es inevitable. Parece que vieran con claridad, a través de las lágrimas, el futuro que les espera y la imposibilidad de evitar que ello ocurra. Quedan en silencio un largo rato, hasta cuando un perro ladra asustado, escuchan voces, un disparo y otra vez los murmullos de la noche.

“Tratemos de dormir” le dice y cada uno en su puesto piensa en lo que les sucederá mañana.

Publicaciones

1. Urabá, conflictos y educación rural.
2. Las fuentes de agua en Córdoba.
3. La pobreza dentro de la pobreza. Cantaclaro y su canal.
4. Desplazados, finqueros y jóvenes creativos.
5. Memorias del encuentro con Tierralta.
6. Los asentamientos subnormales en Montería.
7. Memorias del encuentro con el Alto San Jorge.
8. Memorias del encuentro con la Otra Montería.
9. Nuestra educación para la creatividad, la identidad, la convivencia pacífica y el bienestar.
10. Vidas y oficios de pobladores del Alto Sinú. Testimonios.
11. Desarrollo agropecuario y reforma agraria. Memorias.
12. Las familias de Montería ante los derechos y los riesgos.
13. El desplazamiento por la violencia en el departamento de Córdoba. 1999-2002.
14. El proceso de reubicación de población desplazada por la violencia en predios rurales del municipio de Montería.
15. Jóvenes, familia y sociedad: de la exclusión al riesgo. El caso Córdoba.
16. Memorias del conversatorio El proceso de negociación con las AUC y el posconflicto en Córdoba. Serie Documentos.
17. Memorias del foro La calidad de la educación en Córdoba. Serie Documentos.
18. Adolescentes y jóvenes de asentamientos con presencia de desplazados confiesan sus opiniones, creencias y prácticas sexuales. Serie Documentos comunitarios.
19. Los puestos de atención comunitarios, una propuesta para la participación y organización. Serie Documentos comunitarios.
20. Desarrollo y fortalecimiento de la actividad empresarial en Montería. Impacto de los programas de capacitación y crédito.
21. Las fuentes de agua en el departamento de Córdoba. Un inventario desalentador. 1952 - 2000.
22. Algunos aspectos del proceso de negociación Gobierno - AUC. Serie Documentos para la reflexión Nro. 1.
23. Grupos políticos, iglesias y conflicto armado. Serie Documentos para la reflexión Nro. 2.
24. Las peleas en casa y el maltrato infantil, una guía para conocerlas, atenderlas y prevenirlas.
25. Lucha por la tierra y reforma agraria en Córdoba.
26. Parapolítica, posdesmovilización, elecciones y organizaciones sociales. Serie Documentos para la reflexión Nro. 3.
27. Situación del conflicto y la pobreza en Córdoba y perspectivas de paz.
28. Hidroeléctricas, inundaciones, energía, desarrollo. Serie Documentos para la reflexión Nro.4.
29. Otro Córdoba es posible. Serie Documentos para la reflexión Nro.5.
30. Análisis sociopolítico de Montería y propuestas sobre liderazgo, participación y compromiso ciudadana.
31. Conflicto y crecientes. Serie Documentos para la reflexión Nro 6
32. Cultura política y participación en Montería 2006-2008
33. Cuatro miradas al conflicto en Córdoba. Documentos para la reflexión Nro. 7
34. La Investigación Acción Participativa en Córdoba.
35. El sur de Córdoba ¿conflicto sin fin?
36. El desarrollo rural. Conocimientos y experiencias del sur de Córdoba, bajo Cauca y Urabá antioqueños.
37. El desarrollo rural y los consejos municipales de desarrollo rural - Cartilla.
38. Las familias en el Sinú.
39. Los municipios del San Jorge en Córdoba ¿Desarrollo rural en medio del conflicto y la pobreza? Serie Documentos para la Reflexión Nro. 8.
40. Córdoba: 9 años después de la desmovilización de las AUC, 2 años después de los diálogos de La Habana. Serie Documentos para la Reflexión Nro.9.
41. El proceso de construcción de la Investigación Acción Participativa en Córdoba - Colombia. Documentos para la reflexión Nro. 10